



Perdidos por la tentación...

Unidos por las consecuencias.

El anonimato lo era todo para el multimillonario Gabriel Serres. La princesa Alessia Berutti vivía permanentemente bajo los focos. Pero Gabriel había visto su propio deseo reflejado en los ojos de aquella mujer... ¡Y de repente llevaba a su hijo dentro de ella!

Durante toda su vida, Alessia había dado prioridad a la familia real, hasta la noche en que había sustituido el deber por el deseo. Y ahora, su deber exigía una rápida boda que evitara el escándalo. Pero mientras caminaba hacia el altar, rezaba por lo imposible: que Gabriel fuera quien, al fin, la antepusiera a ella.

Capítulo 1

ALESSIA Berruti pulsó play, con mano temblorosa. La escena, vista ya por más de dos millones de personas en cuatro horas, de un banquete de bodas celebrado en el castillo de la familia real de Ceres. La cámara enfocaba a dos mujeres.

—Tu hermano parece enamorado —decía la rubia.

—Lo está —la diminuta mujer de cabellos castaños miró hacia atrás. La cámara enfocó a la princesa Alessia Berruti.

—Me pregunto cómo se sentirá Dominic al ver a su prometida casarse con otro —continuó la rubia.

—A la... —un fuerte pitido tapó la respuesta de la princesa—. Es un monstruo asqueroso, obeso y sudoroso.

—No te cortes —la rubia rio—. Di lo que piensas.

—De acuerdo —la princesa también rio—. Opino que el rey Dominic de Monte Cleure debería ser encarcelado y que jamás se le permitiera acercarse a menos de tres kilómetros de ninguna mujer.

El vídeo terminaba cuando el móvil de Alessia vibraba en su mano.

—A mis aposentos —ordenó su hermano mayor, Amadeo—. Ahora mismo.

Cuatro días después, Alessia cubría su ardiente rostro, deseando que se la tragara la tierra.

¿Qué había hecho?

Esforzándose por no llorar, levantó la mirada hacia Amadeo, cuya expresión era tensa. A su derecha estaba su madre, la expresión idéntica. Y a la derecha de esta, su padre, la única persona que mostraba una pizca de simpática. Alessia era incapaz de mirar al hombre sentado al otro lado de Amadeo, el eslabón final de la cadena humana de decepción e ira dirigida contra ella.

—Lo siento muchísimo —susurró por tercera vez—. No sabía que me estaban filmando.

Había sido un fugaz descuido, pero sabía bien que no podía permitírselo. Siempre había reprimido sus deseos y reacciones hasta el control total.

—Me casaré con Dominic —balbuceó—. Yo he provocado este lío y debo recibir el castigo, no tú.

Había sido la primera exigencia del rey tras los valerosos esfuerzos de los Berruti por arreglarlo. Casarse con la princesa Alessia, según el rey, demostraría al mundo que no había sido más que una broma y que la familia real Berruti lo respetaba. El que el mundo supiera que ya había intentado casarse con la princesa, siendo amablemente rechazado, le daba igual. El rey Dominic tenía la piel más dura que un rinoceronte. Vanidoso y cruel, su desesperación por conseguir una esposa de sangre azul le había llevado a atraer a una pariente lejana del monarca británico al principado, donde había sido retenida hasta acceder a casarse con él. La víctima había escapado apenas una hora antes de la boda, rescatada por el otro hermano de Alessia, Marcelo, para sorpresa del mundo e ira de Dominic, para casarse con ella él mismo. Había sido en el banquete de Marcelo y Clara donde Alessia había dinamitado las relaciones entre ambas naciones.

—No creas que no lo he pensado —contestó Amadeo.

—Ni hablar —intervino su padre.

—¿Por qué tiene que renunciar Amadeo a su vida por mi culpa? —imploró ella.

—Porque, hermana —contestó Amadeo—, por tentador que resulte, yo no casaría ni a mi peor enemiga con él, mucho menos a mi hermana.

—Es culpa mía —una lágrima rodó por la mejilla de Alessia—. Tiene que haber otro modo de solucionarlo y devolver la paz a nuestros países.

—Es una solución satisfactoria para ambas partes —el hombre se dirigió a ella por primera vez.

Gabriel Serres, el «negociador», contratado por su familia para arreglar el lío y devolver la paz entre Ceres y Monte Cleure, y el hombre más atractivo que ella hubiese visto jamás. Al mirarlo brevemente, todos los problemas de Alessia habían desaparecido de su mente.

Durante tres días, Gabriel había volado entre la isla mediterránea de Ceres y el principado europeo, negociando entre ambas partes. Alessia, caída en desgracia, había sido excluida de las negociaciones. Hasta ese momento. Con el trato cerrado.

—¿Cómo puede ser satisfactorio que Amadeo se case con una desconocida?

—La novia es prima del rey. Su matrimonio unirá ambas naciones, reabrirá relaciones diplomáticas y evitará una costosa guerra comercial — recordó Gabriel con indiferencia a la princesa.

No se alcanzaba la cima de la diplomacia implicándose emocionalmente en las disputas que debía resolver, pero a Gabriel le estaba costando mantener su habitual desapego desde que Alessia había entrado en la sala de reuniones. Vestida con unos ajustados pantalones cortos y un top escotado, los cabellos castaños y lisos caían sobre sus hombros. Una ligera hinchazón de sus ojos marrones sugería que había llorado, y se notaba que se esforzaba por mantener la compostura. Al igual que su madre, la reina Isabella, la princesa era menuda y algo en ella le recordaba a la bailarina del joyero musical de su hermana.

Desde que habían sido presentados hacía tres días, se había descubierto pensando en ella de un modo poco profesional. Las ocasiones en que la había visto había tenido que controlarse para no mirarla fijamente. Durante una breve visita al castillo el día anterior, sus miradas se habían encontrado un instante, suficiente para sentir un escalofrío y ver un destello en los ojos de la princesa.

Cualquier hombre con sangre en las venas la encontraría atractiva, pero no era frecuente que Gabriel encontrara deseable a alguien mientras trabajaba. Era uno de los mejores negociadores del mundo. No existía agencia puntera en el mundo que no hubiera contratado sus servicios en alguna ocasión. Su trabajo consistía en ejercer de puente ante una disputa, ya fuera entre negocios, agencias gubernamentales o naciones. Sus habilidades garantizaban la resolución del conflicto sin la humillación de ninguna de las dos partes.

Sus tarifas eran elevadas. Svengali diplomático, que trabajaba bajo el radar de la prensa, que tenía buen ojo para las nuevas empresas con potencial y, como tal, sus inversiones lo habían enriquecido más de lo que jamás habría podido soñar. Gabriel Serres era un multimillonario desconocido. Feroz defensor de su privacidad, despreciaba el mundo de las celebridades. Sus relaciones eran igualmente anónimas y jamás con un

cliente. Sentir atracción hacia la hija de un cliente, una mujer que vivía bajo los focos, era desconcertante.

—¿Y qué pasa con la novia? —preguntó la princesa con voz sensual—. ¿Tiene algo que decir o se casa contra su voluntad?

Su enfado y preocupación eran auténticos. La princesa Alessia Berruti, novia de la prensa europea, maestra del arte de las redes sociales para mostrarse, y a su familia, de la mejor manera posible, no era tan egocéntrica como Gabriel suponía.

—Ha accedido a casarse —contestó él.

La expresión de Gabriel era indiferente, la suave voz, con un ligero acento que Alessia no conseguía identificar, desapasionada, pero había algo en la mirada de ojos marrones y el timbre de su voz que le provocó un escalofrío cálido y nada desagradable. Durante un instante se estableció una conexión entre ambos, acompañada de otro escalofrío. Gabriel cerró los ojos y, al abrirlos, la mirada era igual de desapasionada que su voz.

Estaba acostumbrado a que lo escucharan, su presencia llamando la atención, aunque no hablara. Alessia se había fijado en él varias veces, aunque casi siempre de lejos, pero Gabriel desde luego llamaba su atención. Algo en él le dificultaba apartar la mirada, le caldeaba el estómago, aunque Alessia sospechaba que no había nada cálido en él. Bajo el impecable traje gris se escondía un fibroso cuerpo a juego con el anguloso rostro de ojos marrones oscuros, cálidos como el hielo.

Alessia sintió rabia ante tanto desapego cuando a una mujer se le pedía que entregara su futuro por salvar a la familia.

—¿Clara accedió? —espetó incrédula.

—Fue acordado —intervino su madre tajante—. Gabriel ha hecho mucho por acercar las dos naciones. Tu hermano está de acuerdo, el rey también, y la novia. La fiesta prenupcial será en dos semanas, la boda en seis. Tú serás dama de honor y sonreirás y mostrarás al mundo lo feliz que eres. Todos lo haremos —su madre se levantó y salió de la estancia sin mirar atrás.

Desolada por haber decepcionado a su madre y a punto de derrumbarse delante de su padre, su hermano, don Hielo y los empleados, Alessia se levantó. Los fulminó con la mirada y abandonó la sala con la cabeza tan alta como pudo.

Gabriel tenía dolor de cabeza, sin duda provocado por tres días de intensas negociaciones entre un monarca déspota y una familia real desesperada por lavar su propia imagen. Casi no había dormido y sus planes para regresar a España se habían visto retrasados por una avería en su avión, obligándole a aceptar la invitación del rey Julius para pernoctar en el castillo.

Para ser una familia real, los Berruti eran relativamente decentes. Relativamente. Habitaban en un mundo de privilegios en el que, por derecho de cuna, eran reverenciados desde que nacían y, por tanto, lo tomaban como algo natural. Comparados con el rey Dominic Fernandes, sin embargo, eran un dechado de virtudes. A Gabriel le daba igual. Su trabajo consistía en ser imparcial y llegar a acuerdos aceptables para ambas partes, y eso había hecho. Pero era la primera vez que negociaba un matrimonio y le había quedado un mal sabor de boca. Y el estallido de la princesa Alessia había contribuido a ese mal sabor.

A pesar del agotamiento, Gabriel no conseguía dormir. Tras veinte minutos de luchar contra las imágenes que aparecían en su mente de la diminuta princesa, se rindió, se levantó de la cama, se puso unos pantalones y deambuló por las estancias que le habían asignado hasta encontrar un bien surtido bar en el que se sirvió un bourbon. Si quisiera, podría llamar a la cocina del castillo. Desde luego, los Berruti eran excelentes anfitriones.

Tomó la botella y salió al balcón. El aire cálido de la noche había perdido casi toda la humedad del día y la luna llena iluminaba las tierras del castillo. De aspecto gótico, el misterioso castillo databa de la época medieval...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por la inquietante sensación de ser observado.

Alessia llevaba horas tumbada en su hamaca, incapaz de enfrentarse a otra comida familiar, de soportar la decepción de su madre, de mirar al hermano cuya vida había arruinado. Se sentía sola, culpable y avergonzada. Pero en esos momentos su corazón galopaba porque de entre las sombras había aparecido un hombre en el balcón contiguo, y el corazón latió aún más fuerte al reconocerlo.

Él. El maravilloso don Hielo.

Bajo la luz de la luna resultaba aún más atractivo, y ella contuvo el aliento mientras recorría el fornido torso desnudo, con la mirada. Durante

largo rato desaparecieron todos los demonios ante semejante divino espécimen de masculinidad.

Segura de que su desolación lo había conjurado, Alessia parpadeó con fuerza para hacer desaparecer la imagen, pero ahí seguía. Era realmente el maravilloso don Hielo.

—¿Tampoco puedes dormir? —preguntó impulsivamente.

El corazón de Gabriel dio un vuelco al reconocer la voz. Contuvo la respiración y, apoyándose en la barandilla de piedra se asomó al balcón contiguo. Bañada por la luz de la luna vio a la mujer cuyas palabras casi habían provocado una guerra, y cuya imagen le quitaba el sueño.

—Buenas noches, Alteza —saludó—. Discúlpeme por molestar.

Aunque las sombras de la noche le impedían ver sus rasgos, sintió la mirada de Alessia sobre él.

—No me molestas... ¿eso es escocés?

—Bourbon.

—¿Puedo?

Lo último que Gabriel debía hacer era animar una conversación nocturna con la hermosa princesa.

—¿Por favor? Me vendría bien una copa.

¿Qué daño podría hacer una copa, cada uno a su lado del balcón? Algo rápido. Un sorbo y regresaría a su habitación.

—Claro.

Ella se levantó de la hamaca y se acercó descalza. Gabriel apenas tuvo tiempo de fijarse en que solo llevaba puesto un diminuto pijama antes de que Alessia apoyara las manos sobre la barandilla, que le llegaba a la altura de los hombros, y, sin esfuerzo, saltara elegantemente a su lado. La luna la bañaba en una luz casi etérea que iluminaba su delicada belleza y hacía que sus oscuros ojos parecieran dos profundos pozos.

Hechizado, quizás por primera vez en su vida, Gabriel no sabía qué decir.

Capítulo 2

LA princesa miró a Gabriel con intensidad antes de señalar la botella que tenía en la mano.

—¿Puedo?

Una nube de aroma afrutado envolvió los sentidos de Gabriel, que sonrió forzosamente mientras le pasaba la botella.

—Gracias —Alessia abrió la botella y se la llevó a los labios.

La pequeña y perfecta boca había sido lo primero en lo que Gabriel se había fijado. Como un capullo de rosa a punto de florecer. La princesa bebió un trago antes de limpiarse delicadamente los labios con un dedo.

—¿Puedo sentarme? —ella le ofreció una sonrisa triste.

—Por supuesto —Gabriel sonrió nuevamente.

La princesa se dejó caer en el sofá con forma de «L», botella en mano, y estiró las piernas cruzando los tobillos. El pantalón de su pijama se subió casi hasta la ingle y él bajó apresuradamente la mirada. Los dedos de los pies eran diminutos para una mujer adulta y llevaba las uñas pintadas de azul.

Gabriel sintió arderle la sangre y apartó la mirada de los pies de la princesa, devolviéndola a sus ojos... y de nuevo quedó atrapado por ellos.

—No te preocupes —murmuró ella con su dulce voz ronca—, no me quedaré mucho —volvió a sonreír con timidez—. La tristeza busca compañía.

—¿Es infeliz? —preguntó él sin poder contenerse.

La luna, el silencio... empujaban hacia una intimidad que le provocaba un cosquilleo en la piel.

—Yo... —ella cerró los ojos. Después volvió a mirarlo y señaló el sofá—.

No andes con ceremonias.

Gabriel asintió mientras intentaba pensar inútilmente en cómo escapar de la situación.

—Es una princesa. Como plebeyo, pensé que debía guardar las formas.

—Pues como princesa de este castillo —Alessia sonrió brevemente—, te invito a sentarte en el sofá del balcón de tus propios aposentos.

Alessia se fijó en el rígido porte de Gabriel, que finalmente se sentó en el otro extremo de sofá.

Lo había llamado por un loco impulso. Y otro loco impulso le había hecho saltar la barandilla de su balcón. Y allí estaba, sentada en su sofá, con un hombre de pecho descubierto en mitad de la noche, rodeados únicamente por el estridular de los grillos y el croar de las ranas.

—No sabía que fueras a quedarte —observó ella.

—Se averió mi avión. Debería está solucionado mañana. Sus padres me invitaron amablemente a pasar la noche aquí.

—Así son ellos —contestó Alessia mientras tomaba otro trago—. La amabilidad personificada.

Gabriel enarcó una ceja, pero permaneció mudo.

Alessia sintió una punzada de deslealtad por hablar así de sus padres y cambió de tema. Se preguntó si la actitud de Gabriel era discreción o falta de interés. Se había fijado en cómo la miraba, con evidente interés, pero eso no significaba que le gustara. Había pasado los últimos tres días solucionando el desastre que ella había provocado. Seguramente la consideraba problemática y superficial, causa de vergüenza para su familia. Lo último era verdad, pero lo primero no. Alessia había antepuesto el deber toda su vida. Por eso se sentía culpable. Los Berruti no hablaban mal de ellos delante de los demás. Su lealtad era hacia la monarquía como institución primero, y luego hacia su pueblo. Y por último hacia cada miembro de su familia.

—¿De dónde eres? Tienes un acento...

Gabriel respiró hondo. Deseaba pedirle que regresara a sus habitaciones, pero el castillo era el hogar de la princesa. Una princesa que no aceptaría de buen grado las órdenes de un plebeyo. El cerebro de Gabriel intentó encontrar el modo de escapar de la situación sin ofenderla.

Por eso, se dijo, no le había pedido aún que se marchara. El pulso que palpitaba en sus venas le contradecía. Ese pulso no había dejado de palpar desde que la había visto bañada en la luz plateada de la luna, como un espejismo de carne y hueso.

Alessia Berruti era una princesa, cierto, pero también una mujer muy deseable.

Gabriel apretó los puños y encajó la mandíbula.

Una mujer muy deseable que él no podía tocar. No debería tocar.

—Mi madre es francesa, mi padre español —contestó—. Estudié en París.

—¿Dominas ambos idiomas?

—Sí.

—También hablas italiano como un nativo... Impresionante.

Si no contestaba, ella se aburriría de su compañía y se marcharía.

—¿Hablas más idiomas?

Claro que sería una grosería ignorar una pregunta directa.

—Sí.

Era como sacar sangre de una piedra, pero en lugar de desanimarla, Alessia se sintió más intrigada. La mayoría de las personas que tenían ocasión de hablar en privado con ella se deshacían en intentos de impresionarla. Otras se quedaban mudas, impactadas por su celebridad, pero tenía mucha experiencia en hacer que esas personas se sintieran cómodas y se soltaran rápidamente. Gabriel no pertenecía a ninguna de las dos categorías. Era un hombre acostumbrado a tratar con personas e instituciones poderosas, él mismo envuelto en un aura de autoridad y poder. Su lenguaje corporal indicaba que deseaba que ella se marchara. Y eso la intrigó aún más, porque había visto una expresión muy distinta en su mirada.

—¿Cuáles?

—Inglés, alemán y portugués.

—¿Hablas con fluidez seis idiomas?

Sin respuesta.

—¿Los aprendes con facilidad?

—Sí —contestó él tras suspirar casi imperceptiblemente.

—Yo hablo inglés con fluidez, pero porque fui a un internado allí —explicó ella—. Puedo conversar en español, si me hablan despacio, pero mi francés es muy básico, mi alemán horroroso y jamás he aprendido portugués.

Le pareció ver un destello de humor en el rostro imperturbable de Gabriel.

—Supongo que las habilidades lingüísticas son fundamentales para tu trabajo —Alessia observó encantada la breve sonrisa que apareció en su rostro. Gabriel era tan serio que se preguntó si alguna vez sonreiría de verdad.

—Sí.

—¿Y qué te hizo elegir la diplomacia como carrera? No te imagino considerándolo en el colegio.

—Descubrí de joven que tenía aptitudes para la diplomacia.

—¿Quién descubre algo así?

—Yo.

—¿Cómo?

Los soñadores ojos castaños se detuvieron sobre ella. Alessia sintió una fuerte descarga.

—Discúlpeme, Alteza, eso es personal.

Le estaba diciendo en el lenguaje diplomático que se metiera en sus propios asuntos.

Desde luego ese hombre no era un adulator. Tenía el corazón de acero. El control, junto con su atractivo, y la confianza innata que exudaba de su bronceada piel, lo convertía en el hombre más sexy que ella hubiese visto jamás.

—Eso es perfectamente razonable —aseguró Alessia—. Y por favor, llámame Alessia.

Gabriel encajó la mandíbula, pero asintió.

Alessia bebió otro trago y deslizó la mirada sobre el fornido pecho que le resultaba tan fascinante. La luz de la luna había convertido el bronce en plata y, de no ser por el oscuro vello que cubría el pecho y los antebrazos, pensaría que estaba bañado en ella.

—¿Dónde vives? —preguntó mientras le pasaba la botella—. Si no es demasiado personal.

Gabriel tomó la botella con cuidado para no tocar sus dedos.

—Viajo mucho —se sirvió un poco en un vaso.

—Eso ya lo sé, pero tendrás un sitio que consideres hogar.

—Considero España mi hogar —él encajó de nuevo la mandíbula.

—¿Qué zona?

—Madrid.

—He estado muchas veces en Madrid. Una ciudad hermosa.

Gabriel tomó un sorbo de bourbon.

—No te gusto, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Por qué lo dices?

—Es una sensación. Y no lo has negado.

—No puedo controlar tu sensaciones —él apuró su copa.

—¿Me culpas por el lío entre mi familia y Dominic?

—No soy quién para culpar a nadie —Gabriel se sirvió otra copa—. Solo encuentro soluciones al gusto de todos.

—Pero eso no te impide tener opinión.

—Me impide manifestarla —de nuevo le ofreció la botella.

Los dedos de Alessia rozaron los de Gabriel y la descarga eléctrica que le atravesó el cuerpo fue tan fuerte que abrió los ojos desmesuradamente.

Gabriel retiró la mano, como si también lo hubiese sentido.

—¿Entonces tienes opiniones?

—Como todo el mundo. Aunque no todos saben cuándo callárselas.

—Como cuando dije lo que opinaba de Dominic...

—Si la gente solo hablara cuando debe —él enarcó una ceja—, me quedaría sin trabajo.

—Entonces me estarás agradecido —ella rio fugazmente antes de sacudir la cabeza—. Olvídalo. Ha sido una grosería. También te debo una disculpa por cómo te hablé antes. Fui una maleducada.

—Estabas disgustada —la mirada de Gabriel se suavizó visiblemente.

—No es excusa para ser grosera.

—Pero a menudo es motivo —insistió él con una breve sonrisa y un brillo en la mirada que decía mucho más que las palabras. Era evidente que la entendía.

Para horror de Alessia, unas ardientes lágrimas anegaron sus ojos. No quería llorar. Lo último que deseaba era parecer débil y frágil a los ojos de Gabriel. Sospechaba que él no tenía tiempo para mujeres débiles y frágiles. Y ella no lo era. Normalmente no. «Diminuta, pero fuerte», solía decir su hermano Marcelo. Pero Marcelo no estaba allí. El único miembro de su familia en el que se podía apoyar estaba de luna de miel y Alessia había tenido que soportar la ira de los demás sin ningún consuelo. Y cuando ese hombre le ofrecía una migaja de consuelo... toda la angustia y sensación de culpa que había sufrido, volvió a resurgir.

Una lágrima rodó por su mejilla y ella la enjugó en un desesperado intento de controlarse.

—Es que me siento responsable. No solo por el matrimonio de Amadeo. Por todo.

Gabriel la contempló intensamente, los labios apretados, como si evaluara la conveniencia de decir lo que pensaba. Cerró los ojos y respiró hondo. Cuando volvió a mirarla, se acercó un poco más y habló en un susurro:

—Lo que dijiste de que la boda de tu hermano no era más que una pieza del puzle de hostilidad entre tu nación y la de Dominic... tú no eres responsable de nada de lo sucedido con anterioridad. El daño estructural entre las dos naciones ya estaba hecho.

Alessia no entendía por qué los intentos de Gabriel por tranquilizarla le hacían sentirse peor, pero las lágrimas que había estado conteniendo cayeron por su rostro en una cascada sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Gabriel sintió una fuerte presión en el pecho y cerró los ojos.

Su hermana había sido una experta en utilizar las lágrimas como arma para manipular a sus padres. Y él la había admirado por ello. Tras independizarse, las mujeres que elegía para mantener relaciones eran como él: reservadas, estoicas. Por tanto, no sabía qué hacer. No podía ofrecer dinero, o la promesa de vestidos o algún acuerdo, como habían hecho sus padres cuando Mariella estallaba en lágrimas. Y al abrir los ojos y verla con las rodillas dobladas contra el pecho y el rostro enterrado en ellas, la botella todavía en la mano, hizo lo único que no quería hacer. Se acercó.

Tomó la botella y la dejó en el suelo antes de darle una palmadita en los hombros con la esperanza de consolarla. Para su horror, Alessia se acurrucó contra él. Le rodeó la cintura con su delgado brazo y se echó a llorar contra su pecho.

—Lo siento —sollozó—. No quiero llorar, pero me siento tan mal. Un comentario irreflexivo y Amadeo tiene que pagarlo casándose con una extraña. Y todo es culpa mía.

Gabriel volvió a cerrar los ojos, intentando ignorar la sobrecarga sensorial provocada por esa hermosa mujer llorando en sus brazos.

Jamás se había encontrado en una situación similar. Desde luego había habido mujeres que se habían invitado a su espacio, pero siempre había podido desembarazarse de esas potencialmente peligrosas situaciones sin sufrir ni herir a nadie. Nunca se había sentido atraído hacia ninguna de esas mujeres. Gabriel era muy selectivo con sus amantes. Una famosa princesa, hija de su cliente, y el motivo por el que había sido contratado por ese cliente, era lo más alejado de una potencial amante que podría tener. Pero cada fibra de su cuerpo se había sentido en sintonía con ella desde que lo había llamado desde las sombras con esa voz ronca y sensual. El disgusto de Alessia caló hasta su corazón y el impulso por consolarla superó al instinto de conservación. Gabriel la rodeó con un brazo y la abrazó con fuerza.

Durante largo rato ninguno habló. Lentamente, los sollozos de Alessia cesaron.

Gabriel sentía el calor de su aliento y la humedad de las lágrimas sobre el pecho desnudo.

Tragó nerviosamente, consciente de que cada segundo que pasara en sus brazos estaba jugando con fuego, pero apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Sé que te preocupa la novia de Amadeo, pero te aseguro que está dispuesta.

—¿Cómo puedes saberlo? —ella lo abrazó con más fuerza—. Dominic no cree en la libertad de las mujeres. Retuvo a Clara contra su voluntad y la habría obligado a casarse si Marcelo no la hubiese rescatado.

—Lo sé porque hablé en privado con ella, para asegurarme de que era voluntario. Tengo mis principios y no hay dinero suficiente para convencerme de formar parte de un matrimonio forzado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Alessia levantó lentamente el rostro y lo miró a los ojos—. Dominic podría haberla obligado a mentir. Quizás sospechó que querrías hablar con ella.

Esos oscuros y aterciopelados ojos le dificultaban hablar y llenaban sus venas de lava. Esa profundidad...

—Los ojos no mienten, princesa —contestó tras aclararse la garganta—. Te aseguro que su expresión era de ilusión. Está encantada de abandonar Monte Cleure.

La entrepierna de Gabriel también mostraba su propia ilusión. Reaccionaba a la princesa apretada contra su cuerpo, los pequeños pechos clavándose en su torso desnudo. La excitación batallaba contra su fuerza de voluntad y, por primera vez en décadas, iba ganando.

—¿Ilusión? —Alessia frunció el ceño.

Gabriel tenía que acabar con eso de inmediato. Continuar sería una locura.

—Piénsalo —murmuró mientras agarraba el pijama de Alessia para evitar que sus manos se deslizaran por debajo—. ¿Por qué se negó tu familia a considerar la posibilidad de que te casaras con Dominic, incluso antes de que secuestra a Clara?

—Porque es un monstruo —susurró ella, comprendiéndolo todo.

Evitando incriminarse verbalmente, Gabriel inclinó la cabeza y, sin motivo alguno, pegó el rostro al de ella. Percibió el embriagador aroma de la piel de la princesa, tan embriagador como la visión de los bonitos labios rosados a escasos milímetros de los suyos.

—Y ahora, ponte en su lugar —continuó él en apenas un susurro—. Si fueras miembro de la familia real Fernandes, bajo el dominio de Dominic, y tuvieras la oportunidad de casarte en otra familia real con... — a Gabriel le costaba encontrar las palabras—, una fama más benigna, ¿qué harías?

Dominic era un monarca absoluto y a su familia, sobre todo a las mujeres, las gobernaba con guante de hierro.

Y esa frágil, sexy, hermosa mujer estaba dispuesta a casarse con él para arreglar el error que había cometido.

Gabriel jamás habría formado parte de unas negociaciones en las que Alessia fuera el peón, comprendió mientras se empapaba de los delicados

rasgos de su rostro. Ni aunque ella hubiese estado dispuesta, como la novia de Amadeo.

Hechizada por los ojos de Gabriel, sus palabras se habían disuelto en una caricia para los sentidos de Alessia. Pensaba que tenía los ojos marrones como ella, pero eran tan transparentes que, de cerca, era como contemplar una supernova gigante.

Pensar que esos ojos le habían parecido fríos cuando contenían tanta vida y color, y emitían tanto calor que la quemaba por dentro. ¿O era la calidez del fornido cuerpo que derretía ese lugar secreto que ningún hombre había tocado jamás?

Alessia supuso que debería apartar el brazo de la cintura de Gabriel, pero el sólido consuelo y la calidez de su cuerpo filtrándose por la delgada tela del pijama la volvía reticente a hacer lo adecuado.

Nunca la había abrazado un hombre como él.

—Siento haber montado una escena —susurró ella mirándolo a los ojos.

—No lo has hecho —él deslizó un dedo por su pómulos.

Y ella se estremeció y se apretó más contra él.

Gabriel era divino, desde las pobladas cejas negras hasta la nariz recta o la mandíbula angulosa, afeitada hacía horas y que estaba cubierta de una barba incipiente que descendía por el cuello, sustituida por una piel bronceada tan suave que ella apartó la mano de la cintura para deslizarla por el torso hasta el cuello y sentir esa suavidad.

Si alguien le hubiese dicho a Gabriel que terminaría el día librando la batalla de su vida, se habría reído. Pero en esos momentos, atrapado por la seductora mirada de esa hermosísima mujer, los destellos de excitación que había estado controlando se habían convertido en llamas y sus esfuerzos por recordar los motivos para resistirse a esos sentimientos se disolvían. Los pensamientos se habían transformado en efímeras nubes, y cuando los elegantes dedos le acariciaron la nuca mientras los rosados labios se abrían, una sacudida de electricidad deshizo las nubes, dejando expuesto al hombre.

Capítulo 3

SOLO la habían besado una vez, en el baile de despedida del internado inglés. El alcohol había hecho su trabajo desmantelando las inhibiciones con las que había sido educada Alessia. El beso le había parecido asqueroso. Durante los cinco años posteriores había mirado atrás pensando que, si hubiera sabido que sería su único beso, le habría sacado mayor partido, asqueroso o no. Alessia no valoraba especialmente su virginidad, más bien era consciente de su posición y que los ojos de todo el mundo la seguían cada vez que abandonaba el castillo. Muchos de los hombres elegibles que conocía eran aduladores, parásitos o rebosaban pomposidad. A menudo las tres cosas. Si se unía a un hombre, la prensa se volvería loca, multiplicando su acoso. Por tanto, el hombre tenía que merecer la pena. Quería respetar al hombre al que entregara su corazón y asegurarse de que no vendería historias sobre ella o su familia. De momento, ese hombre no había parecido.

Cuando la boca de Gabriel encontró la suya, Alessia se vio envuelta en una sensación tan increíble que le compensó por los cinco años de abstinencia de besos.

Eso sí era un beso...

Alessia cerró los ojos y se envolvió en la embriaguez de una boca que incendiaba sus labios y su piel hasta despertar cada célula de su cuerpo.

Le rodeó el cuello con fuerza, su hambre desatada, y le correspondió con toda la pasión dormida durante años en su interior. La primera caricia de la lengua de Gabriel contra la suya, provocó un calor que podría derretir los huesos, y cuando él deslizó las manos por su espalda, se dio cuenta de que en algún momento se había sentado a horcajadas sobre su regazo.

Alessia no quería pensar, decidió mientras él interrumpía el beso y deslizaba los labios por su cuello mientras las manos le quitaban la camisa

del pijama por la cabeza. Si una caricia y un beso podían desatar tanto placer, ella quería perderse.

Por primera vez en su vida quiso olvidar quién era y todo lo que se esperaba de ella por ser la princesa Alessia, y simplemente sentir, porque no sabía que esa sensación podría ser tan increíble.

Una vocecilla en su cabeza sugirió que debería contarle a Gabriel que era virgen...

Pero la apartó.

En cuanto desapareció la camisa del pijama, Gabriel le tomó el rostro entre las manos y la besó con un ardor que le provocó un cosquilleo por todo el cuerpo. Alessia hundió los dedos en los cabellos negros y gimió cuando la boca de Gabriel atacó su cuello, feliz cuando sus manos la acariciaron mientras tomaba uno de sus pechos con la boca. Cuando la lengua de Gabriel rozó el erguido pezón, Alessia dio un respingo y hundió los dedos aún más en su cabeza. Al moverse ligeramente sintió la dureza presionando contra sus muslos, y el instinto la llevó a hundirse mientras gemía ante las palpitantes sensaciones.

La erección de Gabriel era tal que la barrera de tela que los separaba bastaba para que un hombre llorara de frustración. Jamás la piel de una mujer había sido tan deliciosa, tan suave. Gabriel devoró el otro pecho, unos pechos pequeños y turgentes con oscuros pezones tan apetecibles como la rosada boca.

Él no supo quién de los dos estaba más desesperado. Alessia se hundía sobre él, acunando su cabeza fuertemente contra sus pechos, y al emitir otro de sus gemidos guturales que avivaban el fuego de la erección, solo pudo pensar que necesitaba estar dentro. En un instante la tumbó de espaldas. En un instante ella le rodeó la cintura con las piernas y le agarró el trasero mientras buscaba sus labios para besarlos con una ardiente dulzura tan embriagadora como todo lo demás en ella. Sin despegar los labios, las manos de ambos se deslizaron hacia abajo mientras se deshacían de los pantalones de Gabriel y el pijama de ella. Alessia utilizó los dedos de los pies para bajarle los pantalones hasta las rodillas. La idea de quitárselos fue descartada cuando ella apretó la pelvis contra él y Gabriel sintió su humedad.

Estaba tan ardiente y preparada para él como él para ella.

Alessia volvió a agarrarle el trasero y eso bastó para que el Gabriel le separa las piernas y se hundiera profundamente en el apretado ardor.

La incomodidad fue tan fugaz que ella la ignoró. ¿Cómo podía pensar en otra cosa cuando él estaba llenándola deliciosamente, completamente?

Había visto suficientes escenas de sexo como para saber qué esperar, pero fue mucho más de lo que se había imaginado, y con cada embestida de Gabriel gritó, su mente despegada del cuerpo, un recipiente de éxtasis sensual.

Los gemidos y los gritos de placer de ambos se mezclaron mientras los dedos se hundían en la carne y se deslizaban por los cabellos. Los gemidos se intensificaron a medida que algo ardiente se tensaba más y más en el interior de Alessia.

Gabriel, perdido en una nube de placer, resistió la urgencia de liberarse. Jamás, en sus treinta y cinco años, había experimentado algo así, una capitulación sensorial completa. No era solo estar dentro de Alessia y sentir la increíble estrechez comprimiéndolo, también era el seductor y dulce sabor de su boca, el olor del sexo... Lo volvía loco y no quería que terminara. Le separó más los muslos para penetrarla más profundamente y apartó el rostro del suyo para poder mirar a la mujer tan hermosa como el cuerpo en el que se estaba hundiendo. Gabriel hundió la lengua en su boca de nuevo y oyó el gutural gemido mientras ella seguía apretando, y ya no pudo aguantar más y, con un rugido de éxtasis, se dejó ir.

Gabriel se vistió despacio aprovechando la luz que se filtraba entre las cortinas. Pronto sería de día. Pronto el castillo despertaría, y quería marcharse antes.

Contempló los oscuros cabellos que asomaban sobre las sábanas, pertenecientes a un cuerpo acurrucado debajo. Su corazón se encogió.

Jamás había vivido una noche como esa.

Jamás se había perdido así. Debía estar hechizado. Normalmente, se recomponía de inmediato después del sexo, pero con Alessia el hechizo había permanecido. Había llevado el delicioso cuerpo a su dormitorio y habían hecho el amor de nuevo. La segunda vez mucho más lentamente, pausadamente, explorando cada milímetro de sus cuerpos. El orgasmo había sido tan fuerte como la primera vez y al fin se habían quedado dormidos.

Pero al despertar, el hechizo se había roto.

Tenía que marcharse antes de que ella despertara.

Alessia se movió bajo las sábanas y Gabriel contuvo la respiración cuando una sacudida de deseo palpó en su entrepierna. Cerró los ojos con fuerza. No volvería a esa cama por mucho que lo deseara.

Solo cuando comprobó que estaba todavía dormida, salió de la habitación.

No queriendo ver a ningún miembro de la familia Berruti, sin saber si iba a poder mirarlos a la cara, llamó al chófer, dejó una nota de agradecimiento para la reina Isabella, el rey Julius y el príncipe Amadeo y, diez minutos después, abandonó el castillo.

Incluso antes de abrir los ojos, Alessia se regodeó en la magia de la noche anterior inundando aún su cuerpo.

Por primera vez en su vida, había olvidado posesiones, deber y decoro, y cedido el control a la mujer bajo la piel de la princesa. Todavía sentía el eco de la plenitud palpitando entre sus piernas.

Abrió los ojos sonriendo, esperando encontrar el hermoso rostro de Gabriel sobre la almohada a su lado.

Su lado de la cama estaba vacío.

—¿Gabriel? —Alessia se sentó, tapándose con la sábana.

Saltó de la cama y agarró los pantalones del pijama tirados en el suelo. ¿Cómo habían aparecido allí? Se los puso y se dirigió al cuarto de baño. Llamó a la puerta, pero nada. Al abrirla, descubrió que estaba vacío.

Mientras intentaba contener el frío que llenaba sus venas, se puso el resto de pijama y abandonó el dormitorio sin dejar de llamarlo.

Las dependencias asignadas a Gabriel eran prácticamente idénticas a las suyas. Estaban formadas por un dormitorio con cuarto de baño en suite, una habitación de invitados con su propio cuarto de baño, un salón, un comedor, una sala de visitas y una cocina. Gabriel no estaba por ninguna parte. Ni su ropa.

Las estancias estaban en la segunda planta y unas escaleras de hierro descendían desde el balcón hasta el jardín privado. Alessia bajó descalza por las escaleras.

No había nadie en el jardín.

Con el corazón acelerado, repasó por segunda vez todas las habitaciones, y luego una tercera, llamándolo en un ahogado susurro. Regresó al dormitorio y contempló la cama. Era la primera vez que

compartía la cama con otro ser humano. Seguía oliendo a Gabriel. Y ella seguía sintiendo sus caricias sobre la piel.

Aturdida, salió al balcón y miró fijamente el sofá sobre el que había perdido la virginidad. Le temblaban las piernas, aunque consiguió trepar sobre la barandilla y regresar a sus aposentos. Llamó a la gobernanta y preguntó por el negociador que había salvado a los Berruti del desastre.

La respuesta, aunque esperada, la golpeó de lleno.

Gabriel se había marchado.

Sin siquiera dejar una nota de despedida.

Alessia cerró los ojos, sintiendo náuseas. Después de unos ejercicios de respiración, seguía sin sentirse mejor y consideró por un instante llamar a su madre y explicarle que se encontraba enferma y no podría asistir a la fiesta prenupcial de Amadeo y Elsbeth.

Pero no podía faltar a la fiesta. Una princesa no escapaba de los compromisos por algo tan patético como una enfermedad, a no ser que estuviera a las puertas de la muerte, que no era el caso. Aunque se trataba de un asunto privado, los cuidadosamente seleccionados periodistas que asistirían para documentar la velada publicarían las habituales fotos y los vídeos para hacer partícipe al pueblo del evento. La ocasión era decisiva, y no solo porque el heredero al trono presentaría a su prometida. Un evento privado con tanta privacidad como la de los animales del zoo de Londres. Alessia tendría que sonreír y bailar con ese horrible monstruo, el rey Dominic Fernandes de Monte Cleure, para demostrar al mundo que no había resentimientos entre ellos. Esa debía ser la causa de sus náuseas.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —Alessia abrió los ojos y dibujó una sonrisa ensayada.

Su visitante era su nueva cuñada y Alessia se sintió inmediatamente más animada. Clara era la mujer que Marcelo había rescatado de las garras del rey Dominic. Ese rescate, fotografiado y filtrado al mundo, había iniciado la guerra diplomática entre ambos países. Luego Marcelo y Clara se habían enamorado locamente.

Alessia sintió un agudo dolor en el pecho mientras se preguntaba si algún hombre la miraría a ella como Marcelo miraba a Clara. El dolor se hizo más intenso al recordar el rostro de Gabriel.

No había oído nada de él desde que abandonara la cama en que habían hecho el amor.

Durante días había deambulado incrédula por el palacio. Incrédula por haberse enamorado perdidamente de un hombre al que apenas conocía, tanto y tan rápido que había entregado su virginidad sin pensárselo dos veces. Incrédula porque Gabriel se había marchado sin despedirse después de compartir una noche tan increíble. Incrédula por el persistente silencio de Gabriel.

Y entonces había cometido el error de buscar excusas a su silencio. Tres días después estaba convencida de que alguna emergencia lo había apartado de ella y que se había marchado sin despedirse para permitirle dormir más. También se había convencido de que si no la había llamado era porque no tenía su número personal, y pedirselo a su hermano, a sus padres, o al servicio, generaría demasiadas preguntas. Gabriel sabía que un hombre no podía pedir sin más el teléfono privado de una princesa. Por tanto, decidió terminar con la incertidumbre pidiendo a su secretaria personal que le consiguiera el número de Gabriel.

Contestó una eficiente secretaria y Alessia dejó un mensaje. Durante días esperó ansiosa, el corazón saltando cada vez que sonaba su móvil. Pero no le había devuelto la llamada.

Su orgullo no le permitía decirle a su secretaria que averiguara su número personal, y aunque podría obtenerlo de sus padres o hermano, al fin abrió los ojos y comprendió que era imposible que la secretaria de Gabriel no le hubiera pasado mensaje. Gabriel lo había ignorado.

Se había marchado de su cama deliberadamente sin despertarla.

No había querido llamarla.

A pesar de todo lo compartido, Gabriel no quería volver a verla, y no la consideraba merecedora de una llamada de dos minutos para decírselo.

Alessia había entregado su virginidad a un hombre que la trataba como el revolcón de una noche. Pasadas dos semanas, estaba harta de esperar y sufrir.

Gabriel Serres podía irse al infierno.

—Hola, hermana —saludó Clara, arrancando de Alessia la primera sonrisa en dos semanas—. Estás estupenda. Ese vestido es impresionante. Qué envidia.

—Y lo dices tú —Alessia rio y la abrazó con fuerza. Había elegido un elegante vestido rojo sin tirantes para la fiesta, mientras que Clara llevaba un vestido plateado, estilo toga, que acentuaba un escote por el que Alessia habría dado un riñón—. Estás preciosa.

—Gracias —contestó Clara resplandeciente—. Quiero que el rey Cerdo me vea espectacular. Refrotárselo un poco más.

—¿No te preocupa verlo?

—Si alguien debería preocuparse, es él. Marcelo ha prometido a Amadeo no provocar una escena, y va a matarlo tener que mantener esa promesa. Yo no dejo de recordarle que ya se vengó cuando me rescató.

—¿Amadeo también te pidió que no provocaras una escena?

—Se lo prometí yo voluntariamente. A fin de cuentas, intento ser la princesa perfecta, y la princesa perfecta no lanza una patada de kárate a los invitados en un gran evento social, ¿verdad? —preguntó Clara con gesto de decepción.

—¿Qué tal la luna de miel? —Alessia cambió de tema. Era la primera vez que las dos viejas amigas podían charlar desde el regreso de Clara y Marcelo—. ¿Son las Seychelles tan bonitas como pensabas?

—¡Impresionantes! Aunque no vimos mucho. Pasamos la mayor parte del tiempo en la cama...

—Calla —interrumpió ella antes de que Clara ofreciera más detalles—. Ya me siento bastante mal sin tener que escuchar los detalles de la vida sexual de mi hermano.

—¿Te encuentras mal? —Clara frunció el ceño—. ¿Qué te pasa?

—Llevo un par de días rara. Seguramente algo que comí.

—¿Algún otro síntoma?

—No.

—¿Llevas sujetador con relleno? —Clara la observó detenidamente.

—No. ¿Por qué?

—Te han crecido los pechos. Si no fuera imposible, te preguntaría si estás embarazada.

Un frío ruido blanco llenó la cabeza de Alessia, un frío terror recorrió su piel. Instintivamente, llevó una mano a su barriga y respiró hondo.

—Alessia, ¿estás bien? Has cambiado de color.

La voz de Clara llegaba desde lejos y Alessia tuvo que apoyarse en el tocador cuando la habitación empezó a dar vueltas.

Gabriel observó desapasionadamente desde su habitación del hotel en Roma, mientras se preparaba para reunirse con un nuevo cliente, las imágenes del príncipe Amadeo y lady Elsbeth durante la fiesta prenupcial. Italia, país que compartía idioma y mucha historia cultural con Ceres, estaba encantada con la boda. Las televisiones le habían dedicado una amplia cobertura.

Le habían invitado a la fiesta, pero se había excusado amablemente. No sentía ningún deseo de formar parte de un montaje como el que se estaba televisando.

Su estómago se encogió cuando la cámara enfocó a la estrella, la princesa de Europa, que todos esperaban ver: Alessia. La presión aumentó al verla reír junto a un miembro de la familia real británica antes de que la cámara la enfocara bailando con el rey de Monte Cleure. La sonrisa desmentía lo que él sabía estaría sintiendo Alessia en brazos de un hombre al que odiaba, y Gabriel sintió una punzada de ira contra su familia por obligarla a bailar con él.

—Creo que podemos asegurar que la animosidad entre las dos naciones ya es cosa del pasado —anunciaba un encandilado reportero desde el estudio. Gabriel apagó el televisor y se pellizcó la nariz.

Se había evitado una guerra comercial y diplomática. Cualquier levantamiento popular contra la familia real de Ceres, culpándolos de la situación y de los efectos económicos que provocaría en el pueblo había sido evitado. Dominic se sentía de nuevo valorado. Todo el mundo era feliz.

Debería ser un momento de satisfacción por un trabajo bien hecho, pero el descontento al volver a ver a Alessia era demasiado fuerte. Gabriel estaba furioso consigo mismo por lo sucedido, y el tiempo no lo había borrado. No era su primer revolcón de una noche, pero sí el único que lamentaba de verdad. El único que no podía borrar de su mente.

No podía borrarla a ella de su mente. Todavía sentía el peso de la excitación en la entrepierna.

Todavía llevaba su número de teléfono en la cartera, desde que había llamado a su oficina. Su corazón había latido tan fuerte cuando su secretaria le había entregado el mensaje de Alessia que no le habría sorprendido que atravesara sus costillas.

El breve mensaje lo invitaba a llamarla. Lo había leído varias veces.

Alessia quería volver a verlo.

Imposible.

Debería haberle devuelto la llamada y excusarse amablemente.

Pero antes debería haberse despedido y explicarle que, por estúpida que hubiera sido la noche, no volvería a repetirse.

Y antes aun, no debería haberse acostado con ella.

Debería haberle devuelto la llamada.

Nunca antes había tratado a una mujer con tanto desprecio. Nunca había reaccionado tan fuertemente por una mujer, ni sentido una reacción tan fuerte por parte de ella. Nunca había perdido la cabeza como con ella.

A pesar de todo, tomó la nota doblada en su cartera y contempló el número que se había aprendido de memoria. Lo que le había impedido devolverle la llamada era precisamente el deseo de llamarla. Veinte segundos de imágenes habían bastado para distraerlo de sus preparativos, como si un tornado hubiese golpeado la habitación del hotel.

Alessia Berruti era una princesa. La mujer más fotografiada de Europa. La antítesis de lo que él buscaba en una compañera. La infancia de Gabriel había sido destrozada por la intrusión de la prensa y no tenía ningún deseo de experimentar de nuevo los focos, bajo ninguna circunstancia. También sería un desastre para su carrera. El anonimato era esencial para su eficacia. Incluso una aventura casual con la princesa, que parecía adorar los focos, provocaría la intrusión de la prensa hasta niveles inimaginables.

Jamás podría volver a ver o hablar con Alessia Berruti.

Debía olvidarla.

Otro estallido de ira lo atravesó y Gabriel aplastó la nota. Antes de arrojarla a la papelera, quizás quemarla, sonó su móvil.

Gabriel rechinó los dientes y respiró hondo. La ira era la más fútil de las emociones, una a la que raramente sucumbía. Había sufrido más ira en las últimas dos semanas que en toda su vida.

Se sobresaltó al ver el nombre del príncipe Amadeo en pantalla.

—Buenos días, Alteza —contestó Gabriel, negándose a que sus emociones se traslucieran en su voz—. Qué inesperado placer. ¿En qué puedo servirle?

—¿Puedes explicarme cómo demonios conseguiste dejar embarazada a mi hermana?

Capítulo 4

QUÉ aspecto tengo? —preguntó Alessia mirándose al espejo. Había elegido unos pantalones ajustados de color azul, una camisa de manga corta y cuello alto en un tono más claro y un cinturón de raso anudado a la cintura. Se había dejado el cabello suelto, aunque al principio se había hecho un moño, pero Clara le había quitado la idea. Según ella, el pelo suelto enviaba el mensaje de, «verte no me afecta lo más mínimo», que Alessia pretendía.

—Perfecto —Clara la miró de arriba abajo y asintió.

Alessia tragó nerviosamente. Su mundo era un caos, pero siempre podía confiar en su cuñada. Para sobrevivir a la reunión que la volvería a juntar con el hombre que había escapado de su vida sin despedirse, y que determinaría el resto de su vida, necesitaba tener un aspecto lo más perfecto posible. Aunque por dentro estaba hecha una ruina.

El comentario de Clara sobre su posible embarazo había desencadenado todo. Hasta ese momento, Alessia no había asociado el retraso en la regla, los pechos sensibles y las náuseas. Tampoco había registrado que no recordaba que Gabriel utilizara protección.

No supo cómo sobrevivió a la fiesta de Amadeo. Sin Clara a su lado, seguramente no lo habría conseguido. Clara también le había proporcionado la prueba de embarazo, consciente de lo difícil que sería para Alessia comprar una sin levantar sospechas. Después, permaneció sentada, tomándole la mano, mientras esperaban el resultado. Y durante una hora, la abrazó y le acarició los cabellos mientras Alessia sollozaba por el resultado positivo. Desgraciadamente, Clara no sabía mentir y, al regresar a sus aposentos, le había contado todo a Marcelo. Para mayor desgracia, su padre había estado presente.

No hubo tiempo para que Alessia asimilara la situación antes de que toda la familia, y casi todos los empleados del palacio, lo supiera. En dos

horas se convocó una reunión familiar de emergencia. Por segunda vez en menos de un mes, Alessia era el tema de la reunión.

Pasado un día, todavía no había aceptado lo sucedido. Su familia había entrado directamente en modo de control de daños, arrastrándola con ellos.

La gélida ira de su madre le había dolido mucho más que la furiosa diatriba de Amadeo.

Se aseguró de nuevo de que las gotas de los ojos que hacían desaparecer mágicamente el enrojecimiento después de tanto llorar seguían funcionando. Tras calzarse unos tacones plateados y perfumarse el cuello y las muñecas, abandonó sus aposentos.

De no ser por su entrenamiento, su primera visión de Gabriel en la sala de reuniones del despacho privado de su madre la habría tumbado de espaldas. El corazón le latía tan fuerte que no podía respirar, pero mantuvo la espalda recta y la cabeza alta mientras se dirigía indiferente a la silla vacía.

Pasara lo que pasara en la reunión, sus ojos permanecerían secos. Era una princesa y no olvidaría su educación. Permanecería regia, aunque la matara.

Y no permitiría que Gabriel supiera que verlo de nuevo le provocaba más náuseas que el embarazo.

Para él no había sido más que un revolcón, rápidamente olvidado.

Sería demasiado humillante que adivinara lo mucho que esa noche la había afectado. Todavía sentía el susurro de sus caricias sobre la piel. Todavía olía su colonia. Todavía se tensaba por dentro al recordar lo maravilloso que había sido hacer el amor con él.

Un empleado le sujetó la silla y ella se sentó, agradeciéndoselo con un gesto de la cabeza y deslizó la mirada por todos los presentes sentados a la mesa: sus padres y dos hermanos, rodeaban a Alessia, y el abogado de la familia se sentaba en un extremo. En el otro extremo estaba Gabriel y una mujer, que ella supuso era su abogada. La única persona a la que no miró a los ojos fue a Gabriel. Había querido hacerlo, pero no había sido capaz. No soportaría ver la expresión en su mirada.

Pero eso no le impidió observar cada detalle de él, desde la impoluta camisa blanca hasta los perfectos cabellos negros en los que tanto le había gustado hundir los dedos.

Alzó la barbilla y apoyó las manos sobre la mesa, rezando para que nadie percibiera el temblor y miró a Amadeo.

—¿Va a aceptar su responsabilidad? —preguntó ella, imitando a su fallecida abuela, que había convertido su regia altivez en arte.

Gabriel había seguido la entrada de Alessia con el corazón en la garganta.

Desde la llamada de Amadeo, sentimientos que no lograba describir se clavaban en sus entrañas. Al cruzar las puertas del castillo, los habituales fotógrafos que montaban guardia quedaron decepcionados ante los cristales tintados de su coche, y las garras de sus entrañas se clavaron un poco más. Si no tenía cuidado, su vida estaba acabada.

La mujer a la que no quería volver a ver estaba embarazada de su hijo y le ponía furioso que tanto Alessia como su familia iban a responsabilizarle a él.

Ambos habían participado por igual, sin utilizar protección. Después de la primera vez, no tenía mucho sentido preguntarse por ello, y lo cierto era que había sido tan maravillosa esa primera vez que había querido experimentarlo de nuevo. Nunca había hecho el amor sin protección. Estaba limpio y asumía que la princesa también, pero ¿desde cuándo concedía el beneficio de la duda a alguien con respecto a su salud sexual? La contracepción era responsabilidad suya y tenía el beneficio añadido de que jamás habría un pequeño Gabriel Serres en el mundo. Se preguntó si no sería el plan de Alessia desde el principio, seducirlo y quedarse embarazada. Porque desde luego no había mencionado que no tomara la píldora. Podría perdonarla por la primera vez que habían hecho el amor, atrapados en la locura, pero permitírsele una segunda vez, sabiendo que nada evitaría un embarazo accidental... No detenerlo cuando todavía había tiempo... Era imperdonable.

Intencionado o no, allí estaba, a punto de negociar por su vida y la de su hijo. Podría insistir en esperar hasta el nacimiento para hacer una prueba de ADN, pero eso solo retrasaría lo inevitable. Ese hijo era suyo, pero si

Alessia quería que aceptara las demandas de su familia, más le valdría empezar a mostrarle algo de respeto o haría esperar a la maldita familia hasta el nacimiento para negociar.

Dejó escapar el aire ante el tono de Alessia y su injustificada acusación. No permitiría que se trasluciera ninguna emoción. Necesitaba abordarlo como cualquier negociación.

—Estoy dispuesto a aceptar mi responsabilidad —informó antes de que Amadeo hablara—. Todavía habrá que decidir hasta dónde llega esa responsabilidad, pero sea cual sea el resultado de las negociaciones, me ocuparé de mi hijo y seré un padre para él.

—¿Qué hay que negociar? —preguntó Marcelo furioso—. Has dejado embarazada a mi hermana. Tienes que casarte con ella.

—En realidad no —Gabriel se cruzó de brazos.

—Te aprovechaste de ella —espetó Amadeo.

—¿De una mujer de veintitrés años? —insistió él con desdén.

—Intenta verlo desde nuestra posición —intervino la reina Isabella mientras Alessia se ruborizaba.

—Lo hago —aseguró Gabriel—. Sé que teme que la noticia del embarazo provoque un escándalo que, unido a los más recientes, hundan todavía más su popularidad y aumenten el coro de voces que piden la república para Ceres. ¿Lo he entendido bien?

—Sí —contestó la monarca sin apenas parpadear.

—Entonces, permítame exponer mi postura. Me casaré con su hija, y lo haré para que mi hijo crezca con un padre que priorice su bienestar emocional, en lugar de abandonarlo con una familia que se preocupa más del deber y la percepción pública.

Todos los miembros de la familia real, excepto Alessia, dieron un respingo.

Gabriel no entendía por qué se escandalizaban. A fin de cuentas, Amadeo se casaba para salvar la percepción pública de los Berruti y alejar las peticiones de república. Marcelo, por feliz que pareciera en su matrimonio, se había casado por el mismo motivo. Y Alessia iba a hacerlo también.

—Pero antes de aceptar un matrimonio sin amor, tengo algunas condiciones que deben acordarse por escrito.

—¿Qué condiciones? —preguntó la reina tras un prolongado silencio.

—Que Alessia y yo no vivamos en el castillo. No permitiré que mi propio hogar esté gobernado por el protocolo. Y para que no haya ninguna ambigüedad ni nada sujeto a interpretaciones, seré claro: no seré un empleado de la familia. No asistiré a eventos palaciegos en los que esté la prensa, y eso incluye la boda del príncipe Amadeo. No tendré ningún

compromiso real. Nunca haré nada que dañe a su familia, pero viviré alejado de los focos y permaneceré en el anonimato —Gabriel continuó—. Tendré la última palabra con respecto a mi hijo. Alessia y yo lo criaremos como mejor consideremos y no habrá discusiones ni interferencias de ninguno de ustedes.

Alessia al fin le sostuvo la mirada y Gabriel percibió sorpresa y... ¿admiración? Pero desapareció en un segundo, reemplazado por una indiferencia que bordeaba el desprecio.

—¿Algo más? —masculló Amadeo.

—Sí. La boda será íntima, y por íntima me refiero a solo con la presencia de la familia directa. Sin invitados, sin fotógrafos, sin prensa. Un simple comunicado cuando esté hecho en el que se expondrá mi intención de vivir como una persona privada. Y eso me lleva a la última condición: solo me casaré con Alessia si tengo la seguridad de que ella está de acuerdo. Les pido a todos que abandonen la sala para poder hablar en privado —Gabriel sostuvo la mirada de Amadeo—. Necesito convencerme de que consiente libremente. Si nos disculpan...

Dudaba que ningún miembro de la familia hubiera sido hablado en esos términos jamás. No estaba siendo provocativo ni irrespetuoso, pero debía mantenerse firme para evitar malentendidos.

La reina fue la primera en reaccionar. Se levantó y lo miró a los ojos.

—De acuerdo, pero ya que has sido tan claro, permíteme serlo también. Amo a mi hija. Te cases con ella o no, la apoyaré. Todos lo haremos. Y capearemos cualquier tormenta como siempre hemos hecho, como una familia.

Con una leve inclinación de la cabeza, hizo una seña a los hombres para que se levantaran. En silencio la siguieron fuera de la sala, los dos príncipes, gigantes al lado de su diminuta madre, acribillando a Gabriel con la mirada. Rápidamente les siguieron los abogados y demás empleados.

Alessia y él quedaron a solas.

Unas dolorosas punzadas en el pecho le dificultaban respirar, pero Gabriel se recompuso e intentó leer el hermoso rostro de la mujer con la que había compartido la mejor noche de su vida.

Era un maestro en interpretar el lenguaje corporal. Mientras esperaban en tenso silencio la llegada de Alessia, había leído el de los Berruti. Los dos príncipes apenas contenían su ira. Amadeo contra la

situación, Marcelo directamente contra él. La reina solo se preocupaba por el control de daños. El lenguaje corporal del rey le indicó que de nuevo sería el negociador. Un papel que Gabriel conocía bien. Lo había ejercido en su propia familia, impulsándolo a hacer de las negociaciones de paz una carrera. Siempre controlaba sus emociones, y siempre elegía como amantes a mujeres reservadas y emocionalmente austeras. Estar a punto de casarse con una mujer que tenía la pasión grabada en su ADN y que garantizaría la intrusión de la prensa que tanto despreciaba él, era algo que debería aprender a manejar, y rápidamente.

Alessia había sido la única Berruti en mantener sus emociones ocultas, aparte de ese fugaz destello de sorpresa. Incluso en esos momentos, cada uno a un lado de la enorme mesa, ella se limitaba a permanecer sentada, la espalda recta, las manos cruzadas sobre la mesa, mirándolo con altivez.

Pero él sabía que esa altivez no era más que una fachada.

Había nacido princesa, pero era imposible que la mujer que había sollozado en sus brazos, que había explotado de pasión, fuera tan fría por dentro como aparentaba por fuera.

Alessia le sostuvo la mirada. La distancia entre ellos parecía haberse encogido.

Se esforzó por no llorar.

No permitiría que trasluciera el daño que Gabriel le había hecho. Él jamás sabría cómo la había destrozado su huida a la mañana siguiente.

—Admito que es un método bastante extremo para obligarte a verme de nuevo —satisfecha, vio a Gabriel encajar la mandíbula—. Agradezco que hayas accedido a casarte conmigo para salvar a mi familia del escándalo, agradezco tu preocupación por mi libre consentimiento. Como recordarás de la noche en que concebimos a nuestro hijo, el consentimiento y la libre voluntad son importantes para mí. Te aseguro que consiento.

—¿Consientes a un matrimonio sin amor? —él enarcó una ceja.

—Por supuesto —ella sonrió—. A fin de cuentas —añadió con sarcasmo—, mi familia antepone el deber a los sentimientos. Creo que será bueno casarme con un hombre que anteponga las necesidades emocionales de nuestro hijo porque yo, como el resto de mi familia, vivo demasiado reprimida para saber cómo hacerlo. Serás un gran ejemplo para él, o ella —la sonrisa se amplió—. Algún día le contaré cómo su papá huyó del castillo tras disfrutar de una noche de sexo con mamá, y luego la ignoró hasta

regresar al rescate del niño concebido en una familia despiadada —fingió un estremecimiento—. Dime cuándo es tu cumpleaños. Compraré una capa de superhéroe con «SV», súper virtuoso, grabado.

Temiendo que la pantomima se desmoronara, Alessia invitó a su familia a que regresara antes de que Gabriel pudiera contestar.

Alessia entró en «la zona», un lugar que habitaba durante algunos aburridos compromisos reales. Le permitía hablar claramente mientras se redactaba el contrato prenupcial, lo leía, corregía, releía, eliminaba unas cláusulas, añadía otras... La monotonía interrumpida únicamente para comer, a pesar de que su estómago estaba tan encogido que tuvo que obligarse a tragar.

De vez en cuando una vocecilla le susurraba al oído: «vas a casarte con Gabriel Serres», pero la ignoraba. Todo era demasiado fantástico y sucedía demasiado deprisa para parecer real.

Iba a tener que vivir con él, y le costaba interpretar las emociones que crecían en su interior al pensar en lo que eso suponía.

El tiempo pasó en una extraña alquimia de rapidez y lentitud. Aunque Alessia se mantuvo a su lado de la mesa, la presencia de Gabriel era tan intensa como si estuviera a su lado. El aroma de su colonia, que no dejaba de captar, le aceleraba el pulso. Se esforzó por no mirarlo, por no levantarse y abofetearlo.

Solo cuando Gabriel estuvo convencido de evitar convertirse en miembro de la familia real, firmó el contrato y le llegó el turno a ella. Alessia quiso fulminarlo con otra gélida mirada, mostrar un indiferente desdén, pero sus emociones estaban a flor de piel y apenas conseguía sujetar el bolígrafo. Añadió su firma al documento, sus respectivos abogados firmaron como testigos y todo terminó.

Alessia abandonó inmediatamente la sala con la excusa de descansar antes de la cena.

Sus náuseas habían regresado con fuerza y subió las escaleras, cerró la puerta del dormitorio y corrió al cuarto de baño para vomitar.

Necesitó una eternidad para que su estómago se calmara y pudiera cepillarse los dientes antes de arrastrarse al dormitorio y dejarse caer en la cama.

Cerró los ojos y llevó una mano a la barriga mientras respiraba hondo. A pesar de estar al inicio del embarazo, ya se notaba una curvatura, y los pechos hinchados. Con el paso de los días había conseguido asimilar

que estaba embarazada. Su cuerpo hacía lo necesario para que su bebé naciera sano y salvo. Y Alessia también lo haría, incluyendo casarse con Gabriel.

Su propósito en la vida, su razón de ser era ser una buena princesa.

Los comentarios sobre Dominic habían sido producto de un descuido, pero su noche con Gabriel era totalmente diferente. Esa noche Alessia había liberado a la mujer que llevaba dentro. Y ver a Gabriel había encendido de nuevo la pasión.

Un golpe de nudillos sonó en la puerta.

—Estoy descansando —contestó ella, deseosa de que la dejaran en paz—.

Vuelve en media hora.

La puerta se abrió.

Sorprendida, Alessia vio entrar a Gabriel en el dormitorio.

Capítulo 5

GABRIEL captó el espanto reflejado en el rostro de Alessia, que se sentó apresuradamente en la cama. La había sorprendido en su único espacio privado.

Daba igual. Pronto estarían casados. Dos extraños que habían disfrutado de una noche perfecta permanecerían unidos de por vida.

—¿Quién te dejó entrar? —susurró ella—. ¿Qué quieres?

—El servicio, que sabe que pronto también me servirá a mí. En cuanto a lo que quiero...

¿Acaso importaba? Había comprendido que el futuro de su hijo, su única oportunidad de convertirse en un adulto funcional, era formando parte de su vida permanentemente. No había utilizado protección. El bebé no había pedido ser concebido. Lo que él deseara no importaba.

Sin embargo, un deseo sí era importante, el de mantener una relación cordial con Alessia. No le interesaba una esposa que lo despreciara. Por la tóxica relación de odio entre sus propios padres conocía el daño que eso podía causar en un hijo.

Gabriel se sentó en un sillón de terciopelo azul junto a la cama. Su hermana, Mariella, habría matado por un dormitorio como ese.

—Quiero hablar contigo antes de abandonar Ceres para arreglar mis asuntos.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué crees? Nos hemos comprometido a pasar el resto nuestras vidas juntos, y todo sin apenas cruzar palabra.

—¿Qué más hay que decir? —la voz de Alessia estaba cargada de amargura—. Hemos acordado casarnos y criar juntos a nuestro hijo. Fin de la historia.

—La historia no ha hecho más que empezar. Quería haberlo hablado contigo a solas antes, pero invitaste a tu familia a que regresara antes de poder contestar.

Alessia lo fulminó con la mirada y Gabriel respiró hondo. Hora de ir al grano.

—Jamás pretendí insinuar que tu familia y tu seáis incapaces de amar a un hijo.

Alessia se irguió, la regia princesa había resurgido.

—No lo insinuaste —contestó ella con su habitual altivez—. Fuiste muy explícito.

—Y me disculpo si te ofendí —Gabriel, admitió, debería haber sido más delicado. Había sido por su reacción al verla de nuevo y, tras recomponerse, ya se sentía capaz de contemplar esos rosados labios y aterciopelados ojos sin perderse.

—Disculpas aceptadas —Alessia apoyó la espalda contra el cabecero—. Ahora, por favor, márchate. Necesito descansar.

—Todavía no —Gabriel apoyó los codos sobre los muslos—. Nos casaremos dentro de tres días y...

—¿Qué dices? —ella perdió la compostura—. Creía que nos casaríamos dentro de unas semanas.

—Si no hubieras huido de la reunión, lo sabrías.

—No hui... Pensaba que estaba todo hablado.

—Solo lo básico. Lo demás lo decidiremos nosotros, y por eso estoy aquí.

—¿Qué demás?

—Nuestro matrimonio. Cómo haremos que funcione para vivir y criar a un hijo juntos.

Alessia sintió un ataque de pánico. ¿Cómo iba a prepararse en tres días para convertirse en la esposa de ese hombre? Era demasiado pronto.

—¿Quién decidió que nos casaríamos en tres días? —quiso saber.

—Todos. Tu familia teme que la noticia de nuestra boda quite protagonismo a la de Amadeo. Nos casaremos el jueves y lo anunciaremos el viernes. La prensa tendrá más de un mes para digerirlo antes de la boda de Amadeo.

—¿Y tú estuviste de acuerdo?

—Tu familia aceptó todas mis condiciones —Gabriel se encogió de hombros—. Era justo corresponderles.

—Qué magnánimo —espetó ella, odiando la evidente compostura de Gabriel en contraste con la suya propia. No quería sentir nada por él, ni mostrar nada que no fuera el merecido desprecio que había manifestado antes, pero ya no controlaba sus emociones—. Muy benevolente.

Gabriel se fijó en que la fría fachada de Alessia, pues nunca había sido otra cosa, había desaparecido. Bajo el altivo exterior, vibraba de moción. ¿A quién había pretendido engañar? ¿A él o a su familia?

Gabriel volvió a mirarla fijamente. Alessia tenía ganas de pelea, comprendió, pero él no peleaba, física ni verbalmente. Jamás lo haría. El matrimonio de sus padres había sido demasiado violento, incluso en los supuestamente felices años, para que los imitara. Ya resultaba irritante sentirse reaccionar a las apasionadas emociones de Alessia.

Gabriel comprendió que había sido esa pasión la que lo habían hechizado aquella noche, la única vez que había perdido el control. Pero ya no tendría que ocultar su deseo por ella.

Cerró los ojos brevemente y respiró hondo para controlar la tensión en la entrepierna, para recuperar el control de sus pensamientos, de las mordaces emociones.

Acercó el sillón a la cama y volvió a mirar a Alessia a los ojos, procurando hablar en su habitual tono modulado.

—Teniendo en cuenta que al casarme contigo tendré que renunciar a mi exitosa carrera y trasladarme a otro país, yo diría que mis condiciones fueron razonables y justificadas.

—Nadie te pidió que abandonaras tu carrera.

—En cuanto se anuncie nuestra boda, me será imposible continuar. Mis clientes me contratan por mis resultados, y mi discreción. Cuando me convierta en un personaje público, el anonimato en el que se basa mi trabajo desaparecerá.

—Encontrarás el modo de adaptarlo a las nuevas circunstancias — Alessia acercó las rodillas al pecho.

—Podré adaptarlo, pero no continuar como hasta ahora.

—No tienes que casarte conmigo. Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza.

—Me la he puesto yo mismo. Los secretos no permanecen. Aunque no nos casemos, en cuanto el embarazo empiece a notarse, comenzarán las especulaciones sobre la identidad del padre, y tarde o temprano surgirá mi nombre. Terminaré estando bajo los focos. Mi vida actual ha terminado y solo tengo dos opciones: casarme contigo y ser una figura permanente en la vida de mi hijo o no hacerlo y abandonar toda posibilidad de intervenir en su educación. Sabrás que no dejo nada al azar.

—Y no crees que vaya a ser una madre amorosa —afirmó ella con voz temblorosa.

Se sentía herida. Había descubierto su embarazo unos días atrás, pero su corazón ya se había henchido con una mezcla de ilusión, miedo y amor por ese pequeño ser.

Muchas veces se había preguntado qué clase de madre sería. Solo sabía que sería diferente a su propia madre, pero eso no podía decírselo a Gabriel. No solo por lealtad, sino porque no lo entendería. Un monarca no era una persona normal y, aunque pusieran la mejor voluntad, no podían ser padres normales. La prioridad siempre sería la monarquía. Alessia jamás reinaría, y cada día daba gracias a Dios por ello.

—Creo que puedes serlo —contestó Gabriel—, pero en tu mundo el deber es lo primero, a menudo en detrimento del individuo. Mírate, a ti y a tus hermanos, todos casándoos para salvar la monarquía. No permitiré que nuestro hijo se sienta obligado a tomar esas mismas decisiones.

—Tú la has tomado.

—Por su bien —aseguró él—. Y de nosotros depende crear un hogar estable. Aceptaré compromisos y haré concesiones y, si los dos estamos dispuestos, será factible.

—¿Te comprometerás a acompañarme a la boda de Amadeo? —espetó Alessia, consciente de lo humillante que iba a ser asistir al mayor evento de Ceres sin su esposo. El pueblo entendería que alguien quisiera permanecer en el anonimato, pero los eventos familiares, aunque también lo fueran de estado, eran otra cosa. El rechazo de Gabriel sería interpretado como algo personal.

—Mis condiciones ya fueron aceptadas, pero todo lo demás es negociable. La pregunta es si tú estás dispuesta a aceptar los compromisos y hacer las concesiones necesarias para nuestro hijo.

¿Cómo podía ser el mismo hombre que le había hecho el amor tan apasionadamente? Alessia lo miró incrédula. Por su expresión y tono de voz, Gabriel podría estar celebrando una reunión de negocios.

Sobre el papel, era todo lo que ella desearía como esposo. Un hombre al que respetar, que le hiciera sentir y que no la traicionaría. Gabriel despertaba respeto simplemente entrando en una habitación, y no podía negarse que le hacía sentir cosas. En las breves horas que habían pasado juntos, le había hecho sentir más que en toda su vida, más de lo que había creído posible. Incluso tras ignorarla durante dos semanas, la sensación no había disminuido. El movimiento de sus labios al hablar, la incipiente barba, el olor de su colonia... Todo la afectaba. Y mirarlo a los ojos era aún peor. En esos momentos estaba paralizada en su cama, la sangre vibrando, el corazón acelerado, abrazándose las piernas para que él no percibiera sus temblores. Era innegable que aún sentía algo por él.

También sabía que jamás la traicionaría. La discreción de Gabriel estaba asegurada y estaba claro que se tomaba muy en serio su paternidad. Debería sentirse feliz.

Pero en todo eso no había sitio para ella. Él jamás sería su príncipe. La había abandonado, desapareciendo como si no hubiesen compartido nada... pero la diminuta vida en su interior demostraba lo contrario.

Alessia respiró hondo. Le asustaba hasta qué punto deseaba al hombre que había engendrado esa vida con ella, que le había hecho apasionadamente el amor, que había despertado a la mujer que llevaba dentro.

—¿Alessia? —Gabriel enarcó una ceja.

—Sí —contestó ella, mirándolo a los ojos—, estoy dispuesta a aceptar compromisos y hacer concesiones por el bien de nuestro hijo.

—Me alegra oírlo. Facilitará mucho la vida para todos si caminamos por la misma senda.

—¿Tomasteis alguna otra decisión a mis espaldas? —incapaz de hablar sobre la boda, un evento que siempre había contemplado con romanticismo, Alessia cambió de tema.

—Sí. Las antiguas cuadras serán nuestro hogar. Según tu padre habrá que reformarlas. En cuanto acordemos qué queremos, comenzarán las obras.

Las cuadras estaban separadas de los edificios que constituían el castillo. Habían sido transformadas para que la abuela de Alessia viviera

allí tras quedarse viuda. La reina viuda odiaba vivir en el castillo rodeada de lo que más despreciaba: la gente. Por tanto, las cuadras habían sido transformadas en una residencia de siete dormitorios en la que jamás recibía a nadie. A Alessia la aterrizzaba su abuela, pero también la fascinaba. Ella le había enseñado a usar su característica altivez. Pero desde que Gabriel había irrumpido en su dormitorio, había sido incapaz de usarla.

A su abuela le habría encantado que ese hombre, que despreciaba la monarquía tanto como ella, se casara con un miembro de la familia real. La diferencia era que su abuela provenía de la antigua familia real griega y había ejercido ejemplarmente de reina consorte hasta la muerte de su esposo. Gabriel había dejado muy claro que no tendría nada que ver con el trabajo de la familia real, ni siquiera para la boda de Amadeo. Alessia sería una princesa sin príncipe.

—¿Algo más? —temiendo que las emociones se desbordaran, Alessia estiró las piernas y la espalda.

—Eso fue todo lo hablado.

—Entonces agradecería que te marcharas. Estoy cansada.

—Antes de marcharme —él la contempló meditabundo—, quisiera disculparme.

—Ya lo has hecho.

—Digo por no devolverte la llamada.

—Ah, eso —Alessia sintió una gélida mano apretarle el corazón—. Fue un impulso. Se me ocurrió que, si alguna vez volvías a Ceres, podríamos salir a tomar algo. Lo había olvidado.

—De todos modos, fue imperdonablemente grosero por mi parte. No insultaré tu inteligencia inventando excusas. Una parte de mí quería llamarte, pero no lo hice porque sabía que entre nosotros no podría haber nada. Eres una princesa y yo un hombre celoso de mi intimidad.

Incompatibles.

Alessia lo miró a los ojos, obligándose a sostenerle la mirada.

—Entonces, admitirás la ironía de verte obligado a casarte con una mujer incompatible.

Gabriel se levantó y, lentamente, se acercó a la cama y agachó la cabeza.

En sus ojos brillaba la hermosa supernova dorada que ella había visto la noche en que habían hecho el amor y, sin poder evitarlo, sintió la electricidad recorrer su columna y tensarle la piel.

—Nadie me obliga a casarme contigo, Alessia —los labios de Gabriel se curvaron en algo parecido a una sonrisa, el cálido aliento acariciándole la cara—. Nuestras vidas son incompatibles, y probablemente nuestros intereses también, pero hay algo en lo que sí somos compatibles.

Alessia se ruborizó violentamente, y cuando él acercó aún más el rostro, dejó de respirar.

—Nuestro matrimonio puede ser exitoso —susurró Gabriel mientras sus narices se tocaban—. Y también satisfactorio.

Los labios de Alessia vibraban incluso antes de que él los rozara con los suyos. Su boca se llenó de humedad y su pelvis se contrajo.

No fue consciente de haber cerrado los ojos hasta que cesó la deliciosa presión sobre su boca. Al abrirlos descubrió a Gabriel mirándola con esa expresión sensual que no había olvidado.

Alessia era incapaz de hablar.

Gabriel respiró hondo, hundió la mano en el bolsillo trasero y sacó la cartera. Taladrándola con la mirada, le entregó una tarjeta de visita.

Ella apenas fue capaz de enarcar una ceja.

—Es mi número personal —le informó él—. Llámame cuando quieras. Si no contesto, te devolveré la llamada. Te lo prometo.

Echó a andar hacia la puerta, volviéndose por última vez.

—Te veré en nuestra boda.

Gabriel se detuvo para recomponerse. Solo cuando estuvo seguro de haber contenido la erección, bajó las escaleras.

Abandonó el castillo sintiendo la satisfacción del trabajo bien hecho.

La mujer más sexy del mundo estaba gestando a su hijo y él había negociado con éxito un matrimonio en el que la monarquía no le salpicaría. No sería controlado por su familia política, y podría seguir viviendo con intimidad. Ciertamente iba a tener que cerrar su negocio, pero al final de una negociación lo que contaba era la ganancia, no la pérdida.

Estaba seguro de que Alessia pronto comprendería que ella también ganaba. Un esposo y un protector para su hijo. Y un amante para ella.

A las dos de la madrugada, Alessia seguía despierta. Tenía demasiadas cosas que procesar y no lograba dormir.

Menudo día. Menudo mes. En parte desearía poder rebobinar el tiempo hasta la boda de Marcelo y Clara y cerrar la boca. Pero solo en parte, porque volver atrás en el tiempo significaba desear que la vida que crecía dentro de ella jamás existiera. Una vida que ya formaba parte de ella, que ya ocupaba su corazón.

Encendió la luz de la mesilla y tomó la tarjeta de visita.

Impulsivamente, marcó el número

—¿Alessia? —contestó Gabriel con voz adormilada al tercer tono.

—Sí —ella parpadeó, sorprendida de que la reconociese.

—¿Estás bien?

La suave voz gutural le provocó un escalofrío. —Gabriel... —¿Qué?

—Supongo que eres consciente del riesgo que corres —Alessia respiró hondo.

—¿Por?

—Por casarte conmigo. El embarazo está en su primera etapa... la más delicada —susurró ella—. Mi madre sufrió tres abortos entre Marcelo y yo. Por eso nos llevamos tanto. Haré todo lo que pueda para que nuestro hijo nazca sano y salvo, pero a veces la naturaleza tiene otros planes. ¿Estás preparado para que nuestra boda sea para nada?

—Me caso contigo por el bien de nuestro hijo, Alessia —contestó él tras una pausa—, pero mi compromiso es contigo. Sea lo que sea que nos depare el futuro, es un compromiso para el resto de mi vida.

—Siento haberte despertado —los ojos de Alessia se llenaron de lágrimas.

—No lo sientas.

En apenas un susurro, Alessia le deseó buenas noches.

Capítulo 6

EL día de la boda amaneció con un sol radiante. Vestida con un ligero pijama de seda, Alessia salió al balcón para recibir los rayos del sol sobre una piel, helada después de la pesadilla.

—Buenos días, Alessia.

Sobresaltada, se volvió hacia el balcón contiguo y vio a Gabriel con una taza de café en la mano. No llevaba más que unos pantalones cortos de talle bajo que subrayaban su tonificado abdomen y curvadas caderas, el torso atlético y bronceado brillaba bajo el sol.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella aturdida. Lo encontraba cada vez más atractivo.

—Llegué anoche —él sonrió fugazmente.

—Nadie me informó.

—No me gusta llegar tarde —él se encogió de hombros—. Ya tenía todos mis asuntos en orden y me pareció prudente venir. Cuantas menos cosas puedan ir mal hoy, mejor. Tú ya te habías acostado —la miró fijamente—.

Pareces cansada. ¿No duermes bien?

—Un mal sueño —Alessia recordó la terrible pesadilla.

Perseguía a su madre por el castillo, llamándola, pero la reina era sorda a sus gritos. De repente, se encontró en el antiguo salón de banquetes.

Gabriel y Amadeo estaban allí, cenando, ciegos y sordos a ella también.

No había sido su peor pesadilla, pero había despertado sollozando.

—¿Algo que quieras compartir?

—Trae mala suerte hacerlo antes del mediodía, a no ser que quieras que se haga realidad.

—¿No creerás en esas tonterías?

—No. Pero por si acaso, no voy a arriesgarme.

Gabriel le ofreció una sincera sonrisa que transformó su rostro e hizo que Alessia sintiera flaquear las piernas. La sonrisa le hacía parecer diez años más joven.

Ella le devolvió la sonrisa, aun después de que una hermosa mujer de unos treinta años apareciera en el balcón y se acercara con elegancia felina a Gabriel.

—Buenos días —saludó la mujer, poniéndose de puntillas para besar a Gabriel en la mejilla.

Alessia se llevó ambas manos al estómago, asaltada por una terrible náusea. Le dolía tanto la cabeza, que casi no oyó a Gabriel.

—Alessia, te presento a mi hermana, Mariella —la presentó en español.

¿Su hermana?

La sensación que inundó a Alessia solo podía describirse como alivio. Mariella abrió los ojos desmesuradamente e hizo una profunda reverencia.

—Eso no es necesario —protestó Alessia—. Por favor, Gabriel —añadió cuando la mujer miró confusa a su hermano, evidentemente no entendiendo su idioma—, dile que no haga eso.

Sin apartar la mirada de ella, Gabriel tradujo las palabras mientras se preguntaba qué había causado el extraño gesto de Alessia. Sintió una punzada de inquietud, como la noche en que lo había telefoneado.

Había sonado tan vulnerable que él había sentido el impulso de regresar a Ceres.

También le inquietaba el brinco que había dado su propio corazón al reconocer su número en la pantalla, y el escalofrío que sintió al oír su voz.

Al volver a verla, le había parecido aún más hermosa de lo que recordaba. Disfrutó pensando en la noche de bodas, sin necesidad de contenerse, la anticipación rugiendo en sus venas. Debería celebrar que iba a encomendar su vida a una mujer que lo excitaba más que ninguna otra.

—Por favor —Alessia posó una mano sobre la barandilla—, dile que no observamos el protocolo.

Incapaz de aguantarse, Gabriel cubrió la mano de Alessia con la suya, encantado de ver cómo sus ojos se abrían desmesuradamente y sus mejillas se teñían, aunque no retiró la mano.

—¿Quieres que mienta? —le susurró él al oído.

—Es la verdad —protestó ella indignada.

—Quizás comparado con vuestros antepasados —Gabriel asintió, reprimiendo el impulso de agarrarla por la cintura y levantarla por encima de la barandilla. Era diminuta, y aun así habían encajado a la perfección, recordó mientras le palpitaba la entrepierna.

—No es verdad —insistió Alessia—. Dile a tu hermana que estoy encantada de conocerla.

A Gabriel le divirtió el tono formal, pero, recordando que no estaban solos, se apartó para traducir sus palabras.

Era verdad que los Berruti no exigían reverencias por parte de los plebeyos, pero sí una total deferencia. Por la expresión de Alessia, ni siquiera se daba cuenta de ello. Desde luego, jamás había dado muestras de creerse superior a nadie como, por ejemplo, su hermano mayor, Amadeo. Pero no se daba cuenta de lo elegante y regia que resultaba, incluso en ese pijama corto que mostraba sus piernas doradas y tonificadas, y dejaba entrever esos perfectos pechos, de sabor dulce, que cabían perfectamente en sus manos. De nuevo la vio ruborizarse ante el escrutinio.

Era la criatura más extraordinaria y deseable que hubiera visto jamás. Los aterciopelados ojos estaban fijos en él, mirándolo con un deseo que él recordaba bien.

Mariella tironeó de su brazo. Gabriel apartó la mirada de Alessia y se agachó para que su hermana pudiera hablarle al oído.

—Mariella dice que trae mala suerte vernos antes de la boda.

Alessia parpadeó y al fin sonrió con gran esfuerzo y se apartó de la barandilla.

—No creerás en esas tonterías, ¿verdad?

—No creo en supersticiones.

—Yo tampoco, pero no quiero arriesgarme, así que voy a seguir el consejo de tu hermana y regresar adentro. Te veré en la capilla —Alessia

se volvió hacia Mariella y le habló en un casi perfecto español—. Ha sido un placer conocerte —saludó antes de retirarse a los aposentos que compartiría con Gabriel antes de que acabara el día.

Alessia intentó refrescarse la boca, pero le temblaba tanto la mano que el vaso de agua se derramó sobre su barbilla. Una gota salpicó su vestido de novia. Un augurio.

Había elegido un sencillo vestido blanco de seda con escote en V y una corta cola. El equipo de belleza había hecho su magia, recogéndole los cabellos en un moño suelto entrelazado con flores blancas, dejando algunos mechones sueltos. Un sutil maquillaje y la elegante tiara de diamantes sobre el velo completaba el conjunto. La sencillez del vestido le había parecido adecuada para la sencillez de la boda, pero al ponérselo sintió una insoportable tristeza. El vestido, como todo lo demás, era lo contrario de lo que había imaginado para su perfecto día de boda.

Su padre entró en la habitación y le besó la frente antes de apartarse para contemplarla.

—Estás preciosa.

Ella intentó infructuosamente sonreír.

—No hace falta que sigas —aseguró su padre.

—Sí que hace.

—No —insistió él—. Nadie te culpará si cambias de idea.

Alessia recordó la furiosa expresión en la mirada de su madre, y rezó para no volver a verla nunca más. La misma expresión había estado en la mirada de sus hermanos. Salvo en la de Marcelo. Su hermano sabía exactamente cómo se sentía, porque él también había tenido que arreglar un lío que había provocado.

—Me culparía yo —le aseguró a su padre. Al menos él la había perdonado—. No podría vivir conmigo misma si causara la destrucción de la monarquía —al fin consiguió sonreír mientras tomaba las manos de su padre—. Esto es lo mejor. Podemos confiar en Gabriel. Si respetamos nuestra parte del acuerdo, él hará lo propio.

Era la única certeza que tenía sobre él.

Faltaba poco para casarse con un hombre al que conocía tan poco que al ver aparecer a una mujer en el balcón esa mañana, Alessia había supuesto que sería su amante.

Ni siquiera sabía si tenía una amante. Si Mariella era su única hermana.

Pero algo sí sabía, y la asustaba locamente. El breve instante en el balcón, cuando había supuesto que Mariella era su amante, se había sentido arrollada por un camión. Y el alivio al descubrir que era su hermana...

Al mirar a Gabriel a los ojos había visto deseo, siendo incapaz de disimular el suyo por él, de detener el galope de su corazón al verlo sonreír.

Gabriel le hacía sentir como una colegiala celosa. Y eso también la asustaba.

No quería sentirse así. Estaba dispuesta a consagrarse a él como esposa, pero no podía olvidar cómo la había ignorado. De no ser por el bebé, jamás habría vuelto a verlo, ya que él los consideraba incompatibles. Jamás le había dado la oportunidad de descubrir si podrían llegar a serlo en algo que no fuera el sexo. Porque Gabriel no había querido intentarlo.

Alessia seguía sin olvidar la sensación al despertar y descubrir que se había marchado.

La capilla real de los Berruti era mucho más grande de lo que había imaginado Gabriel, y tan antigua que exudaba historia de sus oscuros muros de piedra. Sentía la expresión maravillada de su hermana, de pie junto a él, mientras esperaban la llegada de la novia. Sentía el desconcierto de la familia Berruti al haber elegido a una mujer como padrino de boda, vestida con un esmoquin a juego con el del novio.

Gabriel tenía pocos amigos, en parte por su estilo de vida nómada, en parte porque le gustaba estar solo. La única persona cercana era su hermana. Dos años menor, estaban muy unidos, resultado de vivir en una familia en guerra. Gabriel le había contado todo lo sucedido con Alessia y el bebé, y ella no había emitido ningún juicio ni reproche.

—Mamá se moriría si viera esto —murmuró Mariella—. Te casas con una princesa en una capilla real.

—Ya me la estoy imaginando...

Su madre en una arribista patológica, obsesionada con llamar la atención, causante del odio de Gabriel hacia las redes. Lo único que le impedía exponer a su hijo a los numerosos seguidores que tenía en redes sociales era la asignación mensual que le pasaba. Una boda real, por pequeña que fuera, sería demasiada tentación para ella y por eso Gabriel había decidido no invitarla. La boda sería su último evento como persona

anónima. El circo en el que estaba a punto de convertirse su vida podía esperar unos días más.

Un movimiento rompió la quietud de la capilla. La novia había llegado.

Agarrada del brazo de su padre, Alessia se dirigía hacia él. Cuanto más se acercaba, más se inflamaba el corazón de Gabriel.

Cuando ella se detuvo, Gabriel levantó cuidadosamente el velo y la miró a los ojos. El corazón se le paró. Jamás habría imaginado que pudiera existir tanta belleza.

—¿Preparado? —preguntó ella tras mirarlo prolongadamente.

Él asintió.

—Pues acabemos con esto.

¿Podía haber excusa más patética para una boda?, se preguntó Alessia. Sin marcha nupcial. Seis invitados y un cura. Firmó el certificado y pensó en su familia extensa. Les habría encantado estar allí y a ella que estuvieran. El único momento que se había parecido a la boda de sus sueños había sido el del beso que había sellado los votos. En los ojos de Gabriel había visto una embriagadora sensualidad y la promesa de mucho más antes de que los cálidos labios rozaron los suyos, pero no lograba olvidar que no era la novia elegida por él. Era evidente que la deseaba, pero siempre a su pesar.

Ella tampoco querría desearlo a él. Ojalá la mujer que él había despertado en su interior permaneciera oculta.

El anillo que él deslizó en su dedo pesaba demasiado y ella deseó podérselo arrancar.

En cuanto Marcelo y Clara firmaron como testigos, abandonaron todos la capilla de regreso al castillo, donde se ofrecería un simulacro de banquete.

—¿Dónde está el fotógrafo? —preguntó Clara.

—No hay —contestó Gabriel.

—¿Puedo hacerlos yo una foto? Para la posteridad.

—Eso estaría bien —intervino Alessia en el preciso instante en que Gabriel respondía amablemente:

—Según el acuerdo, no hay fotos, pero gracias por ofrecerte.

Ver la expresión en el rostro de su cuñada hizo que Alessia se sintiera al borde de las lágrimas y echó a correr. No lloraría otra vez delante de Gabriel.

Una mano le atrapó la muñeca.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel.

—Nada —murmuró ella, soltando la mano y echando a andar otra vez. Al tener las piernas mucho más largas, él la alcanzó en segundos, bloqueándole el paso.

—Está claro que pasa algo. Si te he disgustado, debes decírmelo.

—No entiendo por qué no quieres ninguna foto —ella lo fulminó con la mirada.

—Fue una de mis condiciones para casarme contigo —contestó él con paciencia—. Si no te gusta, deberías haberlo dicho.

—Dejaste bien claro que lo tomaba o lo dejaba —Alessia se cruzó de brazos—. Con la boda te has salido con la tuya en todo.

—En la fecha no —contestó Gabriel intentando aligerar el momento.

—Cierto, lo decidió mi familia. Yo no. Nadie me preguntó qué quería para el día de mi boda.

—¿Y qué querías?

—Un poco tarde, ¿no? —gritó Alessia—. Perdona. Fuiste muy claro sobre tus condiciones y lo único que me molestó de ellas en su momento fue tu negativa a asistir a la boda de Amadeo y otros eventos familiares a los que acudirá la prensa, pero no pensé mucho en nuestra boda hasta que me puse el vestido esta mañana. Lo elegí porque encajaba con la sencillez de la ceremonia, pero mi sueño siempre fue un vestido de cuento de hadas con una cola larguísima y una docena de damas de honor. Siempre imaginé a toda mi familia, a mis amigos, aquí, y un cargamento de confeti, y una gran fiesta hasta el amanecer. Pero no ha habido nada de eso. Muchas personas a las que quiero no han podido venir, y ni siquiera se me permite tener una foto de recuerdo.

Gabriel contempló el dolor reflejado en el rostro de Alessia, el mismo que se reflejaba en su voz, y se preguntó si la habrían adiestrado para hacer que un hombre se sintiera como un trapo. No tenía nada que reprocharse, había sido sincero y abierto, a diferencia de ella, protestando por no tener la boda que creía merecer. Pero había accedido a casarse con

él por propia voluntad y aceptado sus condiciones. Sus quejas posteriores sobraban.

Alessia cerró los ojos y se frotó la nuca.

—No me hagas caso —volvió a mirar a Gabriel—. Supongo que me siento emocional, y eso me vuelve irracional —sonrió tímidamente y echó a andar.

—No es irracional —contestó él al fin.

Alessia giró la cabeza y Gabriel redujo la distancia para contemplar el bonito rostro y esos ojos aterciopelados. Sintió una oleada de deseo. Aunque nunca fueran compatibles, era su esposa y era impresionante. Todo hombre vivo querría compartir la cama con ella.

El pecho de Alessia ascendió y el deseo de Gabriel se hizo más fuerte.

Tenía las mejillas arboladas y los pezones presionaban contra la seda del vestido. Gabriel acercó el rostro y ella entreabrió los labios. Estaba claro que su esposa la deseaba. Prácticamente podía oler ese deseo irradiar de ella.

—Y tienes razón —añadió él—. Es el día de nuestra boda. Deberíamos tener alguna foto —acercó los labios a su oreja—. Y esta noche, te daré algo más por lo que recordar este día.

El banquete de boda fue tan triste como la boda en sí, pero Alessia lo soportó, comiendo con la misma parsimonia que de niña, cuando quería molestar a sus hermanos, que no podían levantarse de la mesa hasta que todos hubiesen terminado. Había perfeccionado el arte del mordisqueo. Pero si a Gabriel le molestaba, no se le notó. Cuando el banquete terminara, los «festejos», acabarían y Gabriel y ella se retirarían a sus aposentos.

Las seductoras palabras de Gabriel, antes de pedirle a Clara que hiciera alguna foto, resonaban en su cabeza. Cada vez que las recordaba, se sonrojaba violentamente. Lo mismo sucedía cuando lo miraba a los ojos y percibía ese brillo de anticipación. Asustada por el deseo que sentía por él, intentaba no mirarlo, pero Gabriel parecía un imán para sus ojos.

No conseguía identificar si lo que sentía era miedo o excitación. O ambas cosas. La noche que habían pasado juntos había sido tan maravillosa que la idea de volver a experimentarla era casi insoportable. Pero a la mañana siguiente la había abandonado, ignorándola. Su esposo la había herido profundamente, y si no se protegía, temía volver a ser lastimada.

Odiaba que su cuerpo y su mente, la mujer y la princesa, fueran tan distintas. Hasta encontrar el modo de unir ambas, no sabía cómo iba a arriesgarse a que él la tocara, haciéndole perder la cabeza como la primera vez.

—¿Habéis decidido adónde vais de luna de miel? —preguntó Clara.

—No habrá luna de miel —Alessia bebió un sorbo de agua, deseando que fuera vino.

Otra cosa que Alessia iba a perderse. Tampoco cruzaría el umbral con ella en brazos. Había fantaseado tantas veces con ello...

Agarró la cuchara y apuñaló con ella el flan de queso y canela. Tenía que dejar de pensar en esas cosas. Estaba hecho. Se había casado con él.

Como su vieja institutriz solía decir, se había hecho la cama y debía acostarse en ella. Lo que no le había contado era cómo iba a hacerlo si tenía que compartirla con un hombre contra el que debía proteger su corazón.

Capítulo 7

EL corazón de Gabriel latía con fuerza mientras seguía a Alessia a los aposentos que compartirían hasta terminar la renovación de las cuadras. Observó con detalle los altos techos, el lujoso mobiliario, seguramente herencia de siglos y que parecía demasiado grande para las habitaciones. El tamaño no estaba mal, pero comparado con los aposentos de sus padres y hermanos, eran diminutos, tanto como la princesa que los habitaba. También había muchos toques de modernidad y el resultado era un apartamento ecléctico, femenino, elegante y regio a la vez. Desde luego no era de su gusto, aunque sí encajaba a la perfección con Alessia. Gabriel no pudo evitar la excitación al pensar que muy pronto compartirían esa cama de princesa.

Su flamante esposa, que había caminado en silencio desde el banquete hasta sus aposentos, se quitó los zapatos y permaneció ante la puerta del salón.

—Necesito ducharme. Te dejaré para que te familiarices con todo esto. Los aposentos son prácticamente idénticos a los que tenías asignados, no creo que te pierdas.

—¿Dónde están mis cosas?

—En mi vestidor —ella tragó nerviosamente—. Te lo enseñaré.

Él la siguió escaleras arriba y percibió el titubeo de Alessia antes de abrir la puerta del dormitorio.

—He dejado todo el sitio que he podido —aseguró ella mientras abría la puerta del vestidor—, pero me temo que es bastante pequeño. Esta sección del castillo tiene cuatrocientos años de antigüedad y solía alojar a los cortesanos hasta que mis bisabuelos se deshicieron de ellos y crearon estos apartamentos para la familia. Este y en el que tú te alojabas son de los más pequeños y estaban pensados para las visitas, pero siempre fue mi preferido, y cuando me hice mayor de edad, lo pedí en lugar del que me

habían asignado. Lo único que le faltaba era un vestidor y lo sacaron quitándole un trozo al dormitorio de invitados.

Alessia hizo una pausa para respirar hondo.

—Todo este rodeo es para decirte que no hay mucho sitio para tus cosas. Lo siento. Hice trasladar todos mis vestidos de gala a la habitación de invitados. Si no tienes sitio suficiente, puedes llevar algunas de tus cosas allí también. Espero que te parezca bien.

Gabriel contempló a su esposa. Desde que la había visto en el balcón esa mañana, había vivido torturado por la anticipación ante lo que la noche depararía. Por fin estaban solos y todas las fantasías que lo habían espoleado durante el banquete podían hacerse realidad, como arrancarle el vestido de ese perfecto cuerpo y besar cada milímetro de suave piel antes de hundirse en su apretada intimidad.

Pero debía controlarse un poco. No le había pasado desapercibido lo nerviosa que estaba Alessia durante el banquete.

—No traje muchas cosas, seguro que estará bien —le aseguró con una lenta sonrisa. El vestidor era en efecto pequeño, pero estaba muy bien diseñado para maximizar el espacio. El lado izquierdo rebosaba color femenino. El derecho, el suyo, estaba ocupado en apenas un tercio—. Hay sitio de sobra.

—¿Cuándo traerás el resto tus cosas? —ella se frotó el brazo.

—Cuando nos mudemos a las cuadras. Mientras tanto, trabajaré en Madrid. Dejaré allí la mayoría de mis cosas.

—Pensé que ibas a cerrar tu negocio —Alessia frunció el ceño—. Dijiste que te habías ocupado de tus asuntos.

—Solo del cliente con el que iba a empezar a trabajar esta semana. Reduciré mi negocio principal, pero tengo muchos otros intereses comerciales. Aquí no tengo sitio para trabajar.

—Sé que mis aposentos están abarrotados —Alessia lo miró con irritación—, pero el castillo tiene más de trescientas habitaciones. Te podrían montar un despacho tan grande como quieras.

—Es más práctico estar en Madrid, más fácil viajar desde allí a los países en los que hago negocios —explicó él—. Para cuando nos traslademos a las cuadras y nazca el bebé, tendré mucha menos necesidad de viajar.

—Eso suena a excusa.

—Es la verdad. También lo es que no deseo vivir todo el tiempo en este castillo. Hay demasiados empleados para disfrutar de intimidad y sospecho que vivir bajo este techo significa que tu familia intentará hacerme cambiar de idea sobre trabajar en la familia real. Si no me ven, tampoco pensarán en mí.

—¿Tan insoportable te resulta la idea de trabajar en la familia?

—Sí.

—¿Y no se te ha ocurrido que para mí es insoportable tener un esposo que se pasa las semanas trabajando lejos?

—Solo será hasta que terminen las obras.

—Podrían llevar meses —Alessia alzó la barbilla y sonrió fríamente—. Te acompañaré a Madrid.

—No será necesario —aseguró Gabriel intentando evitar lo evidente: Alessia buscaba pelea.

—¿Por qué no? ¿Tienes alguna mujer escondida en Madrid?

—Claro que no —contestó él sorprendido por la pregunta y el tono.

—Entonces, no te importará que te acompañe.

Gabriel cerró los ojos y respiró hondo antes de volver a contemplar el rostro encendido por la ira. Su única opción era añadir combustible al fuego.

—Eso está fuera de lugar.

—¿Por qué?

—Porque tú siempre vas acompañada de un circo mediático, y no quiero formar parte de él. Ya lo he dejado claro.

—Ese circo no es culpa mía.

—Yo solo te he dado mis razones.

—En cuanto se anuncie nuestra boda, el circo irá a por ti.

—Pero tu presencia lo empeorará. La prensa te adora.

—Yo no lo busco.

—No he dicho que lo hagas, solo que deseo evitarlo todo lo que pueda.

—Entonces no deberías haber accedido a casarte conmigo. Siento que encuentres la intrusión de la prensa tan aborrecible, pero es posible

vivir una vida siendo noble, sin estar siempre rodeado de cámaras de fotos. Lo descubrirás cuando te acompañe en tus viajes.

Por primera vez, el rostro de Gabriel se oscureció por la ira, pero Alessia estaba demasiado enfadada y dolida como para importarle.

—Malo es que me humilles al negarte a acompañarme a la boda de mi hermano, pero no permitiré que me abandones a la primera oportunidad, sobre todo porque no fue una de tus condiciones, de modo que acostúmbrate a tenerme a tu lado. Si tienes alguna amante por ahí, adviértele de que ya no podrás verla porque tu esposa se niega a separarse de ti.

Alessia agarró un pijama y se dirigió al cuarto de baño.

Nunca había sido consciente de cuánto cambiaba la atmósfera la presencia de otro ser. Sus aposentos, sobre todo el dormitorio, habían sido sus lugares favoritos del castillo desde niña, cuando obligaba a Marcelo a acompañarla para explorar. No sabía por qué le gustaba tanto, pero había rechazado el apartamento mucho más grande que le habían asignado. La presencia de Gabriel había alterado completamente esa atmósfera.

Revoloteaban el uno en torno al otro preparándose para la cama, utilizando el cuarto de baño por turnos, proporcionando al otro intimidad para desnudarse, todo con sonrisas congeladas, rebosantes de ira.

¿Cuántos recién casados discutían en la noche de bodas?, se preguntó ella amargamente. En realidad, ellos no discutían. Gabriel prefería esconder sus discusiones tras una cordialidad que ella empezaba a detestar. Pero había visto ira en su mirada cuando ella se había negado a aceptar ser tratada como un mueble. Peor para él.

Se metió en una cama que jamás había compartido con nadie, vestida con su pijama largo de seda, y apoyó la espalda contra el cabecero mientras buscaba su libro. Siempre leía en la cama, pero esa noche era dolorosamente consciente de que el libro era una excusa. Imaginó que para Gabriel compartir la cama con una mujer no sería excepcional y deseó que tampoco lo fuera para ella, pero aparte de la primera noche juntos, era la primera vez, y sus nervios estaban a flor de piel, tanto que no sabía si las náuseas eran por esos nervios o por las hormonas.

Cuando él al fin salió del cuarto de baño, el corazón de Alessia se aceleró. Llevaba unos ajustados calzoncillos negros que marcaban el bulto de la parte delantera. Ya lo había visto desnudo, claro, pero aquella noche la habían pasado abrazados, y en el balcón esa mañana llevaba pantalones

cortos. Con la barandilla de por medio, Alessia no había podido echarle una buena mirada. Pero en ese momento, mientras se acercaba a la cama, sí. Alessia sintió que sus partes íntimas se derretían y solo podía pensar que era el hombre más sexy en habitar la tierra.

El colchón se movió ligeramente cuando él se deslizó bajo las sábanas, suficiente para que ella dejara de respirar. Las palabras susurradas en los jardines de la capilla regresaron a su mente. «Esta noche, te daré algo más por lo que recordar este día».

Sujetó el libro con más fuerza y juntó los muslos como si así pudiera detener el palpitante calor que se extendía desde su pelvis.

Sintió la mirada de Gabriel sobre ella y sus pulmones se cerraron tanto que le resultó imposible respirar.

Había llegado el momento en que él la tomaría en sus brazos...

Una enérgica ducha había limpiado a Gabriel de la ira provocada por la insistencia de Alessia en acompañarlo a Madrid.

Cada vez que esa mujer abandonaba el castillo, lo hacía rodeada de cámaras. Él aceptaba que esas cámaras y la prensa pisándole los talones, obligándola a sonreír amablemente y a responder a sus preguntas, formaba parte de la vida de la princesa, pero ella debía aceptar también que no era la clase de vida que él estaba dispuesto a vivir.

No estaba dispuesto a ceder.

Sabía que tendría que acostumbrarse a cierto grado de invasión, por lo menos durante un tiempo. Como Alessia había señalado, en cuanto se anunciara su matrimonio, empezaría el circo. Pero si se negaba a interactuar con ellos y no les proporcionaba ninguna noticia interesante, la prensa se aburriría de él.

Dudaba de que la prensa se aburriera alguna vez de Alessia. Aparte de ser impresionantemente hermosa y fotogénica, era un icono de estilo. Vendía revistas y generaba actividad en las redes sociales simplemente siendo ella misma y, tuvo que admitir, conseguía mucha publicidad para las obras benéficas que patrocinaba.

Por la rígida postura, la mandíbula encajada y los nudillos blancos, Gabriel supo que seguía enfadada. También había otra cosa en su lenguaje corporal, unos diminutos estremecimientos... Alessia era tan consciente de él como él de ella.

Harto del silencio, Gabriel le arrancó el libro de las manos y lo dejó sobre la mesilla de noche. Al inclinarse sobre ella, percibió su aliento y su suave y afrutado perfume.

¿Alguna vez había olido así de bien una mujer? No que él recordara. Gabriel miró fijamente a Alessia hasta que ella se volvió y esos oscuros ojos aterciopelados le sostuvieron la mirada.

—Permíteme aclararlo —comenzó él—. No tengo ninguna amante en Madrid, ni en ninguna parte. Mi última relación terminó hace meses. Soy básicamente monógamo.

La recompensa fue más silencio.

—¿Y tú? —continuó él al no recibir respuesta—. ¿Eres monógama?

—Supongo —Alessia se mordisqueó el labio inferior.

—¿Supones? —sorprendido, Gabriel enarcó una ceja—. La respuesta es sí o no.

—Entonces... sí.

—No pareces segura —algo oscuro e inesperado se enroscó dentro de Gabriel.

—Lo estoy.

Él contempló los ojos marrones. Su habilidad para leer a la gente le permitía saber cuándo le estaban mintiendo. Alessia mentía. ¿Por qué? Que él supiera, jamás había sido relacionada con ningún hombre, de modo que debía ser muy discreta en sus aventuras, seguramente dentro del castillo o en casa de algún amigo de confianza. Las infidelidades eran peligrosas. Había periódicos dispuestos a pagar una pequeña fortuna por la exclusiva de la princesa Alessia siendo infiel.

Y si no lo era, ¿por qué dudar sobre su monogamia?

—Me da igual lo que hicieras en el pasado, pero no aceptaré que tengas amantes —Gabriel clavó la mirada en ella—. Tú no quieres ser humillada quedándote aquí en mis viajes, y yo no seré humillado por cornudo. Estamos casados, y eso significa que somos tú y yo, solo tú y yo. ¿Está claro?

Alessia tuvo que esforzarse por no reír, segura de que sonaría histérica.

¿Cómo reaccionaría Gabriel si supiera que había sido el primero? Y, curiosamente, también el último.

¿Cómo contarle lo que debería haberle contado semanas atrás antes de que todo fuera demasiado lejos? Jamás la perdonaría. De no haber sido tan inexperta, se habría dado cuenta de que él no llevaba preservativo, pero lo cierto era que había dado por hecho que Gabriel lo tenía todo controlado mientras ella vivía en una burbuja de sensualidad. De haberle explicado que era virgen, la contracepción habría surgido. Si algo sabía de su esposo era que no dejaba nada al azar.

Si le hubiera contado que era virgen, jamás le habría hecho el amor... —¿No vas a decir nada? —insistió él secamente.

Alessia cruzó las piernas y se giró. El hombre de hielo le devolvió la mirada, el hermoso rostro inexpresivo, las manos apretadas contra el abdomen. Ella casi cedió a la tentación de deslizar los dedos por el oscuro vello que cubría el musculoso torso.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó ella.

—Para empezar, cualquier cosa que tengas en esa bonita cabecita — él la fulminó con la mirada.

—Créeme, no te conviene saber qué hay en mi cabeza —Alessia sintió una llamarada de placer ante el cumplido—. Pero te tranquilizaré: no pronuncié los votos a la ligera. Sabía que me estaba entregando a ti para el resto de mi vida, solo a ti.

—Bien.

—Pero, para que quede claro, seré tu esposa, no tu propiedad.

—Nunca dije que lo fueras.

—Solo quería dejarlo claro.

—Y lo has hecho —Gabriel se inclinó hacia ella, acercando su rostro.

Alessia diría que Gabriel sonaba celoso, pero, si lo estaba, sería solo desde un punto de vista de la posesión, no del sentimiento.

—¿De verdad te parezco bonita? —preguntó ella repentinamente.

—Sí —contestó él tras contemplarla como si hubiese preguntado la mayor estupidez.

—¿En serio?

—No me creo que sea el primer hombre en decírtelo.

—Me dicen muchas cosas, pero nunca sé si creérmelo —Alessia se encogió de hombros—. La gente intenta congraciarse conmigo. También están los troles, que me dicen que soy fea. A saber a quién creer.

—¿Tienes troles?

—Todos los que vivimos cara al público los tenemos —ella intentaba no sonar muy afectada. Si lo peor que tenía en su vida era un trol, no tenía derecho a quejarse—. Hoy en día va con el cargo.

—¿Quiénes son?

—Casi todos anónimos. Da igual.

—No da igual —protestó a Gabriel. La idea de alguien sentado ante el teléfono o el ordenador soltando veneno contra Alessia... La tomó de las manos—. El que te diga que eres fea, debería buscar ayuda, porque eres más que bonita. Eres hermosa.

Alessia permaneció inmóvil, aunque abrió desmesuradamente los ojos y se sonrojó.

—¿Lo dices en serio? —susurró.

—Eres hermosa —insistió él mientras la atraía hacia sí—, tanto que a veces pienso que eres un hechizo —inclinó la cabeza y la besó delicadamente.

Durante largo rato Gabriel se limitó a dejar que sus sentidos se llenaran del delicado aroma de la piel de Alessia. Luego la besó con ternura hasta que sus lenguas se entrelazaron en un baile íntimo que le provocó una descarga eléctrica de sensaciones.

Durante semanas, el olor y el sabor de Alessia lo había atormentado con recuerdos tan fuertes que había llegado a pensar que se lo estaba imaginando. Pero sus recuerdos no habían mentido. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí para devorarla con besos tan embriagadoramente adictivos y potentes como el mayor afrodisiaco.

Alessia suspiró y se pegó a Gabriel, correspondiendo a su deseo con una voracidad que aumentó aún más la excitación. Le rodeó el cuello con los brazos, los perfectos pechos apretados contra el torso, mientras la pasión que los había atrapado semanas atrás volvía a enredarlos.

Desde el primer susurro del aliento de Gabriel sobre sus labios, Alessia había quedado reducida a pura sensación. El oscuro sabor de Gabriel y las ardientes caricias rugían en todo su cuerpo, alimentando el deseo que sentía desde la noche en que... —¡No!

Capítulo 8

ALESSIA se apartó de él antes de que su cerebro registrara lo que acababa de gritar.

Con el corazón acelerado, su cuerpo protestando por la interrupción, se arrastró hacia atrás.

—¿Qué pasa? —la asombrada mirada de Gabriel seguía sus movimientos.

Alessia intentó calmar su respiración y los sollozos de decepción de su cuerpo.

—No puedo hacerlo — sacudió la cabeza—. Lo siento. Es demasiado pronto.

—¿De qué hablas? —preguntó él—. ¿Cómo puede ser demasiado pronto si acabamos de casarnos?

—¡Lo es! —gritó Alessia mientras apretaba los labios y se abrazaba a sí misma. Sus manos aullaban por tocarlo y sus labios, igualmente furiosos, se entregarían de nuevo a su boca y ella volvería a disfrutar de los placeres de Gabriel. Sentía la pelvis en fuego, la sangre, todo ardía.

Con el rostro desencajado, Gabriel hizo visibles esfuerzos por controlarse.

—Explícamelo. Cuéntame en qué piensas. Intento encontrar sentido a tus palabras. Sabemos de sobra lo buenos que somos juntos. La noche que concebimos al bebé lo demuestra.

—Y al día siguiente te largaste sin despedirte ni dejar una nota — contestó ella con voz temblorosa. Había sido ese recuerdo el que la había despertado de la nube de sensualidad en la que estaba.

Gabriel soltó un juramento y cerró los ojos.

—¿No vas a decir nada? —insistió ella con voz entrecortada.

Gabriel se había disculpado por no devolverle la llamada, pero no había dicho nada sobre su huida de la habitación. Debería haberse imaginado que esa conversación llegaría.

Todavía excitado, volvió a cerrar los ojos y se concentró en calmarse.

—Me fui sin decir adiós porque al despertar a tu lado, me sentí como el mayor imbécil del mundo.

—¿Por qué? —preguntó ella a punto de llorar.

—Porque tu familia fue muy generosa al ofrecerme una cama cuando mi avión se averió, y se lo agradecí acostándome con su hija.

—Soy una mujer de veintitrés años.

—Pero no una mujer cualquiera. Una princesa.

—También soy mujer. Una mujer con sentimientos, no una criatura imaginaria.

—Mi comportamiento fue terrible. Al despertar... Alessia, me sentí asqueado conmigo mismo, no solo por abusar de la hospitalidad de tus padres, por quién eres. Yo nunca mezclo negocios con placer. Nunca.

—¿Estás diciendo que fui la primera? —Alessia lo miró intensamente y algo parecido a una sonrisa asomó a sus labios—. Con lo de mezclar negocios y placer, me refiero.

—Sí.

—¿Debería sentirme halagada? —la sonrisa de Alessia se hizo más amplia.

—Si quieres...

—Quiero —aseguró ella, poniéndose seria—. Entiendo que te sientas mal contigo mismo por lo sucedido, pero, Gabriel, eso no excusa tu comportamiento hacia mí.

—Es la verdad.

—Puede que sí, pero no lo excusa. Pasé la mejor noche de mi vida contigo, y al despertar no estabas. ¿Sabes cómo me sentí?

Él respiró hondo.

—Sucia. Yo nunca... —Alessia tragó nerviosamente y encogió las piernas—, nunca había tenido un revolcón de una noche. No me malinterpretes, no buscaba esto... Pero al descubrir que no estabas... me

dolió. Ni siquiera merecía un minuto de tu tiempo después de todo lo compartido.

—Lo siento —contestó Gabriel con voz ronca—. Nunca fue mi intención hacerte sentir así.

—¿Y cuál fue tu intención?

—Abandonar Ceres. Me sentía como si hubiese despertado de un hechizo, y me maldije por perder la cabeza.

—No te gusta perder el control —afirmó ella.

—No —él asintió.

—¿Por qué?

—Así soy yo.

—Creo que fue una locura — Alessia sonrió y frotó la barbilla contra las rodillas—. Engendramos a una criatura y aquí estamos. Pero lo siento, Gabriel, no logro olvidar cómo me sentí al comprobar que te habías ido. Esperaba que fuera porque te preocupaba haberte acostado con una princesa, y la reacción de mi familia si lo descubría, supongo que en parte fue eso, y decidí ser una mujer moderna y llamarte yo. Esperaba que vieras mi mensaje y comprendieras que soy como cualquier otra y que nada nos impedía vernos de nuevo. Pero me ignoraste, y no puedo olvidarlo. No puedo olvidar lo barata que me sentí. Me he casado contigo, pero no hay nada que sustituya esos sentimientos porque sigues siendo un extraño para mí. Y hasta que empieces a abrirte, continuarás siéndolo.

El corazón de Alessia latía con fuerza. Seguía furiosa consigo misma por cortar el apasionado contacto con Gabriel y, aunque sabía que había hecho lo correcto, se sentía como una idiota.

No recordaba haber sido nunca tan sincera sobre sus propios sentimientos. «Nunca quejarte, nunca explicar», era el credo de muchas familias reales, y uno que ella había abrazado desde muy joven. La única persona a la que se abría era a su hermano, Marcelo, pero a veces se contenía porque él sufría aún más que ella por ser quien era.

Mostrar sus cartas en cierto modo había resultado liberador, y Alessia experimentó un pequeño sobresalto al comprender que algo en Gabriel le hacía sentirse lo bastante cómoda como para expresar lo que pensaba o sentía. Y otro más al comprender que cuando estaba con él, no tenía que ejercer de princesa. Y no porque él sacara a la mujer bajo la máscara de princesa, la máscara caía por voluntad propia.

Pero al recordar de nuevo que le había ocultado su virginidad, se sintió culpable.

No debería importar. Era asunto suyo. No debería importar, pero sospechaba que a Gabriel le importaba.

Tras un prolongado silencio, Gabriel le tomó las manos.

—Entiendo que tengo mucho por lo que hacerme perdonar —aseguró él con expresión seria—, y haré todo lo posible. Tenemos mucho que aprender el uno del otro, pero te advierto que siempre he sido muy reservado.

—No lo creerás, pero yo soy igual —ella se encogió de hombros—. Al menos casi siempre, pero he llorado en tus brazos y te conté todo lo que sentía aquella noche porque, hasta cierto punto, debí confiar en ti.

Le había confiado a Gabriel sus sentimientos además de su cuerpo. Se había abierto a él como jamás había hecho con nadie, y él la había abandonado como si jamás hubiera estado allí. ¿Tan raro era que temiera volver a acercarse a él?

La expresión de Gabriel le indicó que él pensaba lo mismo.

—Sí —contestó él al fin—. Te creo, y haré lo que sea para recuperar tu confianza en mí —le soltó las manos y la tapó con la sábana—. Es tarde. Deberíamos dormir.

Alessia titubeó. ¿Debería dormir en la habitación de invitados? ¿Insistir en que lo hiciera él?

Pero la expresión de Gabriel era tranquilizadora y la convenció.

Ella se deslizó bajo las sábanas mientras Gabriel apagaba las luces. Cuando la tocó, el corazón casi se le salió del pecho.

—Solo te voy a abrazar —murmuró él mientras la atraía hacia sí. Apoyó su mejilla contra el torso y le besó la cabeza—. Buenas noches, esposa. —Buenas noches, esposo —susurró ella.

Alessia abrió los ojos de golpe. Tenía un brazo rodeándole la cintura, la mano posada sobre su barriga.

La luz en la habitación le indicó que ya había amanecido.

Por la respiración de Gabriel, él seguía profundamente dormido.

No supo cuánto tiempo permaneció así, temerosa de mover siquiera un músculo. Temerosa de los sentimientos en su interior. Del profundo deseo de pegarse contra él. De despertarlo...

Lentamente, se soltó de su abrazo. Se bajó de la cama, recogió el libro y el móvil y salió de la habitación. Únicamente cuando cerró la puerta, fue capaz de respirar.

Bajó las escaleras y entró en la cocina para prepararse un café. Le gustaba hacerlo ella y, los días que no tenía compromisos, disfrutaba de la soledad y la independencia. Cuando sí tenía compromisos, sus empleados la rodeaban antes siquiera de bajarse de la cama.

Tomó su taza preferida y cerró los ojos con fuerza. El dolor y la ira le habían impulsado a anunciarle a Gabriel que lo acompañaría a Madrid. Se preguntó si él se molestaría en fingir alivio cuando le dijera que sería imposible.

Se tomó el café en el saloncito, descorrió las cortinas, se acurrucó en el sillón de lectura y abrió el libro.

Diez minutos después seguía en la misma página. Daba igual cuántas veces leyera la misma frase, las palabras se negaban a penetrar. O su cerebro a concentrarse.

Suspiró y cerró los ojos.

Su cerebro se negaba a concentrarse porque quería pensar en Gabriel.

¿No bastaba con que su estúpido cerebro hubiese tardado una eternidad en dormirse porque sentía los brazos de Gabriel sobre ella y cada inhalación le llevaba el delicioso aroma de su piel? ¿No bastaba con que su cuerpo también hubiese necesitado una eternidad para relajarse por el mismo motivo? Había tardado por lo menos una hora en respirar con normalidad. Su ya agotada mente se había llenado de pensamientos, todos sobre Gabriel. Lo peor había sido el dolor de su cuerpo, que le suplicaba que lo despertara con un beso.

—Has madrugado.

Si no hubiese terminado ya el café, se lo habría tirado por encima.

Alessia abrió los ojos de golpe y se volvió. Gabriel la contemplaba desde la puerta, con una expresión que le provocó una sacudida en el estómago.

Tenía los cabellos negros revueltos, la mandíbula y la garganta cubierta de barba y no llevaba más que unos vaqueros negros de talle bajo que mostraban el atlético torso contra el que el rostro de Alessia se había pasado media noche apoyado. El deseo que la había mantenido despierta durante horas la golpeó con todas sus fuerzas.

—¿Qué tiene que hacer un hombre para conseguir un café aquí?

—Hay una cafetera preparada en la cocina —contestó ella tras carraspear, segura de que él se daba cuenta del efecto que le producía—. Si tienes hambre, pulsa tres en el teléfono y te conectarás con la cocina de palacio. Te prepararán lo que quieras.

«Lo único que quiero eres tú», pensó Gabriel. Aunque la posición del sillón ocultaba en gran parte a Alessia de su vista, lo poco que veía bastó para que su pecho se encogiera y su pulso se acelerara. Comprobar el efecto que su presencia tenía sobre ella aumentó esas sensaciones.

—¿Has comido?

—Aún no —contestó Alessia—. Luego pediré algo, pero por favor no me esperes. Los cocineros están acostumbrados a preparar comida a cualquier hora del día o la noche.

—Te esperaré. ¿Quieres otro café?

—No, gracias. Me estoy limitando a uno al día.

La presión en el pecho de Gabriel se aflojó al comprender el motivo.

—¿Quieres otra cosa?

—No, gracias.

Gabriel se dirigió a la cocina. El olor de café recién molido lo recibió y se sirvió una taza a la que añadió una cucharada de azúcar.

Se había dormido con sorprendente facilidad considerando todo lo sucedido, pero había despertado con una extraña sensación en la boca del estómago. Notaba la ausencia de Alessia en la cama. Por primera vez comprendió cómo se había sentido ella aquella mañana.

¿Por qué nunca lo había considerado? No tenía respuesta. Siempre había sido consciente de su mal comportamiento, pero sus justificaciones habían nublado su capacidad para pensar en cómo se había sentido Alessia.

Le habría gustado acusarla de exagerada. Un revolcón de una noche era habitual. Alessia no era la primera y, por muy princesa que fuera, era una mujer moderna y dudaba que él hubiese sido el primero para ella. Pero su reacción a la pregunta sobre la monogamia le indicaba que las relaciones previas eran un tema a evitar. Sin embargo, lo que habían compartido no sucedía habitualmente. La química entre ellos había sido singular.

Seguía siéndolo.

El que ella se negara a ceder a esa química era culpa de Gabriel, y a él le correspondía arreglarlo.

Regresó al salón con la taza de café y se sentó en el sillón más cercano a Alessia. Ella levantó la mirada del libro y se sonrojó.

—Me gustaría visitar las cuadras este fin de semana —propuso Gabriel—. Tenemos que empezar a pensar en cómo queremos reformarlas.

—Claro —ella cerró el libro—. Le pediré a Ena, mi secretaria personal, que busque las llaves. En una hora estará en su puesto.

—¿Y a qué hora empiezan los empleados domésticos? —cada vez que había acudido al castillo, a cualquier hora, lo había encontrado bullendo de actividad, las abejas obreras realizando sus tareas siempre pendientes aunque sin molestar.

—Hoy tienen el día libre, no vendrán si no los llamo.

—¿Y tú tienes muchos días libres?

—Normalmente los fines de semana, aunque a veces tengo compromisos, a veces surgen problemas que hay que solucionar, mi papel en la familia real no lo puedo encender y apagar. Ninguno podemos.

—¿A cuántos compromisos asistes por semana?

—Depende.

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Alessia lo miró con cautela antes de contestar. Tanto hablar de compromisos le hizo pensar en la ironía de que Gabriel se esforzara por comprenderla cuando la noche que habían pasado juntos había sido ella la que lo había obligado a conversar. Recordó pensar que creía no gustarle. Era evidente que la había deseado, pero solo físicamente. Pero si le gustaba ella, su personalidad, tenía serias dudas. A pesar de las excusas de Gabriel, Alessia no podía evitar pensar que, si le hubiese gustado más, le habría devuelto la llamada.

Deseó no sentir tanto rencor al ver sus esfuerzos por construir la confianza entre ambos para que hubiera cierta armonía en su matrimonio, y no tanto por el deseo de conocerla.

Pero pensar así no tenía sentido. Alessia tenía que pensar en su matrimonio como en esa proverbial cama que había hecho, e imaginársela con un colchón lleno de nudos. No le quedaba más remedio que tumbarse sobre ella y desempeñar su papel para deshacerlos. Estaba desesperada por

borrar la imagen de ambos desnudos, abrazados en la cama, desesperada por detener la siguiente oleada de deseo.

Alessia soltó lentamente el aire antes de contestar.

—A veces veo a amigas, voy de compras, paso el día leyendo o viendo series. Depende. ¿Y tú qué haces en tus días libres? —añadió, consciente de que tenía que superar el resentimiento y encontrar la manera de gestionar su dolor para no condenarlos a una vida miserable.

—No me tomo muchos días libres, pero me gusta desconectar con una copa y una buena película o un libro —Gabriel señaló el libro de Alessia—. ¿Qué lees?

Ella le mostró la portada. Era un romance histórico, la clase de libros por los que sus hermanos solían burlarse de ella.

—¿Es bueno? —Gabriel no pareció encontrar motivo de burla en sus gustos literarios.

—De momento sí.

—¿Solo lees libros históricos?

—Leo de todo.

—Yo también, aunque me inclino más por las novelas policíacas y las biografías. En mi casa de Madrid tengo una biblioteca, estoy seguro de que encontrarás algo que te guste allí.

—¿Significa eso que me permitirás acompañarte? —Alessia no quería llegar a ninguna conclusión.

—No recuerdo que me dieras otra opción —contestó él secamente—. Pero tienes razón, no lo establecí como condición previa y, tras reflexionar sobre ello, creo que estaría bien que conocieras el que considero mi hogar. Solo te pido que ocultes tu presencia a la prensa. Me tomo muy en serio mi intimidad, Alessia.

De modo que en realidad no quería que lo acompañara. No era más que una concesión de Gabriel.

—Nuestra oficina de prensa solo notifica mis viajes oficiales, no será ningún problema.

—De acuerdo.

—Pero por si te supone algún problema, te alegrará saber que solo podré acompañarte la semana que viene. Después, me temo que mi agenda está repleta y conseguirás perderme de vista de lunes a viernes. Y ahora, si

me disculpas, voy a practicar mis ejercicios de baile y a ducharme — lamentando ya el estallido de amargura que no había podido controlar, Alessia se levantó del sillón—. Pídete algo para desayunar, por favor, no pases hambre por mí —añadió en tono más suave.

—¿Has oído hablar de Monica Binoche? —preguntó él súbitamente.

—¿La actriz francesa? —su hermano, Marcelo, había estado enamorado de ella en su adolescencia.

—Sí —Gabriel respiró hondo sin apartar la mirada de ella—. Es mi madre.

Capítulo 9

ALESSIA lo miró boquiabierta.

—Monica Binoche es mi madre, y la razón por la que tanto valoro mi intimidad —continuó él—. Mi padre era Pedro González. Seguramente no has oído hablar de él, pero era un famoso agente. Murió hace cinco años. Un infarto.

—Eso es horrible —Alessia volvió a sentarse en el sillón—. Lo siento.

—Gracias —Gabriel sonrió con amargura—. No fue ninguna sorpresa. Tenía setenta y ocho años y mala salud. Lo adoraba, lo echo de menos, pero de quien quiero hablarte es de mi madre.

Gabriel nunca había hablado de sus padres con nadie, salvo con su hermana, pero Alessia quería conocerlo y, hasta que no lo hiciera, jamás confiaría en él. Además, tenía derecho a conocer su pasado para poder entender que su rechazo a formar parte del juego mediático no era nada personal ni iba en contra de ella o su familia.

—A mi madre no hay nada que le guste más que la atención —comenzó—. Es lo que la alimenta. Siendo niños, mi hermana y yo éramos meros accesorios. No insinúo que fuera una mala madre, hizo lo que pudo, pero aprovechaba cualquier oportunidad para utilizarnos a Mariella y a mí para hacerse una foto. Si al salir de casa no había un montón de paparazis esperando en la entrada, era un día terrible. Yo tenía que abrirme paso entre ellos para ir al colegio. Y en algunas ocasiones, estaban esperando a la salida del colegio.

—Yo pensaba que Francia tenía leyes estrictas de privacidad.

—Así es. Mucho más estrictas que Ceres. Pero es que mi madre lo buscaba. Deseaba que invadieran su intimidad. Así se encontraba realizada, y sigue así.

—Debió ser difícil para ti —observó Alessia.

—Exasperante. Por eso no la invité a nuestra boda. Hace veinte años que no me utiliza, no desde que le di un ultimátum, pero no quería provocarla. Invitarla a una boda real, por pequeña que fuera, y esperar que no lo suba a sus redes sociales, sería como encerrar a un alcohólico en rehabilitación en un pub inglés.

—¿Qué ultimátum le diste? —los ojos de Alessia no abandonaron el rostro de Gabriel.

—O dejaba de utilizarnos a Mariella y a mí para satisfacer su ego o nos iríamos a vivir con nuestro padre —Gabriel sonrió con amargura—. A su modo ella nos quiere, porque todo se detuvo ahí mismo.

—¿Tus padres se divorciaron?

—Cuando yo tenía doce años.

—¿Por el comportamiento de tu madre?

—El de mi padre no era mucho mejor —él rio—. Era su agente y se adjudicaba el mérito de haberla lanzado. Cuando ella se hizo más famosa, empezaron los celos y las aventuras, creo que para reforzarse a sí mismo y humillarla a ella. No era demasiado discreto. Tenía treinta años más que ella y salía con adolescentes. Ella sentía terror a envejecer y volverse irrelevante. Era una mezcla tóxica que al final acabó en una guerra. Cada uno culpaba al otro de la destrucción del matrimonio, y los dos se negaban a abandonar el hogar familiar o a ceder parte de la custodia de Mariella y mía. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

Alessia podía decir muchas cosas sobre su infancia, pero la seguridad del matrimonio de sus padres jamás había estado en duda.

—Debió ser difícil vivir así.

—Sí. Ambos intentaban ser buenos padres, pero durante unos años estuvieron demasiado absortos en su odio mutuo como para darse cuenta del daño que nos hacían.

—¿Qué les hizo entrar en razón?

—Yo.

—¿Tú?

—Viví tantas broncas que sabía exactamente qué problemas tenían y qué querían, de modo que me senté con cada uno por separado y negocié un tratado de paz.

—¿A los doce años? —a los doce años, la única negociación que había intentado Alessia era que le dejaran leer libros más lascivos que los de Enid Blyton.

—Tenía catorce ya. Necesité un par de semana de negociaciones, pero al final acordaron vender la casa y repartirse los beneficios —Gabriel sonrió—. Así, ninguno de los dos «ganaba». También conseguí que accedieran a comprarse sendas casas cerca del colegio al que íbamos Mariella y yo, y diseñé un plan de custodia para que ambos tuvieran el mismo acceso a nosotros.

—¿Funcionó?

—El año tiene cincuenta y dos semanas. Pasábamos veintiséis con cada uno de ellos, prestando especial atención a sus compromisos laborales. Los cumpleaños y las navidades se alternaban.

—Un acuerdo justo para los dos —murmuró ella.

—Exactamente. Ninguno ganó. Ninguno perdió.

—¿Y tu hermana y tú? ¿No era difícil repartir el tiempo entre los dos, siempre cambiando de casa?

—Tuvo sus problemas, pero era más fácil que vivir en un campo de batalla. También les obligué a poner por escrito que no podían hablar mal del otro delante de nosotros.

—Fuiste un adolescente muy maduro —ella se frotó la nuca.

—Mi madre solía decir que nací viejo.

—¿Y es verdad? —ella lo escudriñó con la mirada—. ¿O las circunstancias te volvieron así?

—Puede que ambas cosas —contestó él—. Las circunstancias, desde luego, me convirtieron en el hombre que soy. Hacer carrera en la diplomacia era algo natural después de negociar el divorcio y la custodia.

—Y las circunstancias crearon tu odio patológico hacia la prensa —y, sospechaba Alessia, un odio hacia los conflictos y la necesidad de mantener siempre el control.

—Cambié mi apellido a los dieciocho —Gabriel asintió—. El de mi padre no era tan conocido, pero su matrimonio lo había convertido en una celebridad. Valoro mi intimidad porque de niño jamás la tuve.

—Y ahora te has casado con una princesa —observó ella—. Una vida que jamás quisiste.

—Me casé contigo, Alessia —él la miró a los ojos—, y necesito que entiendas que, aunque no deseo a la princesa, deseo a la mujer. Te deseo a ti.

Las sencillas palabras le provocaron a Alessia un torrente de emociones. Le asustaba lo mucho que necesitaba creerlas, pero no podía saber si quería su cuerpo, su corazón y su alma, o solo lo primero. Y no se atrevía a preguntárselo, porque no estaba segura de querer saberlo.

Fue rescatada de sus torturados pensamientos por el timbre de ambos teléfonos, pero la interrupción solo proporcionó una profunda desazón al comprender de inmediato su significado. El circo mediático, que tanto odiaba Gabriel, había empezado.

—Creo que acaba de hacerse público el anuncio de nuestro matrimonio — Alessia suspiró.

Alessia y Gabriel tardaron tres días en poder inspeccionar el lugar que sería su hogar. Gabriel esperaba que la noticia de su matrimonio causara sensación, pero la realidad fue mucho peor. El ala este del castillo, abierto en parte a los turistas, estaba tan sitiado por la prensa que tuvo que cerrar a los visitantes. El ruido de los helicópteros, ignorando la zona de exclusión aérea, sobre el castillo, era constante. Todo terminó con la intervención militar de Ceres. El teléfono de Gabriel no paraba de sonar y, cuando la prensa consiguió su número, se hartó y lo apagó. Pero no antes de que su madre, furiosa por no ser invitada a la boda, lloró y gritó como la buena actriz que era durante una hora. El teléfono de Alessia tampoco dejó de sonar y su secretaria personal y demás empleados entraban y salían de sus aposentos con mensajes.

Las cuadras eran mucho más grandes de lo que Gabriel había esperado. Con forma de «U», y una torre en medio, estaban construidas del mismo material que el resto del castillo, y se situaban del lado del castillo en el que vivía y trabajaba la familia Berruti, pero suficientemente lejos. Antes de que Alessia abriera la puerta, él ya sabía que sería el hogar perfecto.

Pero al entrar, descubrió que solo lo sería si lo tiraban abajo primero. El vestíbulo de techos altos brillaba decadente. No se había hecho nada para resolver la falta de luz natural que entraba por las diminutas ventanas. En realidad, la decoración resaltaba las sombras. Incluso los exquisitos cuadros que cubrían las paredes parecían haber sido elegidos por la amenaza que exudaban.

—¿Me lo enseñas? —no queriendo insultar a Alessia, se guardó su impresión inicial.

Alessia se volvió con expresión confusa.

—¿Te gustaría hacer de guía? —aclaró él.

—No puedo... Nunca había estado aquí.

—¿Nunca visitaste a tu abuela? —Gabriel estaba convencido de que ella bromeaba—. Murió hace solo ocho años.

—Sí, pero era una bruja que odiaba a la gente, sobre todo a los niños.

—Eso explica la decoración.

—Es horrible, ¿verdad? —Alessia se cubrió la boca con una mano y rio—. Marcelo ya me advirtió. Me alegro de que nunca me dejara venir a verla. Habría tenido pesadillas.

La expresión sonriente de Alessia alivio la presión en el pecho de Gabriel, que también se echó a reír.

Desde el anuncio de su boda, Alessia se conducía con mucho cuidado. Era amable con él, pero jamás lo tocaba... hasta que se iban a la cama. En cuanto se apagaban las luces, ella lo abrazaba bajo las sábanas y apoyaba el rostro sobre el torso desnudo. Gabriel percibía su lucha, el rápido latido del corazón, pero se limitaba a abrazarla. Por doloroso que resultara aceptarlo, le había hecho mucho daño. Alessia tendría que aprender a confiar en él.

Por tanto, permanecía abrazado a ella, evitando siquiera acariciarle los cabellos, apenas respirando, el dolor del deseo oprimiéndole los pulmones. Aunque consiguiera apartar de su mente los recuerdos de la primera noche que habían pasado juntos, sus pensamientos eran siempre sobre ella. Cuanto más tiempo pasaba con Alessia, más deseaba saberlo todo sobre esa mujer que se ocultaba tras la siempre sonriente y diligente princesa, que casi nunca le sonreía a él.

—¿Crees que colgó esos cuadros para ahuyentar a la gente? —preguntó él.

—Apostaría que sí.

—¿Tanto odiaba a la gente?

—Más.

—¿Y cómo soportaba la vida de la realeza?

—Bebiendo ginebra a litros. En cuanto mi madre se convirtió en reina, mi abuela anunció que no quería volver a asistir a ningún evento, ni estar en compañía de otro ser humano jamás, e insistió en que las cuerdas fueran convertidas en su hogar. Cuando se trasladó aquí exigió que los empleados fueran todos mudos —Alessia sufrió un nuevo ataque de risa ante la ridiculez del comportamiento de su abuela, contagiando a Gabriel.

—Vamos. A ver si encontramos la sala de brujería.

Todavía reían al entrar en una sala rectangular con unas escaleras voladizas en el centro, coronada a ambos lados de la barandilla por gárgolas.

—Estas van fuera —Alessia se estremeció.

—Por mí puede irse todo. ¿Empezamos por arriba o por abajo?

—Por arriba. Dejaremos las mazmorras para postre.

Gabriel soltó otra carcajada.

Alessia disfrutaba con la risa de su esposo, que surgía de muy adentro y era expulsada con fuerza. Cuando reía, cuando sonreía, aparecían unas arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Y ella sentía algo en su interior.

No había reído tanto desde su etapa de colegiala.

—¿Tenías mucha relación con ella? —preguntó Gabriel.

—Apenas, gracias a Dios. Yo tenía seis años cuando murió mi abuelo y no la recuerdo antes de eso. En navidades, pascua, y cumpleaños familiares nos aterrorizaba cuando mi madre la obligaba a asistir a las celebraciones, pero ahí terminaba mi relación con ella... salvo una vez cuando Marcelo y yo jugábamos al tenis y la pelota cayó en su jardín. Me persiguió como si fuera una intrusa.

Subieron a la primera planta y Alessia comprobó aliviada que lo peor del dormitorio era el papel pintado de color rojo sangre. Al asomarse al vestidor, vio el reflejo en el espejo de la cama de cuatro postes y su corazón dio un brinco al comprender que compartiría esa suite con Gabriel durante el resto de su vida. Cuando él apareció en el reflejo, sus miradas se encontraron.

La fuerza de la nueva sacudida casi le hizo tambalearse.

Durante largo rato se limitaron a mirarse. Cuanto más miraba ella su reflejo, más se reflejaban las sombras de la habitación en el atractivo rostro y la ropa negra que llevaba, dándole un aspecto vampírico que le provocó a

Alessia un escalofrío y borró el humor que los había unido inesperadamente.

Lo deseaba desesperadamente...

¿Por qué se resistía? Gabriel era su esposo.

«Porque sigues asustada».

Las confesiones de Gabriel sobre su infancia y el divorcio de sus padres habían ayudado a Alessia a entenderlo mejor, pero no habían alterado el instinto de protegerse. Si acaso, lo habían acentuado porque la simpatía y la empatía la habían ablandado más hacia él.

Gabriel se acercó.

Alessia sintió palpar su interior.

La batalla entre su mente, corazón y cuerpo, entre la princesa y la mujer, había sido una guerra imposible de controlar desde que se habían casado.

Con cada hora que pasaba, su deseo por él crecía. Cuando se apagaban las luces, la debilidad casi la engullía y Alessia permanecía abrazada por él, aspirando el delicioso aroma, sintiendo el deseo desde los pies a la cabeza, torturándose. Torturándose ambos porque percibía el deseo reprimido de Gabriel tanto como el suyo propio.

Él dio otro paso más.

La sangre rugía en la cabeza de Alessia.

Otro paso.

Gabriel estaba justo detrás de ella, como un vampiro de película.

El latido de su corazón se triplicó en un segundo.

Él no la tocó, pero permaneció lo bastante cerca para que Alessia sintiera un cosquilleo en la piel.

—No sé tú —murmuró—, pero opino que deberíamos tirar el tabique para hacer otro vestidor y duplicar el tamaño del cuarto de baño.

—Eh... lo siento, ¿decías? —Alessia despertó.

Gabriel sonrió, aunque los increíbles ojos caleidoscópicos no abandonaron los de ella.

—Que deberíamos duplicar el tamaño del cuarto de baño —susurró él, pegando su boca a la oreja de Alessia.

Los labios no la tocaron, pero el aliento sí, provocándole una descarga de electricidad que casi la tiró al suelo.

—Veamos qué encantos nos reserva la planta baja —él se volvió y salió del vestidor como si nada.

Alessia necesitó unos cuantos segundos para poder moverse.

Mientras, todavía temblorosa, bajaba las escaleras, agarrada a la barandilla, él las bajó corriendo despreocupadamente hasta que ella se preguntó si no se habría imaginado todo.

Al llegar abajo se volvió hacia ella y Alessia volvió a verlo... Un indisimulado deseo por ella.

Capítulo 10

TRAS ducharse y vestirse para cenar, Alessia encontró a Gabriel en el comedor. La mesa estaba puesta, pero él se sentaba en el otro extremo, rodeado de papeles.

Al entrar ella en la habitación, levantó la mirada, la deslizó por su cuerpo y la miró de nuevo con ese destello de deseo y otra sonrisa que iluminó el atractivo rostro.

El deseo que había asaltado a Alessia en el vestidor de su abuela volvió a inundarla, debilitándole las piernas. Tuvo que hacer una pausa antes de poder cerrar la puerta y acercarse a él.

—¿Qué haces? —preguntó, feliz de que al menos su voz parecía normal. El resto de ella no lo estaba en absoluto, como si la sangre de las venas hubiese sido sustituida por electricidad. Era consciente de cada movimiento y cada sensación en su cuerpo.

El corazón le latía aceleradamente.

¿Por qué se había parado tan cerca de él?

Gabriel volvió a recorrer su cuerpo con la mirada, más lentamente.

—Sacando algunas ideas para reformar las cuadras mientras la visita sigue fresca en mi mente. Me gustaría poner mi despacho frente al jardín, en la planta baja.

Alessia se inclinó sobre los planos, rozando el brazo de Gabriel con el suyo. Él había dibujado un boceto con increíble detalle. ¿Cómo podía acordarse tan bien de todo?

Alessia sintió una inexplicable sensación de orgullo.

¿Por qué se inclinaban tanto sobre él?

En un intento de disimular sus emociones, Alessia se apartó de Gabriel y le dio la espalda para, impulsándose con las manos, sentarse sobre la mesa.

Sus ojos quedaron casi a la misma altura.

Si movía el pie un milímetro a la izquierda, le rozaría la pantorrilla.

—Qué ganas tienes de salir del castillo —observó ella en un intento de bromear.

—No me gusta que mis asuntos pertenezcan a todo el mundo —contestó él, mirándola a los ojos.

En cierto modo, ella lo entendió. El ala personal de la familia bullía de actividad. Alessia tenía su propio despacho, pero acababa confundiendo con sus aposentos privados. Su personal de oficina, y el de su familia, entraba y salía continuamente. Todo era fluido, la comunicación entre los equipos, todos remando hacia el éxito de la monarquía.

Pero en ese momento, lo único que le importaba a Alessia era el deseo que reflejaba la mirada de Gabriel y que se encontraba con la vibración en las venas de Alessia y la sensación de su pantorrilla bajo los dedos de los pies.

Gabriel le agarró las piernas justo por encima de las rodillas y, con la mandíbula encajada, acercó el rostro al de ella mientras la taladraba con la mirada.

—¿Qué haces, Lessie?

—No lo sé —susurró ella, mirándolo a los ojos.

¿De verdad se había quitado los zapatos para frotar los dedos de los pies contra su pierna?

Se sentía mareada. Debería apartar las manos de Gabriel, pero la sensación y el calor eran demasiado fuertes. Su mente se llenaba de fantasías eróticas, del deseo de sentir esas manos deslizándose bajo la falda blanca hasta donde el calor de su interior palpitaba más.

Otra imagen llenó su mente: Gabriel arrancándole el top color fresa y tomando sus pezones con la boca.

¿Por eso había elegido un top que no necesitaba sujetador?

—Alessia, háblame.

La voz de Gabriel era ronca, las pupilas dos agujeros negros en los que ella se hundía.

—Yo... no quiero hablar —susurró ella.

Gabriel le sujetó los muslos con más fuerza mientras intentaba controlarse. Percibía el deseo de Alessia alimentando la erección que se

había convertido en una constante desde que ella había entrado en el comedor, hermosa y sexy como nunca. La piel de Alessia le ardía en las manos. Un deseo puro emanaba de sus aterciopelados ojos. También lo notó en su falta de aliento.

La deseaba con cada fibra de su ser, pero no sería él quien diera el primer paso.

—Alessia, ¿qué quieres?

Las manos de Alessia tomaron el rostro de Gabriel. Ella respiraba entrecortadamente, y el sabor mentolado de su cálido aliento penetró en los sentidos de Gabriel, que apretó aún más los muslos mientras el palpitante deseo lo consumía.

Y fue precisamente ese control, que ella percibía claramente, lo que desató su contención. Sentía el hambre de Gabriel, tan profundamente como el suyo propio, pero él había elegido morir de hambre antes que hacer nada sin su consentimiento explícito.

Gabriel prefería sufrir la agonía del rechazo a arriesgarse a volver a hacerle daño, y el corazón de Alessia estuvo a punto de estallar.

Era imposible proteger su corazón contra él. Su corazón y su cuerpo estaban ligados, y no podía entregar el uno sin el otro. Se había entregado a él de por vida y los sentimientos que le despertaba jamás se apagarían.

¿Qué sentido tenía luchar contra la mujer que llevaba dentro?

Estaba loca por él.

—Te deseo —susurró, mirándolo a los ojos.

Gabriel respiró hondo y se estremeció.

—Te deseo —repitió ella antes de besarlo con toda la pasión que había estado conteniendo.

Gabriel tardó apenas un segundo en saltar del asiento, abrazarla con fuerza y besarla con una ferocidad embriagadora.

Como si hubiera leído su mente, deslizó sus manos bajo la falda de Alessia y la subió hasta agarrarle el trasero.

Alessia le rodeó el cuello con los brazos y se hundió en sus sentidos, que eran receptáculos para Gabriel, su sabor, sus caricias, todo.

Los labios se movían al unísono, las lenguas entrelazándose, los dedos acariciando y arrancando las prendas que los separaban. Alessia intentaba desabrocharle los botones de la camisa, pero desistió y deslizó las

manos por debajo, aplastándolas contra el abdomen, disfrutando del calor de su piel y del suave vello. Deslizó las manos hacia arriba hasta que él interrumpió el beso para sacarse la camisa por la cabeza.

Gabriel jamás había creído posible que su erección aumentara, pero al ver la embriagadora mirada de Alessia devorando su pecho desnudo, o cuando puso su boca sobre su pezón y le arañó la espalda, la explosión que estalló en sus venas...

Jamás había reaccionado tan violentamente.

El tiempo había difuminado la intensidad del placer que habían compartido aquella noche, pero en esos momentos, con los rosados labios sobre su pezón y las manos acariciándole la ardiente piel, Gabriel supo que no había sido más que un mecanismo de defensa.

Su deseo le era esencial como el aire para respirar. Alessia era esencial como el aire para respirar y él quería saborearla entera y consumirla.

Agarrándole los cabellos, le echó delicadamente la cabeza hacia atrás.

Y esos ojos aterciopelados se fundieron con los suyos. Tenía las mejillas arreboladas y los labios oscurecidos. Volvió a besarlos apasionadamente. Hundió su boca en su cuello y la tumbó sobre la mesa, las piernas rodeándole la cintura.

Alessia se perdió en un mundo de delirante placer. Le ardía la piel, el pulso latía cada vez más fuerte, la urgencia crecía, alimentada por Gabriel. Desaparecido el top, ella gritó al sentir la ardiente boca sobre un pecho chupando, mordiendo, lamiendo. Y volvió a gritar y a arquear la espalda cuando Gabriel pasó al otro pecho.

El ataque de su boca continuó hasta la barriga, mientras le subía la falda hasta las caderas. Gabriel levantó el rostro para mirarla con ojos cargados de pasión. Con un rugido, le arrancó las braguitas. En cuestión de segundos estaba arrodillado con el rostro enterrado en la intimidad de Alessia.

Era un placer incomparable, un aluvión de estímulos y, cerrando los ojos, Alessia se dejó consumir por las llamas.

El sabor almizclado del sexo inflamado de Alessia era el más fuerte afrodisiaco para Gabriel. Ella se abrió a él como una flor, los muslos abrazándole el cuello y, con una codicia que desconocía que poseyera, Gabriel devoró el dulce néctar del deseo de Alessia, deslizando

rítmicamente la lengua sobre el centro del placer hasta que ella se tensó y, con estremecimientos que la recorrieron entera, golpeándolo con los talones, gritó su placer en un prolongado gemido.

A punto de perder la cabeza con la fuerza de la excitación, Gabriel apenas consiguió controlarse hasta que cesaron los estremecimientos de Alessia y sus gemidos se convirtieron en un suspiro de plenitud.

Incorporándose, Gabriel contempló el rostro extasiado de Alessia y no pudo aguantar más. Rápidamente, se quitó los pantalones y los calzoncillos para liberar su erección. La urgencia de estar dentro de ella le hizo agarrar el trasero de Alessia y llevarla al borde de la mesa para hundirse en el placer que tan desesperadamente anhelaba. Con una fuerte embestida, se enterró en la húmeda estrechez.

El gemido de Gabriel añadió una chispa a los rescoldos del placer de Alessia. Su clímax había sido tan fuerte que la había vaciado de energía. Pero la mirada vidriosa de Gabriel mientras se hundía dentro de ella por segunda vez no hizo más que alimentar el fuego. Cuando le levantó las caderas para penetrarla más profundamente, rozándole el todavía palpitante clítoris, las llamas volvieron a prender.

«Dios mío...».

No era Gabriel quien le hacía el amor, era un animal que le sujetaba las manos a los lados de la cabeza, entrelazando los dedos con los suyos. Una bestia que embestía con fuerza, alimentando las llamas del deseo de Alessia... Pero también era Gabriel, detrás de la mirada vidriosa.

Ese animal, esa bestia... era Gabriel en todo su esplendor.

Alessia se sentía tan impactada por la belleza salvaje del hombre que le hacía el amor con feroz pasión, que apenas fue consciente del segundo clímax hasta que estalló en unos fuegos artificiales que la lanzaron hacia las estrellas.

Fue el sonido del timbre lo que devolvió a Alessia a la tierra.

Abrió los ojos de golpe y miró a Gabriel. La expresión aturdida que encontró igualaba a lo que ella sentía.

—Es la cena —susurró ella.

Gabriel frunció el ceño como si no supiera lo que era eso.

Alessia soltó una carcajada. ¿Desvariaba? Daba igual. Se sentía capaz de saltar sobre las nubes.

—El servicio traerá nuestra cena en cualquier momento.

Gabriel aplastó sus labios contra los de ella y le mordisqueó el labio inferior antes de apartarse con un gruñido.

Apresuradamente, se recolocaron la ropa. Para Alessia fue más sencillo puesto que no se había quitado la falda. Intentó ayudar a Gabriel a abotonarse la camisa, aunque sin demasiado éxito.

Abrió la puerta del comedor y se sentó diez segundos antes de la llegada del servicio.

Tres días después, los paparazis aguardaban en su puesto habitual fuera de las puertas del castillo. La persecución hasta el aeródromo donde aguardaba el avión privado de Gabriel, era una muestra del impacto que había provocado el anuncio de su boda. La familia real siempre viajaba en coches oficiales, pero las entradas y salidas de Gabriel del castillo nunca habían suscitado especial interés. Pero en esos momentos, a pesar de viajar en coche no oficial, los paparazis no iban a arriesgarse a perder la exclusiva.

Horas después, al llegar a su domicilio al norte de Madrid, Gabriel comprobó desolado que otro grupo de paparazis aguardaba a la entrada. Por suerte, prefirieron apartarse antes que ser arrollados por el conductor.

—Lo siento —susurró Alessia.

—No es culpa tuya —Gabriel sonrió con tristeza—. Ya se aburrirán.

—Solo estaré unos días. En cuanto haya regresado a casa, te dejarán en paz.

Él se llevó la mano de Alessia a los labios y la besó. Ella no tenía la culpa del interés que suscitaba desde su nacimiento. Participaba en el juego porque encajaba con su papel, no por vanidad.

—Eres mi esposa, y lo mío es tuyo, incluida esta casa —aseguró él—. Siempre serás bien recibida y deseada aquí.

Sus miradas se fundieron y el pecho de Alessia se expandió mientras una sonrisa aparecía en su rostro.

—Gracias —ella lo besó con ternura—. Necesitaba oírlo.

—Y yo decirlo —Gabriel le devolvió el beso.

A Gabriel le sorprendió lo rápido que cambiaban las cosas. Opiniones.

Sentimientos. Deseos.

Una semana antes de la boda, pensar que Alessia fuera a su casa le encogía el pecho. En esos momentos lo hacía el saber que el domingo regresaría a Ceres sin él.

Su intención desde el principio era ser un buen esposo y un buen padre, pero les había empujado las circunstancias de la concepción de su hijo. Su propio padre había sido un buen padre, a pesar de los dos años de guerra con su madre, y Gabriel quería darle al bebé amor y seguridad. Sabía lo dañino que podría ser para un niño ser testigo de las peleas de sus padres, y que la mejor manera de proporcionarle amor y seguridad sería siendo un buen esposo.

Cuanto más tiempo pasaba con Alessia y más la conocía, más deseaba ser un buen esposo. Quería hacerla feliz y nada lo animaba más que verla sonreír y oírla reír.

¿Se estaba enamorando de ella? Cada vez se hacía más a menudo esa pregunta.

Todo había sucedido en tres días, tres noches. En Madrid, nada les impediría pasar el día entero, con sus noches, haciendo el amor, y ya se imaginaba los lugares en los que... —¡Qué casa!

Por primera vez en tres días, Alessia desvió su atención de Gabriel. Rodeada de enormes árboles, una serie de cubos blancos acristalados estaban hábilmente apilados en una estructura postmoderna como jamás había visto.

El chófer los llevó directamente a un aparcamiento subterráneo donde había una flota de brillantes coches alineados y un ascensor acristalado que les llevó a la planta superior. Allí los recibió un mayordomo. Aparte de estrecharle la mano al ser presentada, Alessia estaba demasiado aturdida para seguir la conversación en español.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel, divertido, cuando el mayordomo los dejó en una sala de estar imponentemente blanca.

Alessia se fijó en una escultura abstracta en bronce, más alta que Gabriel, sin duda la misma que había sido noticia por el precio por el que había sido subastada a principios de año.

—Estoy intentando asimilarlo todo. Nunca había visto nada parecido —un movimiento llamó su atención y giró la cabeza—. ¿Eso es una cascada?

Alessia corrió hacia la pared acristalada desde la que caía el agua, pero antes de llegar, la ventana empezó a abrirse. Sin dejar de sacudir la

cabeza, salió a una extensa terraza con asientos y hamacas junto a una piscina a la que caía el agua de la cascada. Estiró el cuello y soltó un grito al comprobar que la cascada provenía de otra piscina por encima de ellos.

—Hay tres piscinas infinitas —le explicó Gabriel—. Esa por encima de nosotros está en el balcón privado de nuestro dormitorio.

Alessia se asomó por la barandilla de cristal y vio la tercera piscina.

—Esa va desde el spa —continuó él—. También hay una piscina interior, para cuando hace frío.

—Impresionante —susurró ella—. Llevo veintitrés años suplicándoles a mis padres que construyan una piscina, pero siempre dicen que arruinaría la perfecta arquitectura del castillo. ¡Y tú tienes tres!

—Me gusta nadar.

—Se nota —Alessia se volvió hacia él, disfrutando de poder deslizar la mirada por su cuerpo cuando quisiera y decir lo que pensaba, mayormente relacionado con el sexo. Aún más increíble era que los embriagadores sentimientos parecían ser correspondidos—. Ojalá me lo hubieras dicho. Habría traído el traje de baño.

—¿Para qué necesitas traje de baño aquí? —preguntó él con un lascivo brillo en la mirada.

—¿Y el servicio? —preguntó ella sin aliento.

—Solo están por la mañana. Gregor, el mayordomo, comparte con los cocineros un apartamento detrás de la cocina. No van a la casa principal a no ser que los llame —él se agachó y deslizó la lengua por la oreja de Alessia—. Disfrutamos de una intimidad completa.

—¿Intimidad completa? —ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos, llenándose del adictivo olor de su piel.

—Podría tomarte ahora mismo y nadie lo sabría —Gabriel le agarró el trasero y la atrajo hacia sí.

La excitación de Gabriel le presionaba el abdomen y Alessia sintió un urgente y pegajoso calor.

—Entonces hazlo —susurró—. Tómate ahora.

Minutos después, apoyada contra la pared, las piernas rodeando la cintura de Gabriel mientras él la embestía y el latido del clímax se hacía cada vez más fuerte, Alessia se preguntó quién sería la lasciva mujer que se había apoderado de su cuerpo.

Capítulo 11

MÁS tarde, cuando Gabriel se separó de Alessia para atender algunas llamadas que había descuidado esos últimos días, ella aprovechó para explorar. ¡Había tanto que ver! Cuando terminó de recorrer el interior de la villa, encontró a Gabriel sentado en el balcón tomando una copa.

—Tu casa es impresionante —observó ella sonriente mientras se dejaba caer en un sillón a su lado.

Aparte del enorme salón, había otro más pequeño y acogedor, una sala de cine, una de juegos con un bar, más bares tanto dentro como fuera, un gimnasio completo y un spa más grande que sus aposentos. Además, había ocho dormitorios, once cuartos de baño, una zona entretenimiento, y el despacho de Gabriel, al que solo se había asomado para soplarle un beso. También dos cocinas, una interior que parecía una nave espacial, y otra exterior. Aún le faltaba explorar el exterior.

—Me alegra que te guste —contestó él mientras le servía un vaso de agua con hielo.

—¿La diseñaste tú?

—Sabía lo que quería, pero fue un arquitecto quien transformó mi idea en algo posible.

—Es justo lo contrario del castillo. Y me maravilla la tranquilidad —ella cerró los ojos. De noche, el castillo era tranquilo, pero de día, siendo un lugar de trabajo además de un hogar, bullía de actividad.

—¿Qué te parecería transformar las cuerdas en algo como esto? — Gabriel le agarró los tobillos y apoyó sus pies en su regazo.

Ella lo miró con expresión de tristeza, transformada en un suspiro de placer cuando él empezó a frotarle las pantorrillas.

—Nunca nos lo permitirán, ¿te lo imaginas allí? Por mucho que me guste, no encajaría en el paisaje.

—Cierto, pero con una buena arquitectura podremos conseguir mucha más luz.

—Eso estaría bien —Alessia se relajó y volvió a suspirar—. No me había dado cuenta de la poca luz natural que hay en el castillo. Y supongo que nadie pensó en eso al transformar las cuadras. Seguramente pensaron que vivir a oscuras encajaba con la personalidad de mi abuela —añadió con una carcajada.

—Todavía no me puedo creer lo que me contaste de ella.

—¿Que odiaba pertenecer a la realeza?

—No, eso lo entiendo, que parecía odiar a la gente, incluyendo a su propia familia.

—No parecía... odiaba a la gente.

—¿Incluyendo a tu madre?

—Supongo que a ella la quería —contestó Alessia insegura—. ¿Qué madre no quiere a sus hijos?

—No pareces muy convencida —observó Gabriel sin dejar de masajearle las piernas.

—No lo estoy. Nunca hemos hablado de ello. Sé que mi abuela era dura con mi madre... con todo el mundo. Jamás consolaría a un niño que llorara, pero sabía cuál era su deber y fue la perfecta reina consorte. Jamás decepcionó a mi abuelo.

—Hasta que él murió.

—Cuando él murió, mi madre ascendió al trono, y mi padre se convirtió en el consorte. Mi abuela fue relegada a reina viuda. Había entregado cuarenta años de su vida a la monarquía y no la culpo por querer apartarse del público y desear alguna intimidad alejada del castillo.

—Pareces admirarla.

—En cierto modo. Y me da pena. Debía odiar mucho pertenecer a la realeza para tomar esa decisión cuando dejó de tener responsabilidades.

—¿Y a ti qué te parece pertenecer a la realeza?

—Es mi vida —ella se encogió de hombros—. Nunca se me ha permitido elegir y no conozco otra cosa.

—¿Alguna vez has deseado otra cosa?

—No por mucho tiempo.

—¿Pero lo has hecho?

—De pequeña —Alessia asintió y sonrió—. Solía desear que mi madre no fuera la reina.

—¿De verdad?

—Sí. Tenía seis años cuando murió mi abuelo y todo cambió. Mi madre se convirtió en reina, y yo sentía que el trono la había secuestrado. Cuando solo era la heredera, tenía muchas responsabilidades, pero seguía ejerciendo de madre... a su manera. Nunca me bañó o me leyó un cuento. Mi padre se encargaba de eso, siempre mucho más presente, incluso después de que ella subiera al trono. Pero ella sí mostraba interés por mí. Cada día revisaba mis deberes, antes de que fuera al internado, y comprobaba que mi caligrafía era buena y que aprendía a sumar. A veces me hacía leer. Tras ascender al trono, ya no tuvo tiempo para eso. Siempre había algo más importante.

—Debió ser duro para ti.

—Lo fue, pero así funciona la realeza, por lo menos nuestra familia. Al igual que tu madre, ella hizo lo que pudo. No olvides quién fue su madre y cómo la criaron. Intentó crear un ambiente de amor para nosotros, pero no era fácil. El peor momento fue la gira de dos meses por Australia y Nueva Zelanda con mi padre. Yo tenía siete años y era la primera vez que me separaba de ellos. No te imaginas lo que sufrí su ausencia. Fue horrible.

—¿Qué harías si te pidieran lo mismo?

—¿Dejar a nuestro hijo para irme de viaje?

Gabriel asintió.

—No podría.

—¿Por qué no? Se quedaría en casa conmigo.

—Pero no tendría a su madre. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre anteponer el bienestar de nuestro hijo al deber?

Él entornó la mirada al recordarlo.

—Gabriel... siempre he antepuesto mi deber y la monarquía. Siempre he tenido en mente lo que se espera de mí.

—¿Y recibir la aprobación de tu madre? —preguntó él astutamente.

—Seguramente —Alessia hizo una mueca—. De niña vivía para recibir la atención de mi madre.

—Y ser una buena princesa era el camino para conseguirlo.

—Sí. Ella siempre me felicitaba por mi comportamiento y educación — Alessia suspiró—. Nunca me permití a mí misma cruzar la raya, y me duele que siga enfadada conmigo por mis comentarios sobre Dominic y las circunstancias del embarazo. Esa noche... fue la única vez que antepuse mis deseos. Las consecuencias fueron tan formidables que pensé que jamás podría repetirlo, pero siento los cambios en mi interior y pienso en este bebé y los sentimientos que tengo hacia él... —sacudió la cabeza, incapaz de manifestarlo con palabras—. El bienestar emocional de nuestro hijo es más importante para mí que cualquier cosa. Mis sentimientos son los mismos que los tuyos. Cuando has experimentado dolor, lo último que quieres es someter a tu hijo a lo mismo, y no le haré sufrir lo que yo sufrí. Si me piden que emprenda un viaje, solo aceptaré si nuestro hijo puede acompañarme.

—Entonces yo me quedaría solo en casa —observó él tras una prolongada pausa.

Ella tragó nerviosamente. El domingo por la noche, volaría de regreso al castillo sin él, volviendo a sus deberes durante toda una semana. Cinco días sin él.

Hasta que se completara la renovación de las cuadras, su vida sería así, viéndolo solo los fines de semana. Fines de semana que a veces requerirían que ella asistiera a alguno de sus frecuentes compromisos.

¿Mejorarían las cosas cuando se trasladaran a las cuadras y Gabriel pudiera trabajar desde casa? Ella seguiría siendo una princesa con sus obligaciones... sin su príncipe.

Por primera vez, el príncipe de sus sueños tenía un rostro.

—No tendrías por qué quedarte solo —susurró ella—. Si decidieras ser mi príncipe...

—Eso no va a suceder —la interrumpió él con un toque de tristeza.

—Lo sé.

—No seré tu príncipe, pero seré tu esposo.

—Me encantaría que fueras mi príncipe —Alessia asintió, casi ahogándose de emoción.

Gabriel le posó los pies en el suelo y agarró los lados del sillón para atraerlo hacia él. Deslizó las manos entre sus cabellos, acariciándole la barbilla.

—Sé que nuestro matrimonio no es lo que tú siempre soñaste. Tampoco es lo que yo esperaba, pero haremos que funcione, y seremos felices.

—Eso me gustaría.

—Piénsalo, Lessie —él le tomó el rostro entre las manos—. Cuando nos mudemos a las cuadras, lo convertiremos en un hogar donde distinguir entre la princesa y la mujer. Un hogar sin la intrusión de la realeza y sus exigencias, y nuestro hijo podrá vivir algo parecido a una vida normal. Y nosotros también.

El siguiente fin de semana, Alessia salió del cuarto de baño tras ducharse, envuelta en un albornoz, y entró en el vestidor donde Gabriel había dejado hueco para su ropa. Iban a salir, y le ilusionaba mucho, tanto como estar de nuevo en sus brazos tras cinco noches separados. Habían llegado a Madrid la noche anterior y habían ido directos a la cama para hacer el amor hasta el amanecer. Únicamente tras despertar al mediodía, anunció él que le gustaría salir esa noche. Alessia había temido que la aversión de Gabriel por la publicidad implicaría que jamás saldría con su esposo.

No se atrevía a desear que él cambiara de idea alguna vez y fuera su príncipe, además de su esposo, aunque solo fuera para los eventos familiares importantes, como la boda de Amadeo. Alessia deseaba que el hombre del que estaba enamorándose formara parte de su familia, no de la parte de la realeza sino de la humana, y que juntos crearan los recuerdos de esas ocasiones especiales.

No tenía sentido agobiarse por ello. No tenían mucho tiempo para pasar juntos y no podía desperdiciarlo lloriqueando.

Eligió un mono blanco sin tirantes y empezó a peinarse y maquillarse. Le resultaba extraño arreglarse ella sola, normalmente el equipo de belleza del castillo la convertía en la princesa que el mundo esperaba ver. Gabriel le había ofrecido acudir al mejor salón de belleza de Madrid, pero había querido hacerlo ella. Allí podía ser solo Alessia.

Los cinco días sin él habían pasado rápidamente, y a la vez con exasperante lentitud. Había tenido muchos compromisos y el tiempo había pasado volando, pero cuando consultaba la hora, descubría que aún quedaba mucho para volver a ver a Gabriel.

Pero allí estaba con él, se dijo a sí misma alegremente. Debía aprovechar el tiempo mientras pudiera.

Sonrió resplandeciente al verlo entrar en la habitación, incapaz de controlar su felicidad, aunque hacía menos de una hora que había abandonado la cama tras hacerle el amor de nuevo.

—¿Qué tal tu hermana?

—Muy bien —contestó Gabriel, que había pasado una hora hablando por teléfono con Mariella, de visita en Japón—. Volverá la semana que viene. El sábado es su cumpleaños y la he invitado a cenar con nosotros.

Mientras se cambiaba de ropa, Gabriel se fijó en la expresión desolada de Alessia.

—¿Qué sucede? —sabía que a Alessia le gustaba su hermana, y nada le haría más feliz que su esposa y su hermana se llevaran bien.

—El fin de semana que viene creo que no podré venir —contestó ella mientras consultaba la agenda en su móvil—. Estoy segura de que el sábado por la noche tengo un evento en el teatro real. Un acto benéfico para conseguir dinero para la investigación sobre el cáncer.

—Si tienes un compromiso, debes asistir a él —le aconsejó él, sintiéndose apesadumbrado. Tendría que pasar el fin de semana en el castillo... sin Alessia—. No hay alternativa —le besó el cuello—. Voy a ducharme y afeitarme.

—¿Adónde vamos?

—Al club Giroud.

—¿El club privado?

—¿Lo conoces?

—El de Madrid no, pero el año pasado fui al de Roma... sabes que es propiedad del cuñado del rey Dominic, ¿verdad?

—Hace años que conozco a Nathaniel Giroud.

—Nunca lo has mencionado —Alessia parpadeó.

—Sus clubes son un buen lugar para hacer negocios —Gabriel se encogió de hombros.

El teléfono de Alessia vibró y ella levantó la mirada hacia Gabriel.

—Lo siento. El evento en el teatro es el sábado que viene.

—No pasa nada. Quedaré con Mariella otro fin de semana.

—Es su cumpleaños —se quejó ella, visiblemente disgustada—. ¡Ya se! Puede venir con nosotros y alojarse en el castillo. Si quiere, le conseguiré una entrada para el teatro.

—Se lo preguntaré.

—Y tú también puedes venir —añadió ella—. No tendrías que sentarte conmigo. Te puedo conseguir una entrada al lado de tu hermana.

—Ya conoces la respuesta —contestó él antes de besarle el cuello y dirigirse al cuarto de baño para darse una ducha caliente.

Gabriel respiró hondo e intentó controlar el bilioso resentimiento.

Era la vida por la que había firmado. Ser princesa era el trabajo de Alessia, no debería molestarse porque lo apartase de él una de las escasas noches que tenían para disfrutar.

El seductor glamour del club Giroud de Madrid era todo lo que Alessia había esperado y más. Tras deshacerse de los paparazis, entraron por el discreto, pero fuertemente custodiado, aparcamiento subterráneo y un ascensor los llevó hasta el club.

Cenaron en el restaurante suizo, a la altura de la comida servida en el castillo cuando agasajaban a algún invitado de honor. Después, recorrieron las estancias, algunas con hombres y mujeres sobriamente vestidos, claramente hablando de negocios, pero el resto de asistentes bailaba, apostaba, o bebía cócteles, sabiendo que lo que sucediera ahí dentro, permanecería allí. A pesar de sus dos décadas, la prensa no tenía ni idea de su existencia y era uno de los pocos lugares en los que alguien como Gabriel podía relajarse y disfrutar.

Alessia reconoció numerosos rostros mientras tomaba un zumo de fruta en la sala de póquer. Una elegante figura llamó su atención y le propinó un codazo a Gabriel.

—Mira —susurró—. La princesa Catalina y su esposo.

Gabriel, a punto de sacar una carta, siguió su mirada.

Nathaniel y Catalina Giroud se volvieron al unísono. En un instante sus rostros se iluminaron y se acercaron a ellos.

Gabriel se levantó y estrechó la mano de Nathaniel y, tras ser presentado, intercambió besos con Catalina que, volviéndose a Alessia, sonrió resplandeciente.

—¡La pequeña Alessia Berruti! Mira cómo has crecido... —la miró con expresión traviesa—. Aunque no eres mucho más alta de lo que recuerdo.

—¿Os conocíais? —preguntó Gabriel.

—El mundo de la realeza es pequeño —Alessia se encogió de hombros—. Pero ha pasado mucho tiempo. Creo que yo tenía diez años la última vez que nos vimos —añadió, mirando a Catalina.

—Sí, lo recuerdo —casi diez años mayor que Alessia, Catalina tomó su mano—. En la fiesta de aniversario de tus padres. Sentí pena por ti cuando te enviaron a la cama. Te esforzaste por sonreír y que no se notara tu decepción.

—Pues no debí hacerlo muy bien si te diste cuenta —Alessia rio.

—Me di cuenta porque yo también estuve en tu lugar. Y lo llevaste mucho mejor que yo.

Gabriel terminó la partida y se reunieron con ellos para tomar una copa en la sala del piano.

La conversación pronto se centró en el tema de conversación que Gabriel hubiese preferido evitar. La boda de Amadeo. Catalina era prima de la novia. Aunque era poco probable que conociera la implicación de Gabriel en el acuerdo del matrimonio, su pecho se encogió.

—Qué ganas tengo —aseguró Catalina.

—¿Asistirás? —preguntó Alessia.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Pero Dominic estará allí.

No era ningún secreto que Dominic había maltratado a su hermana, y era el principal motivo por el que ella había huido de Monte Cleure con Nathaniel.

—Discúlpame, pero tenía la impresión de que no pondrías un pie en el mismo país en el que estuviera Dominic.

—Jamás regresaré a Monte Cleure —el rostro de Catalina se ensombreció—, no mientras Dominic sea el rey —miró con adoración a su esposo—. Pero quiero ver a Elspeth casada y a salvo de él. La boda se celebrará en Ceres, y allí Dominic no podrá tocarme. Si lo intenta, Nathaniel lo matará.

A Alessia no le cabía ninguna duda de que era cierto. El amor de esa pareja era tan fuerte como el que percibía entre Marcelo y Clara, y no pudo evitar mirar a Gabriel, que le agarraba fuertemente la mano.

¿Sentiría Gabriel alguna vez una devoción así hacia ella?

Él estaba tan loco por ella como ella por él, pero se trataba de una locura física. También sabía que no quedaba rastro del desagrado que había sentido por ella, y que iba a ser un esposo fiel.

Pero ¿amor? ¿La clase de amor que te empujaba a hacer lo que fuera por tu ser amado y anteponer su felicidad a la tuya?

—Tengo entendido que serás una dama de honor, Alessia —observó Catalina.

—Sí —ella asintió y sonrió forzosamente—. Seremos cinco.

—¿Y tú, Gabriel? —preguntó Catalina—. ¿Qué papel desempeñarás en la boda?

—Ninguno —contestó él—. No asistiré.

Incluso Nathaniel enarcó una ceja.

—Cuando Alessia y yo nos casamos, acordamos que seguiría siendo una persona privada.

—Pero es la boda de tu cuñado... —Catalina bebió un sorbo de champán para disimular la incomodidad.

—Me gustaría que estuvieras allí —susurró Alessia sin poderse contener.

Gabriel la fulminó con la mirada.

—No pasa nada —lamentando ya sus palabras, ella se encogió de hombros y le apretó la mano—. Lo entiendo.

El que Gabriel ni siquiera considerara acompañarla en ese día tan especial le decía a Alessia, mejor que con palabras, que no la amaba y que jamás antepondría sus necesidades a las de él.

El amor que empezaba a nacer en su corazón no sería correspondido.

Gabriel deambuló por las estancias vacías del castillo que jamás consideraría un hogar. El silencio era más intenso de lo habitual a esas horas de la noche.

Su hermana había rechazado la invitación de Alessia e, incapaz de concentrarse en su libro, recordó que el espectáculo sería televisado y

supuso que, ya que no podía estar con ella en persona, podría intentar verla entre la multitud.

Casi de inmediato lo logró. Acababa de terminar una actuación y la cámara enfocó el palco real, y entonces Gabriel comprendió por qué el castillo estaba tan silencioso. Toda la familia, incluso Clara, estaba allí.

Mientras intentaba digerirlo, su teléfono vibró y, a leer el mensaje, su humor paso de malo a malísimo.

—¿Qué sucede? —preguntó Alessia mientras se quitaba los zapatos. Tras una velada que había comenzado con la esperanza de que su madre al fin mostrara señales de haberla perdonado, todo se había ido al traste cuando lo único que había obtenido de ella eran respuestas cortantes. Al regresar a casa había sido aún peor. Prácticamente olía el mal humor de Gabriel, que apestaba a bourbon.

El fogoso amante, capaz de desnudarla con una mirada se tomó su tiempo para responder.

Sin decir una palabra, le mostró el móvil.

Ella contempló la pantalla y soltó un juramento.

La madre de Gabriel había vendido su historia a la prensa. Todo el mundo sabía que el reservado príncipe era hijo de Monica Binoche. El circo mediático que lo había dejado en paz durante la semana, cuando Alessia estaba en Ceres sin él, regresaría con fuerza. Ya podía despedirse de la intimidad que tanto anhelaba. Su madre había antepuesto sus necesidades y la fama al bienestar emocional de su hijo.

—Debería haber supuesto que la tentación sería demasiado fuerte para ella —Gabriel suspiró.

Alessia se sentó en el sofá y lo abrazó, sintiendo su dolor.

Había una rigidez en Gabriel que ella no había notado desde la noche en que había llorado sobre su pecho, justo antes de que se desatara la pasión.

—Lo siento —susurró ella—. Sé lo duro que debe ser para ti.

«¿Lo sabes?», quiso espetar él. «Cuando me miraste con esa expresión de cachorrito y dijiste que te gustaría que estuviera en la boda de Amadeo, ¿lo hiciste para que me sintiera culpable?».

Pero no picó. Sus padres siempre se habían atacado, la pasión inicial de su matrimonio convertida en un apasionado odio que provocó el sufrimiento de todos.

Se limitó a llenarse los pulmones de aire y apoyar la barbilla sobre la cabeza de Alessia, esperando a que el afrutado aroma hiciera su magia.

Pero no lo hizo.

La ira se negaba a desaparecer. La traición de su madre era una herida abierta, y Alessia no le había contado que toda la maldita familia asistiría a ese acto. Ella quería que rompiera el acuerdo y asistiera a la boda de Amadeo, pero se negaba a faltar a un compromiso suyo. En consecuencia, Gabriel había abandonado a su hermana en su cumpleaños para compartir unas pocas horas con su esposa cuando resultaba que el compromiso que ella no podía perderse era el que podría haberse perdido porque el resto de la condenada familia real Berruti, incluyendo la reina y su heredero, habían asistido. La ausencia de Alessia ni se habría notado.

El deber siempre sería lo primero para ella, pensó Gabriel con amargura mientras se soltaba del abrazo para servirse otra copa.

Capítulo 12

EL humor de Gabriel seguía sin mejorar al día siguiente y, cuando recibieron la invitación para cenar en familia con los reyes esa noche, reprimió otra respuesta cortante y se recordó que no eran solo monarcas, eran sus suegros y los abuelos del bebé.

En su interior sentía crecer una cobra que intentaba salir por su garganta.

Pero no la dejaría salir.

Por el modo en que Alessia se comportaba con él, era evidente que percibía la oscuridad. Consciente también de que su tono de voz era más cortante de lo que le gustaría, Gabriel intentó moderarlo y responder al afecto que ella seguía mostrándole.

A la mañana siguiente volaría de regreso a Madrid. Unos días solo, lejos del condenado castillo, lo ayudaría a recuperar la perspectiva.

Su madre lo había vendido, ¿y qué? No había sido una sorpresa. Incluso su hermana se había mostrado condescendiente. Pero Mariella no odiaba tanto el circo mediático que había protagonizado su infancia y adolescencia. Había odiado las peleas tanto como él, y se había negado a participar en discusiones airadas, pero los medios no la molestaban en absoluto.

Y Alessia había asistido a un compromiso con su familia que podría haber cancelado para pasar una velada con su hermana por su cumpleaños, ¿y qué? En Madrid, Alessia podía ser Alessia, allí, en el castillo, casi nunca se quitaba el disfraz de princesa. Cuando vivieran juntos todo el tiempo y ella no necesitara que él fuera más que su esposo, sería más fácil que apareciera la mujer.

Gabriel acompañó a Alessia a los aposentos de sus padres con gran agitación.

Ya había cenado con los reyes en una ocasión, la noche en que se había averiado el avión. La comida había sido formal, exquisita como la de un restaurante con estrella Michelin. Esa noche la comida, aunque servida con el habitual ceremonial, era mucho más hogareña, cordero asado y pisto. La atmósfera era mucho más acogedora e informal, la conversación relajada.

La única persona que no se relajó fue Alessia. Sentada frente a él, se mantuvo erguida, como si fuera una cena de estado y no algo familiar. Tampoco hablaba mucho, y cada vez que la miraba, la sonrisa parecía forzada. La reina, se fijó, no intentaba que su hija participara en la conversación y recordó el comentario de Alessia sobre su madre todavía enfadada con ella por las circunstancias del embarazo. Había recordado ese comentario varias veces ya que había algo inquietante, como si se le hubiera escapado algo importante.

—¿Qué tal los preparativos para la boda? —preguntó Clara a Amadeo.

—Muy bien —contestó el heredero con expresión malhumorada.

—Ceres se ha vuelto loco con la boda —continuó ella encantada—. ¡Qué ganas tengo! Es una pena que no pueda ser dama de honor, pero lo entiendo, mejor no contrariar al rey Cerdo.

Incluso la reina pareció aguantarse la risa.

—Una pena que ese déspota tenga que ser invitado, pero si no viniera, se perdería el propósito de esta boda —insistió Clara antes de volverse hacia Gabriel—. ¿Es verdad que no vas a venir?

—Me temo que sí.

—Ni hablar. ¿Por qué?

—Porque deseo preservar mi intimidad —contestó él tenso. ¿Por qué tenía que explicarse continuamente?

—Ya lo sé, pero es una boda. ¿Cómo puede haber alguien a quien no le guste una buena boda? Será la boda del siglo. Y Elspeth parece un encanto —Clara miró de nuevo Amadeo que tenía otra expresión de disgusto y le sacó la lengua que, para sorpresa de Gabriel, hizo que todos se echaran a reír.

Gabriel los acompañó en las risas mientras bebía vino para ahogar a la cobra.

—Has estado muy callada —observó Gabriel de regreso a sus aposentos—. ¿Quieres contármelo?

—Es mi madre —Alessia se dejó caer en un sofá y suspiró—. Sigo esperando que me perdone, pero no parece que vaya a hacerlo.

Alessia se frotó la frente. Se sentía tensa desde que había despertado. Por primera vez desde que se habían convertido en amantes, Gabriel había compartido la cama con ella sin hacerle el amor. Sentía sus demonios en la oscuridad y quería que se abriera, pero sabía cuál era la causa: la traición de su madre.

Gabriel no era hombre de contar lo que le pasaba. Le había hablado de su infancia, pero de un modo despreocupado. Admitía que le había convertido en el hombre que era, pero no le había contado cómo se había sentido, cómo se sentía.

Ella no podía obligarle. Gabriel se lo contaría cuando quisiera. Había asistido a la cena con sus padres con un nudo en el estómago por su esposo, y el abrazo de su madre había sido tan frío que el nudo no había hecho más que apretarse. Y de repente, ya no pudo contenerse.

Las palabras salieron a borbotones:

—Mi madre nunca se enfadó con Marcelo, no como conmigo, y él fue quien empezó todo este lío. Saltó de un helicóptero para rescatar a Clara del palacio de Dominic, y recibió comprensión y perdón incluso antes de arreglarlo casándose con ella. Yo cometí un error... bueno, dos... He hecho todo lo que he podido, incluso Amadeo me ha perdonado, pero ella sigue enfadada. Marcelo se ha librado de asesinato, no literalmente, claro. Yo siempre he sido obediente, sabedora de cuál era mi lugar en la familia, jamás provocando un disgusto, pero no hay perdón para mí. Apenas soporta mirarme.

Gabriel escuchó en silencio antes de sentarse a su lado y tomarle la mano.

—¿Quieres saber lo que pienso?

Ella se enjugó una lágrima y asintió.

—Tu madre, toda tu familia, ha pasado años aprendiendo a controlarse cada vez que Marcelo se pasaba de la raya, pero tú jamás te pasaste de la raya. Jamás los habías decepcionado. Siempre te esforzaste por cumplir con tu deber. Siempre has seguido los pasos de tu madre, anteponiendo el deber a tus propias necesidades y sentimientos.

—No tanto como Amadeo.

—No hablamos de Amadeo, hablamos de ti. No sé si eres consciente del impacto que tienes sobre la gente. Tú, más que nadie en tu familia, has llevado la monarquía al siglo xxi. Has navegado entre la princesa y la mujer moderna en la era de las redes sociales, y todo sin dar un paso en falso, sin quejarte nunca, aunque hayas sufrido el ataque de troles. Tu madre es la reina, Amadeo el heredero, pero eres tú la que atrae la atención del público, tú la princesa de su corazón. Creo que tu familia, sobre todo tu madre, también te ve así. Por tanto, cuando tu lado humano fue revelado públicamente, hicieron lo que hacen siempre ante una amenaza a la monarquía: entraron en modo de control de daños.

—Dudo que a mi madre le guste mi lado humano —reconoció Alessia con un suspiro.

—Porque nunca se lo habías mostrado. Cuando estemos viviendo en las cuadras y tú puedas quitarte la máscara de princesa que siempre estás obligada a llevar, tu madre descubrirá que Alessia, la mujer, vale mucho más que la princesa. Tu madre no sabe cómo reaccionar ante ti a nivel personal porque... —Gabriel se interrumpió ante una idea que surgió en su mente.

Intentó apartarla, pero la conversación que le había irritado conectó con ese pensamiento y su corazón se aceleró.

—¿Por qué, qué? —preguntó ella.

Convencido de que estaba equivocado miró fijamente a Alessia.

—¿Qué sucede?

—Nunca has dado un paso en falso —contestó él—. Jamás. Nunca se te ha asociado a otro hombre... Tú misma me dijiste que la única vez que antepusiste tus deseos fue la noche en que concebimos a nuestro hijo. Alessia... ¿fui yo el primero?

El profundo rubor que apareció en el rostro de Alessia contestó a la pregunta de Gabriel.

—¿Por qué no me lo dijiste? —él le soltó la mano y se levantó.

—Lo siento —Alessia suspiró y sacudió la cabeza—. Debería habértelo dicho, pero estaba tan atrapada en el momento y lo que me hacías sentir... Ella volvió a sacudir la cabeza, aliviada de haberlo soltado. No se había dado cuenta de lo mucho que le pesaba en la conciencia.

Gabriel era su esposo. No la amaba, pero estaba comprometido con ella.

La verdad no era algo a lo que temer.

—Sabía que si te decía que era virgen, te detendrías.

—¿Estás diciendo que sabes que me detendría? —Gabriel enarcó una ceja.

—Conscientemente no. No pensaba nada. No quería pensar — Alessia cerró los ojos al recordar aquella primera noche. Por primera vez no sintió amargura. En algún momento, lo había perdonado—. Me tocaste y estallé.

Era la primera vez en mi vida que me despojaba de los grilletes de princesa. Se produjo un prolongado silencio.

—Es una pena que no te despojes de los grilletes de princesa por mí ahora.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella ante el tono mordaz de Gabriel.

—Da igual —él encajó la mandíbula y la miró fijamente.

—Si lo has dicho es por algo.

—No es nada. Mañana tengo que madrugar. Me voy a la cama.

Para perplejidad de Alessia, Gabriel salió de la habitación y subió las escaleras. Con el corazón acelerado, ella se frotó la nuca, preguntándose qué demonios acababa de suceder.

Solo había un modo de descubrirlo.

Gabriel se cepilló los dientes, furioso.

La oscuridad contra la que luchaba se cernía sobre él. La cobra se abría paso hacia su garganta.

Nada le había indicado que Alessia fuera virgen.

«Tampoco pensabas claramente», susurró una vocecilla, «no con tu cabeza».

El pasado pertenecía al pasado. Alessia era su esposa, su futuro... Su boca se llenó de bilis. Gabriel tragó, pero la amargura permaneció.

Cerró los ojos, respiró hondo, y regresó al dormitorio.

Al ver a su esposa, sentada en el borde de la cama, mirándolo, todos sus esfuerzos por controlar sus emociones, se vinieron abajo.

—Necesito que me expliques lo que querías decir.

—No es el momento —él encajó la mandíbula.

—Es el momento perfecto. Algo habré hecho para merecerme ese comentario, y si no me dices qué pasa, ¿cómo puedo arreglarlo?

La mirada de Gabriel podría haber congelado el infierno.

—Sé que esto es duro para ti —continuó Alessia con toda la calma que pudo—. Sé que te sientes traicionado por tu madre, pero si he hecho algo para empeorarlo, debes decírmelo. ¿Es por no decirte que era virgen, o algo más?

Gabriel respiró agitadamente y rechinó los dientes con fuerza. La ira infectaba todo su ser.

—¿Esa noche te hice daño? —preguntó al fin.

—No —ella sacudió la cabeza—. Fue maravilloso. Lo sabes.

—Lo siento —espetó él—, pero tu pequeña revelación me ha hecho replanteármelo todo. Supongo que explica por qué no tomabas la píldora, ¿me equivoco? —Gabriel se aferraba a su control, pero el hilo era tan fino que sentía que lo perdía.

—No, no la tomaba —Alessia cerró los ojos—. Eso también lo sabes.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo antes de dejarnos llevar?

—Pensé que tú te ocuparías.

—¿Cómo? ¿Con un preservativo invisible?

—No lo sé y no lo pregunté —contestó ella indignada—. Fui estúpida e ingenua, pero no pensaba, y tú tampoco, y no tienes derecho a enfadarte conmigo porque la culpa es tan tuya como mía.

El hilo se rompió.

—Si me hubieses dicho que eras virgen, nada de esto habría pasado — exclamó Gabriel, furioso—. ¿Lo entiendes? ¿No sabes lo que has hecho? ¡Jamás te habría tocado de haberlo sabido! ¡Me has atrapado en un condenado matrimonio que nunca quise!

Alessia palideció. Durante largo rato lo miró boquiabierta, pero sin decir palabra.

Hasta que algo en su porte cambió.

Se levantó.

Jamás había parecido tan alta.

Se acercó lentamente a él y las palabras surgieron tranquilas y cáusticas: —Yo no te he atrapado en nada. Hemos creado un ser juntos.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Crees que no sé que yo también soy culpable? Obviaste el detalle de tu virginidad y yo que fueras una princesa, y no tuve el sentido común de pensar en anticonceptivos, y ahora estoy atrapado en un matrimonio con una mujer con la que jamás me habría casado en otras circunstancias. He renunciado a todo, mi carrera, mi intimidad, ¡mi maldita vida!

—Has renunciado a todo eso por nuestro hijo —espetó ella—. Si estás atrapado es en una tela de araña que has tejido tú. Te casaste conmigo porque no confiabas en que yo priorizara el bienestar de nuestro hijo.

—Y tú te casaste conmigo por tu maldita monarquía —Gabriel se cruzó de brazos.

—No, me casé contigo por mi familia, porque la monarquía lo es todo para ellos, y para que mi hijo pudiera tener a su padre en su vida.

—Te casaste conmigo para poder seguir siendo la princesa perfecta y redimirte a ojos de tu madre, porque ser una princesa es lo único que te permites ser.

—¡Es lo que soy!

—No, Alessia, también eres mi esposa, pero ni siquiera quisiste tomarte una noche libre por el cumpleaños de mi hermana cuando nadie te habría echado de menos en ese evento.

—Ya me había comprometido a asistir y, ¿cómo te atreves a decir eso cuando le ofrecí a Mariella que viniera con nosotros? —Alessia levantó las manos en el aire—. Hablas de todo a lo que has tenido que renunciar, pero ¿qué pasa con las cosas a las que he renunciado yo, como un futuro de princesa sin su príncipe? ¡Ni siquiera vendrás a la boda de mi hermano!

—Conocías mis condiciones antes de acceder a casarte —rugió Gabriel.

—Eran condiciones sin un compromiso, y a mí no se me permitió imponer ninguna, ¿verdad? Como la boda y dónde vamos a vivir. Nadie pidió mi opinión. Hablas de compromiso, pero no te comprometes con la

boda de Amadeo, ni siquiera sabiendo lo mucho que significaría para mí que asistieras.

—No alimentaré a los buitres y no sentaré precedente. No sé cuántas veces voy a tener que explicarlo.

—¿Precedente? —gritó ella—. Hablas de precedentes como si yo no fuera más que un contrato comercial.

—Aquella noche le hice el amor a Alessia Berruti. Ella es la mujer con la que me he comprometido, con la que te dejé claro que me casaba, pero no es la mujer con la que me encuentro casado aquí. En cuanto pisas Ceres, tu máscara de princesa se coloca en posición y todo gira en torno al deber, y estoy condenado a pasar el resto de mi vida en esta maldita isla, esperando ver algún destello de la mujer con la que pensé que me había casado. Pero tú no piensas volver a librarte de esos grilletos, ¿verdad? Por si decepcionas otra vez a tu madre. Yo siempre ocuparé el segundo lugar en tu maldita monarquía y tu necesidad de ser la princesa perfecta para recibir la aprobación de tu madre.

—¡No es solo por ella! ¡Es quién soy!

—¡No tiene que ser así! Mira lo bueno que es todo cuando estamos lejos de este lugar. Si te apartaras de tus deberes reales, podríamos disfrutarlo todo el tiempo.

—¿Renunciar a ser una princesa? —ella lo miró espantada.

—¿Por qué no? —Gabriel no lo había pensado seriamente, pero al decirlo, todo cobró sentido—. Ya has representado tu papel para tu familia. Marcelo está casado. Amadeo está a punto de casarse. Hay dos nuevas y hermosas princesas Berruti para enamorar al público, y pronto habrá nuevos bebés reales. Tú y yo podemos construirnos una nueva vida lejos de aquí donde puedas ser quien quieras ser.

—¿Lo dices en serio? — Alessia sintió una oleada de náuseas más fuertes que en todo su embarazo.

—Sí. Tú, yo y nuestro bebé, lejos de este castillo, construyendo nuestra propia vida. Podrás quitarte esa máscara de princesa para siempre y ser la mujer que adoro. ¿Qué dices?

—Si lo considero —ella se abrazó por la cintura—, ¿considerarás tú venir a la boda de Amadeo?

—Si aceptas mi propuesta —Gabriel rio—, ninguno de los dos tendrá que asistir a la boda. Sé que aún te sientes culpable por tu responsabilidad en esto.

—Yo quiero ir —Alessia le sostuvo la mirada—. Es la boda de mi hermano. Y quiero que tú también asistas, como mi esposo, para tomarme de la mano porque, sí, me sigo sintiendo culpable. Pero no es solo culpa. Quiero que vayas por mí, como mi príncipe, en la mayor celebración que habrá en nuestra isla desde la coronación de mi madre —respiró hondo—. Por favor, ven conmigo. Sé mi esposo y mi príncipe, solo un día.

Alessia contuvo la respiración.

Se produjo un largo silencio.

—Me acusas de relegarte a un segundo lugar —Alessia soltó una carcajada carente de humor—, pero no tendría que hacerlo si hubieras sido mi príncipe. No puedo evitar que haya siempre periodistas, y lo sabías antes de imponer esa condición. No me dejas otra elección que mantener una gran parte de mi vida separada de ti, porque soy una princesa y esta situación la has creado tú, no yo, y ahora quieres que renuncie a quién soy sin ceder tú en nada —sacudió la cabeza—. Me condenaste desde el principio. Tramaste todo en nuestro matrimonio para que yo no tuviera otra elección que ponerte en segundo lugar.

—Eso es ridículo —contestó él furioso.

—Tu madre siempre te puso en segundo lugar hasta que le diste ese ultimátum —cuanto más hablaba Alessia, más tranquila se sentía y más claro lo veía todo—. ¿Es eso lo que me espera? ¿Un ultimátum amenazando con un divorcio o con llevarte a nuestro hijo si no accedo a apartarme del mundo en el que nací?

—¡Claro que no! —exclamó él.

—Puede que conscientemente no —concedió ella—. Lo que preparaste con tus condiciones, intencionadamente o no, se ha convertido en una profecía para ti y en una excelente excusa para mantenerme apartada.

—¿Tienes idea de lo loco que suena eso? —espetó Gabriel, aunque el pulso que latía en su mandíbula decía otra cosa.

—¿Lo es? ¿Te das cuenta de que es la primera vez que te oigo alzar la voz o perder la calma? Siempre tienes todo controlarlo. La única ocasión en que dejas salir tus emociones es en el dormitorio. ¿A qué temes, Gabriel? ¿A que la toxicidad del matrimonio de tus padres se convierta en

la nuestra? No creo que temas a la prensa, ni siquiera que los odies. Creo que tu rechazo hacia ellos es tu manera de castigar a tu madre. Terminaste con la guerra entre tus padres, pero nunca hiciste frente a las consecuencias. Mariella y tú nunca os enfrentasteis al abandono que sufristeis. Porque fuisteis abandonados, Gabriel. Así que castigas a tu madre, negándote a jugar al mismo juego que ella. Pero no puedes odiarla, ¿verdad? No puedes porque la amas. Por eso me castigas a mí, comprometiéndote solo en parte conmigo y condenándome a una vida con un esposo que se niega a serlo en público, y lo adornas para salvar tu conciencia intentando convencerte a ti mismo de que nuestro matrimonio será feliz en cuanto separemos a la mujer de la princesa.

Alessia hizo una pausa y respiró hondo.

—Pero la mujer y la princesa no pueden separarse, porque somos lo mismo, somos uno. Irónicamente, eres tú quien despertó esa mujer en mí y, gracias al tiempo que pasamos juntos, he aprendido que soy capaz de abrazar ambos lados de mi persona. Quizás algún día mi madre aprenda a abrazarlos también y acepte mi lado humano. Pero creo que ni siquiera importa ya. Si ella me ama tendrá que amarme en su totalidad. Soy princesa. Nací princesa. Moriré princesa. Mujer. Humana. Toda mi vida he antepuesto las necesidades y sentimientos de los demás, pero desde hoy, yo seré lo primero. No viviré con un hombre que quiera partirme en dos. Me merezco alguien que me ame entera... y tú no eres ese alguien.

Alessia se sentía a punto de derrumbarse y se aferró a sus fuerzas cruzando los brazos sobre el pecho y sosteniendo la mirada de Gabriel.

—¿Sabes a quién me recuerdas? A mi abuela. Ella odiaba la vida de la realeza y eso la llevó a odiar a cualquiera asociado a ella. Así que te ahorraré una vida miserable y te liberaré de un matrimonio que detestas.

Súbete y a tu avión y vuela de regreso a Madrid, y no vuelvas jamás.

Gabriel estaba totalmente pálido.

—Ya no eres necesario aquí. Sabes muy bien que priorizaré las necesidades emocionales de nuestro bebé, aunque no estés. Estoy segura de que llegaremos a un buen acuerdo para la custodia. Me iré a los aposentos de Marcelo para que puedas hacer tu equipaje y marcharte.

Marcelo, abrió la puerta de sus aposentos y Alessia miró a los ojos del único miembro de su familia que al menos intentaba comprenderla, y estalló en llanto.

Capítulo 13

GABRIEL cerró los ojos y respiró hondo cuando el mayordomo anunció la inesperada llegada de su hermana. Colgó el teléfono y se concentró en los documentos enviados por su abogado.

Mariella entró en su despacho sin llamar.

—Te dije que estaba ocupado —protestó él.

—Así es —ella asintió alegremente, sentándose en el brazo del sillón de Gabriel—. Pero como es viernes y estás aquí en Madrid y no en Ceres, y llevas toda la semana evitándome, he decidido anular mi cita de esta noche e ignorar tu orden. ¿Vas a contarme qué pasa?

—No pasa nada —el fijó la mirada en los papeles.

—¿Y por qué no estás en Ceres? La boda es mañana.

—Sí, y ya te dije, como a todo el mundo, que no asistiré.

El silencio de Mariella se prolongó tanto que Gabriel levantó la mirada. Con los codos apoyados sobre los muslos, la barbilla en la palma de su mano, ella lo miraba fijamente.

—¿Qué? —preguntó él cortante.

—Sé que eres un cabezota, pero pensé que en esta ocasión cambiarías de idea.

—Pues pensaste mal.

—¿Y Alessia?

—¿Qué pasa con ella?

—No te hagas el tonto, Gabriel.

Gabriel tachó una línea del documento. Ni siquiera sabía qué cláusula había eliminado.

—Alessia y yo hemos decidido separarnos —le informó.

El inhabitual silencio de su hermana, le hizo volver a levantar la vista.

—Es mejor para ella —aseguró Gabriel—. Nuestras vidas son incompatibles. Ya acordaremos los detalles de la custodia cuando se acerque...

Mariella lo interrumpió saltando del asiento y agarrando los documentos, arrojándolos por la ventana.

—¿Qué demonios haces? —rugió ella antes de que Gabriel pudiera hacerle la misma pregunta—. ¿Qué te pasa? La mujer que amas está a miles de kilómetros de aquí preparándose para uno de los mayores acontecimientos de su vida, la boda es noticia en todo el mundo. Sé que no soportas a la prensa, pero ¿cómo puedes dejarla ir sola?

—Te lo acabo de decir, nos hemos separado —contestó él, perplejo al ver a su hermana perder los nervios.

—¿Y qué pasa con tu deber como esposo? —preguntó ella—. ¿Qué pasó con tu convicción de hacer funcionar el matrimonio?

—Me equivoqué.

Mariella pisoteó el suelo y Gabriel tuvo la sensación de que desearía que su cabeza estuviera debajo.

—¿Desde cuándo mientes y desde cuándo te rindes? Has triunfado en todo lo que has hecho, si hubieses querido que tu matrimonio funcionara, lo habrías logrado.

—¡Sí quería que funcionara!

—¿Entonces qué haces ahí sentado fingiendo trabajar mientras tu matrimonio se cae a pedazos, so idiota? —Mariella se inclinó sobre el escritorio y pegó su cara a la de Gabriel—. Nunca te había visto tan feliz como cuando estás con ella. Incluso se notaba en tu voz. Me alegraba mucho por ti y me animó a pensar que quizás ahí fuera habría alguien dispuesto a cargar conmigo. Encontraste la felicidad por la que yo mataría y ahora la tiras a la basura. Te casaste con una princesa, Gabriel. Sabías como sería. O lo aceptas, o prepárate para una vida tan miserable como la de nuestra madre.

—La vida de nuestra madre no es miserable.

—¡Claro que lo es! Tiene dos hijos que la aman y siempre la perdonan, pero solo encuentra satisfacción en la adulación de extraños. Si no es miserable, ¿qué es?

—Egoísta.

—También. Y tú vas por el mismo camino.

Gabriel no podía dejar de pensar en el estallido de Mariella. La botella de bourbon que bebía desde que ella se había marchado no había logrado aturdir su cerebro.

Por mucho que deseara ignorar y negar lo que ella había dicho, a ella le parecía que estaba arrojando su felicidad a la basura. La vida de Mariella giraba en torno a su Santo Grial: la felicidad.

Su estómago se encogió dolorosamente y bebió otro trago de bourbon.

No había sentido la necesidad de rebatir a su hermana. Se había sentido como un espectador viendo a un tranquilo animal del zoológico que de repente se había vuelto loco.

Cerró los ojos al recordar la violenta discusión con Alessia.

Tras décadas de controlar sus emociones, al fin había encontrado la horma de su zapato. Gabriel no podía esconderse de Alessia. Lo había intentado, pero era imposible.

Alessia le hacía sacar todo su espectro de emociones humanas.

Gabriel se irguió y se derramó la bebida por encima. A medida que el líquido empapaba sus pantalones, su mente se aclaró.

La percepción de su hermana de que estaba desperdiciando su felicidad era un hecho, no una idea.

Y la idea de Alessia de que había saboteado su matrimonio también era un hecho. Su razonamiento, sin embargo, solo era correcto en parte.

Gabriel había saboteado el matrimonio porque Alessia le hacía sentir demasiadas cosas desde el momento en que había aparecido en ese balcón. Había derribado la barrera con la que se protegía.

Ya no necesitaba protegerse, no de Alessia. Ella jamás lo utilizaría, ni antepondría sus propias necesidades. Dudaba que ella lo hubiese hecho alguna vez. Alessia lo quería por él mismo.

Le había asustado dejarse ir y darle lo que ella necesitaba: a él. Ella se le había entregado por completo y, en lugar de arrodillarse y adorar a la diosa como se merecía, le había exigido egoístamente que renunciara a la mayor parte de sí misma.

La magnitud de lo que había hecho lo arrolló como un tsunami.

Había apartado de su lado lo mejor que le había sucedido jamás.

Había apartado a la mujer que amaba.

A la princesa que amaba.

Con un rugido gutural, Gabriel estrelló el vaso contra la pared.

La boda de Amadeo era la primera de los tres hermanos Berruti que no se celebraba en la capilla real. Siendo heredero al trono, se llevaría a cabo en la catedral de la capital de Ceres. El pueblo disfrutaba de un día festivo para celebrarlo, y se arremolinaban en el trayecto desde el castillo hasta la catedral, muchos llevando el traje oficial, otros la bandera nacional, todos vitoreando.

Alessia y las cuatro excitadas primas que formaban el cortejo de damas de honor, siguió al carruaje que llevaba a la novia y a su padrino: el rey de Monte Cleure. Alessia y Clara habían apostado que Elsbeth seguramente correría hasta el altar para alejarse de él. Cualquier sospecha de que Elsbeth se casara obligada, desapareció ante el brillo en su mirada.

Gabriel había estado en lo cierto.

Alessia apartó su recuerdo y siguió saludando a la multitud.

Era un día para celebrar. Tras compartir algo de tiempo con la novia, se había convencido de que era la mujer de la que su hermano podría enamorarse... si se lo permitía. Amadeo era muy testarudo y perfectamente capaz de negarse a sí mismo la felicidad con tal de no admitir que se equivocaba.

Se enamorara de ella o no, Alessia estaba decidida a acoger a Elsbeth y hacerle sentir miembro de la familia Berruti.

Gabriel también podría haberlo sido si hubiese querido.

Gabriel podía irse al infierno.

El muy cobarde no la había llamado. Le había enviado un mensaje con la fecha, lugar y hora de la primera ecografía a la semana siguiente, pero no había respondido.

Su prima Carolina, de cinco años, adorable con su mata de rizos negros, vio a alguien conocido entre la multitud y habría saltado del carruaje si Alessia no hubiese tenido tan buenos reflejos.

Sentó a la emocionada niña en su regazo y la abrazó mientras contenía una lágrima.

Por mucho que se dijera a sí misma que Gabriel no se merecía sus lágrimas, seguían rodando por su rostro cada noche, empapando su almohada.

«Por favor, que no me ignore de nuevo. Que venga a la ecografía», rezaba. «Por doloroso que sea, podré vivir sin él, pero mi bebé no debería hacerlo. No sería justo. Mi bebé se merece a su padre».

La única luz entre tanta oscuridad había sido la compasiva calidez que había despertado en su madre el repentino hundimiento de su matrimonio. Por una vez no habían hablado de control de daños gracias, sospechaba Alessia, a Marcelo.

La relación con su madre parecía haber empezado de nuevo.

Alessia echaba desesperadamente de menos a Gabriel, como si hubiese pasado toda su vida con él y no unas pocas semanas.

Los carruajes llegaron a la plaza de la catedral.

Besó la cabeza de su prima y dibujó una enorme sonrisa en su rostro antes de encabezar la marcha de las demás damas de honor que el conductor ayudaba a bajar de una en una.

Los flashes de las cámaras se fundieron en una enorme masa de luz.

Alessia organizó a las damas de honor y les indicó que saludaran a la excitada multitud antes de seguir a la novia y al rey Cerdo al interior de la catedral. Los asistentes se pusieron en pie.

Mientras la comitiva de la novia iniciaba la larga marcha, la sonrisa de Alessia se hizo más amplia al fijarse en el paso de Elsbeth. La novia controlaba visiblemente su ansia de correr hacia Amadeo y exigir al obispo que empezara por el final.

A medio camino del altar, Alessia sintió que su corazón se aceleraba al ver la alta figura entre su familia.

La catedral empezó a moverse bajo sus pies. De no ser por las pequeñas manos que tomaban las suyas, se habría caído al suelo.

Necesitó toda su fuerza para colocar un pie delante del otro. Cuanto más se acercaba, más claros se volvían los rasgos.

Él la miraba fijamente.

Para cuando Elsbeth tomó a Amadeo de la mano y las madres de las pequeñas damas de honor las dirigieron hacia sus asientos, Alessia ardía y su corazón aleteaba en el pecho como un colibrí.

Su familia lucía orgullosa, las mujeres vestidas con la indumentaria real para una boda, los hombres con idénticos esmóquines negros. Su padre. Su madre. Su hermano Marcelo. Su cuñada Clara. Su esposo...

Gabriel alargó una mano hacia ella. Sus rasgos eran tensos, sus ojos una explosión dorada.

Ella aceptó su mano sin intervención del cerebro.

La ceremonia comenzó.

Pero Alessia no oyó ni una palabra.

Su cuerpo funcionaba con el piloto automático, levantándose y sentándose, cantando los himnos, aplaudiendo cuando el novio besó a la novia. Y siguió con el piloto automático mientras salían de la catedral y lanzaban confeti y arroz sobre la feliz pareja, y sonreían a los numerosos fotógrafos. Y siguió en el carruaje que compartió con Gabriel, Marcelo y Clara, saludando a la enfervorecida multitud de regreso al castillo, y durante todo el banquete de boda.

Gabriel percibía la conmoción de Alessia. Comió y conversó, rio cuando debía, pero había encerrado una parte su persona. Incluso cuando él le hablaba directamente, contestaba educadamente, pero sin una verdadera comunicación. Era como si él fuese un extraño, no especialmente interesante, con el que la hubiesen emparejado.

El banquete terminó y los cinco mil invitados se dirigieron a la sala contigua donde se celebraría la fiesta. Decorada en oro y plata del suelo al techo, las mesas redondas no tenían los asientos asignados. Gabriel siguió a Alessia hasta la de Marcelo y Clara. Tras intercambiar una significativa mirada, Marcelo se volvió hacia Gabriel.

—Solúcionalo o haré lo que debería haber hecho si mi esposa no se hubiese apiadado de ti: arrojarte por una ventana.

Gabriel no podía culparlo. Se lo merecía.

El corazón de Gabriel estalló.

El primer baile terminó.

Gabriel se levantó y dio un golpecito en el hombro de Alessia, que lo miró inexpresiva.

—¿Me concedes este baile? —él extendió una mano.

Ella siguió mirándolo fijamente, deslizando la mirada hasta su mano y de regreso a sus ojos. Sin verlo realmente.

Consciente de que no iba a dignarse a contestar, una descarga lo sacudió cuando ella posó sus dedos en la palma de su mano y se levantó elegantemente.

Gabriel cerró la mano antes de que ella cambiara de idea.

La condujo hasta la pista de baile, rodeados de los flashes de las cámaras, y deslizó su mano por la fina cintura.

Tras un prolongado titubeo, ella le rodeó el cuello con los brazos y giró el rostro para no mirarlo. Aparte de sus manos, ni un milímetro de su cuerpo lo tocaba.

Pero estaba allí, bailando con él.

Moviéndose suavemente con la música, él le susurró al oído:

—Te amo, princesa Alessia Berruti. Toda tu persona, la mujer apasionada y la majestuosa princesa. Amo tu sentido del deber. Tu lealtad. Tu risa y tu sentido de lo absurdo. Amo que me hagas reír. Amo que te haga reír yo. Amo tu voz. Tus ojos. Tus labios y tu sonrisa. Amo la sensación al tocarte y cuando tú me tocas. Amo que lleves a mi hijo dentro de ti...

Sin dejar de moverse, Alessia levantó el rostro lentamente. Su mirada se fundió con la de Gabriel. Seguía sin mostrar ninguna expresión.

Otra astilla se desprendió del corazón de Gabriel, que respiró hondo antes de continuar.

—Pero también hay cosas que odio. Odio haberte abandonado esa mañana. No haberte devuelto la llamada. Las condiciones que puse para nuestro matrimonio. No haber considerado tus sentimientos. Que nuestra boda fuera austera y pequeña. Que fuera tan arrogante como para pensar que podías ser una mujer distinta de la que eres. Y odio hacerte creer que prefería a esa otra mujer.

Una lágrima rodó por la mejilla de Alessia.

—Odio que mi egoísta inseguridad intentara acapararte. Odio ser un imbécil que apartó de mi lado lo mejor que me ha pasado jamás.

Sin soltarle la cintura, Gabriel hundió la otra mano en el bolsillo del pantalón y sacó una tira de papel que colocó en la mano de Alessia.

Ella cerró la mano y volvió a mirarlo, otra lágrima rodando por su mejilla.

—Mi secretaria me dio esto minutos después de tu llamada —le explicó él, mirándola a los ojos—. Lo llevo en mi cartera desde entonces. Intenté destruirlo. Lo arrugué y lo arrojé a la papelera... Y regresé a la habitación de hotel a buscarlo. Alessia... —Gabriel sentía un nudo en la garganta y cerró los ojos—. Lessie, no sé si existirá el amor a primera vista, pero la primera vez que te vi me sentí como si me hubiese alcanzado un rayo. Eres todo lo que yo creía no desear, pero lo cierto es que eres todo lo que necesito. Al completo. La princesa y la mujer. No puedo vivir sin ti.

Gabriel tuvo que detenerse de nuevo para tomar aliento.

—No puedo vivir sin ti —repitió con la voz entrecortada—. Por favor, Alessia, perdóname. Acéptame de nuevo. Te lo suplico. Sin ti no soy nada. Tú lo eres todo para mí. Te suplico una oportunidad para arreglarlo, para demostrar que puedo ser el esposo que te mereces, el príncipe que necesitas. —Calla —un delicado dedo le cerró los labios.

Gabriel necesitó un segundo para comprender que Alessia había reducido la distancia que los separaba, y otro más para comprobar que su rostro bañado en lágrimas lo miraba resplandeciente.

—¡Oh, Gabriel! —Alessia contempló al hombre del que se había enamorado antes de saberlo, mientras las emociones la ahogaban.

Los ojos de Gabriel, lo que vio en ellos, la llenaron del luminoso calor de su amor.

Dejó caer el trozo de papel y, poniéndose de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y apretó el rostro contra su garganta.

Gabriel la amaba.

Se llenó los pulmones de ese maravilloso olor e inclinó la cabeza hacia atrás para volver a mirarlo a esos brillantes ojos ambarinos.

Unos ojos que contemplaría cada día durante el resto de su vida.

—Te amo —susurró ella—. Con todo mi corazón.

Alessia deslizó una mano por el brazo de Gabriel y le tomó la mano.

—Bésame —susurró—. Baila conmigo y ámame para siempre.

Los labios de Gabriel acariciaron delicadamente los suyos mientras la sujetaba en sus brazos y seguían bailando hasta que la música se detuvo. Y la amó para siempre.

Epílogo

LA amplia sonrisa amenazaba con partir su cara en dos. Alessia agarraba con fuerza la mano de Gabriel mientras regresaban por el pasillo tras renovar los votos. Las jóvenes damas de honor que sujetaban la cola de más de tres metros también sonreían. Clara, en avanzado estado de gestación, era la encargada de controlar a las damitas de honor y parecía a punto de lanzarse sobre Alessia para abrazarla.

En los jardines de la capilla real, el sol brillaba sobre la feliz pareja y sus doscientos invitados. Una nube de confeti cayó sobre ellos tras la señal del padrino de boda, Mariella. El único invitado que no se unió al lanzamiento fue la reina, ocupada con el bebé de Alessia y Gabriel, Mari, de tres meses. La felicidad de su madre era tal que Alessia la sentía sobre su piel tanto como el sol.

Después de que el fotógrafo profesional, al que habían pagado una pequeña fortuna por no difundir las imágenes, terminara con las fotos, todos se dirigieron al interior para el banquete de boda y la fiesta posterior. Alessia descubrió a la madre de Gabriel haciendo fotos disimuladamente con el móvil y comprendió que él también se había dado cuenta. Sus miradas se fundieron y él se encogió de hombros antes de que estallaran en una carcajada. Su esposo seguía odiando a la prensa, pero se había vuelto mucho más tolerante. En una ocasión incluso les había ofrecido una sonrisa que no parecía una mueca de desagrado.

Terminada la fiesta, ya de madrugada, Alessia, agotada, regresó a las cuadras, todavía apretando la mano de su esposo. No había faltado ni uno solo de sus seres queridos en la celebración de su amor.

A punto de abrir la enorme puerta de roble, Alessia sintió que el suelo se movía bajo sus pies y se encontró en brazos de Gabriel.

—Creo que la tradición dicta que el novio debe cruzar el umbral con la novia —murmuró él.

—Gracias, príncipe Gabriel —ella sonrió embelesada.

—No, princesa Alessia, gracias a ti.

Alessia le rodeó el cuello con fuerza.

—Llévame a la cama.

—Será un placer.